

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

Meditaciones sobre algunos
puntos de la doctrina cristiana

DANIEL IGLESIAS GRÈZES

Copyright © 2016 Daniel Iglesias Grèzes

Todos los derechos reservados.

Dedico este libro, con amor,
a mi esposa, Alejandra.

ÍNDICE

Prólogo	7
1 Un pálido punto azul	9
2 “Dame una razón para ir a la iglesia”	13
3 Dos tipos de relaciones humanas	15
4 Mi felicidad y la infelicidad ajena	19
5 Dios castiga	23
6 Jesús resucitado da el Espíritu Santo a sus discípulos	25
7 Piedras vivas	27
8 La multiplicación de los panes: ¿un simple reparto de provisiones?	29
9 Sobre esta roca	33
10 “Mis hermanos más pequeños”	37
11 El primer principio de la teología cristiana	41
12 El tiempo del Anticristo	45
13 Reflexiones sobre el “moralismo”	47
14 El Corán y la Santísima Trinidad	51
15 Fe y Razón	53
16 La Iglesia y el Reino de Dios	55
17 El regreso del conciliarismo	57
18 Algunos argumentos contra el protestantismo	61
19 La inteligencia humana puede conocer la verdad de lo real	67
20 El conocimiento de Dios	69
21 El hombre es “capaz” de Dios	71

22	¿Cómo es Dios?	75
23	La razón humana y el misterio de Dios	77
24	La “neuroteología”	79
25	Hay un solo Dios	81
26	La Divina Revelación	83
27	La Sagrada Escritura	89
28	El hombre y los animales	93
29	El hombre es un ser religioso	95
30	Jesucristo, el Hijo de Dios	97
31	El pluralismo y la verdad	99
32	Unidad, libertad y caridad	101
33	Proponer la fe	103
34	La hipótesis del limbo es abandonada	105
35	La reencarnación de las almas	107
36	La indisolubilidad del matrimonio	111
37	Las cosas pequeñas	115
38	La nueva evangelización requiere el nuevo ardor de los católicos	117
	Acerca del autor	119

PRÓLOGO

“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará.” (Marcos 16,15-16).

“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” (Mateo 28,18-20).

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.” (Hechos de los Apóstoles 1,8).

Recuerdo que una noche, hacia 1980, discutí largamente sobre temas religiosos y políticos en la vereda de mi casa con uno de mis compañeros de la Coordinadora Juvenil de la Zona Pastoral N° 8 de la Arquidiócesis de Montevideo. Comenzaba la etapa final de la dictadura militar y los jóvenes uruguayos estábamos muy interesados en la política. Este compañero, uno de los líderes de la Pastoral Juvenil de la Arquidiócesis, seguía una línea muy izquierdista. Sostenía que la misión de la Iglesia consistía en luchar por la justicia social y que su objetivo último era la eliminación de la pobreza. En determinado momento le planteé una objeción decisiva: *“Si fuera así, entonces, cuando todo el mundo sea como ahora es Suecia, donde prácticamente no existe la pobreza, la Iglesia perdería su razón de ser.”* Para mi gran sorpresa, este compañero, en lugar de reconocer su error, contestó que eso era cierto. A pesar de su alto cargo pastoral, él había perdido de vista completamente la verdadera naturaleza de la Iglesia, la índole trascendente de su misión de salvación, y se había sumergido en una visión inmanentista. Lamentablemente, su forma de pensar no era un caso raro y aislado. Hoy muchas personas consideran a la Iglesia como si fuera sólo una gran ONG.

En realidad, para saber qué es la Iglesia y cuál es su misión, es necesario y suficiente escuchar las palabras de su Divino Fundador. Aunque evidentemente la promoción de la justicia social tiene un lugar (y no el último) dentro de la misión de la Iglesia, esa promoción no es su razón de ser. Las citas del Nuevo Testamento reproducidas al comienzo de este Prólogo lo demuestran claramente. Jesús resucitado, instantes antes de su Ascensión al Cielo, al dar su último y solemne mandato a sus discípulos, no dijo: *“Vayan por todo el mundo combatiendo la pobreza y anunciando la próxima venida de un régimen político perfecto”*. Dijo algo muy diferente, que no puede ser obviado ni tergiversado.

Algunos Obispos latinoamericanos se quejan con razón de que, cuando visitan Europa, les resulta relativamente fácil conseguir apoyo económico para proyectos de promoción humana de parte de las organizaciones caritativas católicas, pero en cambio les cuesta mucho más obtener fondos

para proyectos apostólicos. Hoy se tiende a olvidar que, según respondió Jesús al mismo Diablo, “*no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (Mateo 4,4).

El actual ambiente cultural, cargado de relativismo, es a menudo adverso a la obra evangelizadora de la Iglesia. El agnosticismo gana terreno entre los intelectuales. Muchos católicos sienten la tentación de negar que Jesucristo es el único Redentor del hombre y que el catolicismo es la única religión verdadera (cf. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, n. 1). Afirmaciones como éstas, que han pertenecido siempre al núcleo de la fe católica, son consideradas hoy por muchos como expresiones de fundamentalismo, fanatismo o arrogancia. Sin embargo, para los cristianos se trata únicamente de responder con “*la obediencia de la fe*” (Romanos 1,5) a la autorrevelación de Dios en Cristo y de cumplir nuestro rol, otorgado por Dios mismo, de humildes testigos y portadores de una Verdad salvadora que nos sobrepasa infinitamente.

Evidentemente, también el diálogo (ecuménico, interreligioso y con los no creyentes) tiene un lugar importante dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia. Sin embargo, en su solemne mandato misionero, Jesús tampoco dijo: “Vayan y dialoguen con todos, aprendiendo algo de todas las religiones e ideologías, y busquen juntos la verdad, poniendo la religión cristiana en duda y en pie de igualdad ontológica con todas las demás creencias”. Pronunció, en cambio, las palabras ya citadas. Y en otro momento dijo: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí*” (Juan 14,6). No puede haber, en la Iglesia, ningún diálogo que no sea a la vez evangelización. El impulso misionero de la Iglesia se ha debilitado porque se ha debilitado nuestra fe en que Jesucristo es quien Él mismo dice ser, y en que la Iglesia Católica es la misma Iglesia de Cristo, prolongación social de su Presencia redentora en medio del mundo.

El presente libro no es un tratado sistemático de teología, sino una simple exposición de algunos puntos de la doctrina cristiana, que omite muchos temas relevantes. Este libro (el tercero que publico en Amazon) es en parte una nueva edición del tercero que publiqué en Lulu: *Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio*, Montevideo, 2008. Reutiliza parte del material de ese libro, en ocasiones en forma reelaborada; y añade bastante material nuevo. Combina el enfoque apologético con una intención catequética. Aunque puede ser útil para personas no cristianas que quieran conocer más a fondo el cristianismo, me dirijo sobre todo a lectores cristianos, con el deseo de serles de alguna ayuda para el crecimiento en la fe.

Montevideo, marzo de 2016.

1. UN PÁLIDO PUNTO AZUL

En 1994, durante una conferencia en la Universidad de Cornell, el famoso astrónomo y propagandista del ateísmo Carl Sagan (1934-1996) mostró una fotografía de la Tierra tomada por la sonda espacial *Voyager 1* en 1990, desde un lugar situado a más de 6.000 millones de kilómetros de nuestro planeta. Habiendo completado su misión principal, el *Voyager* ya estaba saliendo del Sistema Solar. Desde el Centro de Comando se envió a la nave la orden de que rotara, mirara hacia atrás y tomara fotografías de cada planeta que había visitado. Desde esa enorme distancia, el *Voyager* capturó una imagen que muestra a la Tierra como un pequeñísimo y pálido punto azul. Carl Sagan quedó muy impresionado por esa imagen. A continuación citaré y comentaré un extracto de esa conferencia de Sagan (traducido del inglés por mí), que expresa su cuestionable interpretación de esa fotografía tan especial. Pondré la cita en itálica e intercalaré mis comentarios en letra normal.

“Logramos tomar esa imagen [desde el espacio profundo], y, si tú lo miras, ves un punto. Eso es aquí. Eso es el hogar. Eso somos nosotros. Sobre él, todas las personas de las que has oído hablar alguna vez, todos los seres humanos que han vivido, vivieron sus vidas. La suma de todas nuestras alegrías y sufrimientos, miles de confiadas religiones, ideologías y doctrinas económicas, cada cazador y recolector, cada héroe y cobarde, cada creador y destructor de civilizaciones, cada rey y campesino, cada joven pareja enamorada, cada niño esperanzado, cada madre y padre, cada inventor y explorador, cada maestro de moral, cada político corrupto, cada superestrella, cada líder supremo, cada santo y pecador en la historia de nuestra especie, vivió allí sobre una mota de polvo, suspendida en un rayo de sol.

La Tierra es un escenario muy pequeño en una vasta arena cósmica. Piensen en los ríos de sangre derramados por todos esos generales y emperadores a fin de que en gloria y en triunfo ellos pudieran convertirse en los amos momentáneos de una fracción de un punto. Piensen en las interminables crueldades infligidas por los habitantes de un rincón del punto a los escasamente distinguibles habitantes de algún otro rincón del punto. ¡Cuán frecuentes son sus malentendidos, cuán ansiosos están de matarse unos a otros, cuán fervorosos son sus odios!”

Hasta aquí no tengo nada que objetar a Sagan. Estas palabras tuyas incluso podrían ser parte de una buena y saludable reflexión sobre la pequeñez del hombre y la fugacidad de la gloria de este mundo. Pero hay mucho que objetar a la continuación de su discurso.

“Nuestros fingimientos, nuestra imaginada auto-importancia, el engaño de que tenemos alguna posición privilegiada en el universo, son desafiados por este punto de luz pálida. Nuestro planeta es una partícula solitaria en la gran oscuridad cósmica que lo envuelve. En nuestra oscuridad —en toda esta vastedad— no hay ningún indicio de que vendrá ayuda de alguna otra parte para salvarnos de nosotros mismos. Depende de

nosotros.”

Como buen materialista, Sagan se deja impresionar demasiado por el tamaño. No comprende que algo tan pequeño pueda ser tan importante a los ojos de Dios. Para escándalo suyo y de todos los que piensan como él, los cristianos creemos que el Ser infinito, el Creador de nuestro vastísimo universo, que ante Él no es más que una mota de polvo, ama verdaderamente a este mundo nuestro, nos ama a cada uno de nosotros, pequeños seres finitos, creados por Él a su imagen y semejanza para que compartamos su Gloria. Y tanto amó Dios al hombre (esa mota de polvo sobre un planeta infinitesimal dentro de un cosmos que no es nada en comparación con Él) que se encarnó, se hizo uno de nosotros, para nuestra salvación, es decir para reconciliarnos con Él, reconstruyendo con su entrega infinita en Jesucristo la comunión con Él rota por nuestros innumerables pecados a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Nuestro Dios es tan grande que puede, si quiere, hacerse también pequeño, nacer en un pesebre, de una mujer virgen. Y eso es precisamente lo que hizo “en la plenitud de los tiempos”, como escribió San Pablo a los Gálatas.

Para un enamorado (y Dios, como dice San Juan y nos recordó Benedicto XVI, es Amor), el tamaño no es lo más importante. Ojalá nosotros compartamos el punto de vista de Dios... Porque si no somos más que meros animales insignificantes, ¿por qué deberíamos valorarnos el uno al otro? ¿No sería eso precisamente puro auto-engañó e ilusión? He aquí un peligro mortal del “humanismo ateo”. El Concilio Vaticano II nos lo advierte: “Sin el Creador, la criatura se diluye”.

Este texto de Sagan desestima demasiadas cosas. En el Capítulo 3 de mi libro *Todo lo hiciste con sabiduría* he reseñado un libro excelente (*El planeta privilegiado*, de Guillermo Gonzalez y Jay W. Richards) que refuta concienzudamente, desde los puntos de vista científico y filosófico, la tesis de que tanto nuestra posición física como nuestra importancia metafísica en el universo son insignificantes.

Pero sobre todo Sagan desestima aquí el fenómeno cristiano. Los cristianos creemos que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y que para ello se encarnó y dio su vida en la Cruz. Jesucristo es realmente el único Salvador del mundo. ¡Esto es mucho más que un “indicio” de ayuda celestial!

La fe católica no es ningún engaño. Es posible demostrar racionalmente (con argumentos filosóficos) la existencia de Dios. He resumido las pruebas clásicas de la existencia de Dios en el Capítulo 1 de mi libro *Razones para nuestra esperanza*.

Por otra parte, según la doctrina católica, la fe en la Divina Revelación (la autorrevelación de Dios al hombre en Jesucristo) no es un salto al vacío o una opción inmotivada, sino un acto del entendimiento, una adhesión a la Palabra de Dios con sólidos motivos de credibilidad, fundamentos

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

racionales. La fe no destruye o anula la razón, sino que la supera. No se basa en la pereza intelectual, sino en razones válidas. Es certeza plena, no una simple apuesta.

Todos tenemos el deber de buscar el sentido de la vida, y sobre todo tenemos el deber de aceptarlo cuando lo encontramos. El creyente también debe esforzarse por comprender más y más aquello que cree y por descubrir la voluntad de Dios para su vida.

Sin conocimiento de Dios no puede haber conocimiento del Sumo Bien del hombre y por lo tanto tampoco una moral bien fundamentada. Esto no significa que los no creyentes no pueden vivir una vida moralmente recta, sino que, si lo hacen, no pueden dar un fundamento último a esa forma de vida. Al que no sabe a dónde va cualquier camino le sirve, por lo menos a nivel conceptual.

Por último, si el Cielo no existiera o estuviera “cerrado”, no tendríamos salvación alguna, con o sin esfuerzo nuestro. El mundo sería un callejón sin salida y nosotros unos seres absurdos, unos condenados a la muerte total y eterna que esperan su ejecución en la cárcel del mundo. Pero el Cielo existe y ha sido abierto para nosotros por el Único que podía hacerlo. Ésta es una doctrina muy bella, y lo más bello en ella es que es verdadera. Los pesimistas quizás digan que es demasiado bella para ser cierta. Por el contrario, yo digo que es tan bella que tiene que ser verdad, porque Dios no se deja ganar en generosidad por la imaginación del hombre. Podríamos llamar a esto “la prueba estética de la verdad del cristianismo”.

2. “DAME UNA RAZÓN PARA IR A LA IGLESIA”

En una reunión de mi grupo de oración, uno de los integrantes del grupo contó la siguiente anécdota. Habiendo invitado a un amigo suyo, católico no practicante, a un breve retiro espiritual, recibió la siguiente respuesta a través de un mensaje de texto en su teléfono móvil: “Dame una sola razón para que yo vaya”. Mi compañero de grupo le contestó indicando tres razones, una de ellas muy personal.

Creo que vale la pena reflexionar sobre qué podríamos contestar nosotros (católicos militantes) en una situación similar. Naturalmente, para dar la respuesta más adecuada convendría conocer las circunstancias personales del interlocutor; pero de todos modos hay algunas respuestas posibles que tienen validez general. También es obvio que esas respuestas válidas son muchas, no una sola; pero quisiera analizar aquí algunas de ellas.

Mi tendencia dominante me impulsaría sin duda a responder: “**Porque la religión católica es verdadera**”. Es decir: porque es verdad que Dios existe, que Jesucristo es la Palabra de Dios hecha carne, que la Iglesia Católica es lo que ella dice ser: el sacramento universal de salvación, de unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

La respuesta que propongo no debe considerarse ni como una demostración suficiente ni como una afirmación arbitraria. Es claro que no es posible dar razón de nuestra esperanza adecuadamente en un mensaje de 140 o menos caracteres. La respuesta en cuestión es más bien una expresión de mi convicción sobre la solidez de los fundamentos de la fe católica y una invitación a re-examinarlos para, con la ayuda de Dios, robustecer una fe que tal vez esté en crisis.

También es claro que no es necesario que cada fiel católico sea un experto en apologética. Pero si es verdad, como afirmó con razón el Papa Benedicto XVI, que la actual crisis eclesial es sobre todo una crisis de fe, entonces se vuelve ineludible dirigir la atención de nuestras mentes a la gran cuestión de la verdad, una cuestión absolutamente capital para la religión cristiana. Parafraseando al Beato Cardenal Newman, sostengo que al cristiano no le basta una vaga religiosidad relativista. Un sentimiento religioso cristiano sin certeza sobre la realidad de Dios o sobre la Divina Revelación en Cristo es algo tan absurdo como un sentimiento de paternidad sin la realidad de un padre.

En otras palabras, la respuesta propuesta es una invitación a considerar nuestra verdadera situación, en una perspectiva realista. Si Dios existe, y hay muchas excelentes razones para creer que Él existe, entonces es evidente que tengo que adorarlo. Si Dios me ama, y tenemos muchas pruebas de ello, entonces es obvio que debo corresponder a su amor. Si Dios me habla en Jesucristo y en la Iglesia, y tenemos muy buenas razones para creerlo, entonces es evidente que debo escucharlo y obedecerlo, aunque ello me

cueste algunas renunciaciones o sacrificios.

Como comentó otro miembro del grupo, otra respuesta posible, de resonancias evangélicas, es: “**Ven y verás**”. Es claro que también esta respuesta tiene su propia validez y eficacia. Pero quisiera señalar algunas de sus limitaciones.

En primer lugar, el interlocutor pedía una razón actual, y esta respuesta pospone la cuestión: “Ven y encontrarás la razón que buscas”.

En segundo lugar, en último análisis el valor de esta respuesta depende en cierto modo del valor de la respuesta anterior. El bien y la belleza de una experiencia religiosa dependen decisivamente de la verdad de su contenido. Dicho de otro modo, una experiencia religiosa sólo podrá ser buena y bella, realmente atractiva, en la exacta medida en que sea verdadera, es decir que la respectiva religión sea verdadera.

En tercer lugar, aunque en sí misma la apelación a la experiencia religiosa sea válida, puede fácilmente malinterpretarse en el sentido del subjetivismo dominante en nuestra cultura. En última instancia, dicha experiencia será fructuosa si no se reduce a una exploración de nuestra propia subjetividad, sino que sea la experiencia de un encuentro con Cristo, una persona real y objetiva, no una idea ni un sentimiento.

Una tercera respuesta posible que quiero analizar aquí es la referencia a **la caducidad de la vida humana**. Cuando la propuse, uno de mis compañeros la rechazó instintivamente, diciendo que no convenía apelar al miedo a la muerte o al infierno. Pero, de nuevo, no se trata aquí de asustar a nadie, sino de reconocer nuestra verdadera situación. Somos seres mortales; y muchas cosas que ocupan gran parte de nuestros afanes, vistas desde la perspectiva de la eternidad, son vanidades.

La muerte es uno de los temas clásicos de la meditación cristiana. La cultura dominante hace enormes esfuerzos para ocultarnos la muerte y distraer de ella nuestra atención, pero en definitiva este esfuerzo es vano. No podemos no tomar en cuenta un factor tan crucial de nuestra existencia. El mismo Jesucristo, en su predicación, se refirió con frecuencia a esa realidad. También nosotros debemos invitar a nuestros hermanos a estar vigilantes, siempre prontos para el encuentro definitivo con nuestro Creador.

3. DOS TIPOS DE RELACIONES HUMANAS

Imaginemos que dos personas se conocen en un contexto profesional, académico, comercial u otro semejante y que intercambian las direcciones de sus casillas personales de correo electrónico. Luego no se vuelven a ver. Años después, una de ellas envía a la otra un mensaje invitándola a contribuir a una causa humanitaria. El receptor del mensaje reacciona airadamente, acusando al remitente de haber violado su privacidad.

Esta anécdota, aparentemente minúscula, ofrece un punto de partida para reflexionar sobre dos formas antagónicas de concebir las relaciones humanas, formas que provienen respectivamente de la antropología individualista y la antropología cristiana.

El individualista, cuando entrega a otra persona su dirección de correo, supone que ella está firmando implícitamente un contrato invisible con una cláusula que establece: “sólo para uso profesional” (o académico, o comercial, etc.; según el contexto en que ambos se hayan conocido). Si explicitara completamente su pensamiento, el individualista diría a la otra persona más o menos lo siguiente: “No pienses que me interesa tener contigo ninguna clase de relación humana profunda. Si alguna vez llegas a escribirme, límitate a temas estrictamente profesionales (o académicos, etc.). Si no lo haces, te trataré como un abusador y un *spammer*.”

En cambio **el cristiano** da al mismo acto un significado sumamente distinto, que tal vez podría ser expresado con palabras como éstas: “Nos hemos conocido dentro de un contexto limitado, pero no por eso nuestra relación interpersonal está condenada a ser meramente funcional o utilitaria. Por mi parte estoy abierto a un posible desarrollo ulterior de nuestra relación, que eventualmente podría culminar en una auténtica amistad. Más allá de eso, ambos estamos llamados a ser hermanos dentro de la única familia de los hijos de Dios, por lo que desde ya te trataré fraternalmente. Si alguna vez te parece conveniente u oportuno escribirme sobre un asunto personal, hazlo con confianza. En principio consideraré tus ideas o propuestas con benevolencia y, en caso de que no esté de acuerdo contigo, te lo haré saber amablemente. Y si alguna vez me necesitas y me escribes pidiendo ayuda, no te prometo que te ayudaré, pero sí que trataré de hacerlo, dentro de mis limitadas posibilidades.”

Veamos otro ejemplo. Un sacerdote, profesor de teología moral en una facultad eclesiástica, en la primera clase del año, dice a sus alumnos: “No crean que voy a ser su director espiritual. Nuestra relación va a ser de tipo académico, entre profesor y alumnos.” Si no reprimiera parte de su pensamiento, podría agregar: “Me pagan para que les enseñe teología moral, no para que les dé consejos de orden moral o espiritual. Si quieren esa clase de consejos, vayan a hablar con sus respectivos párrocos”.

Evidentemente el individualismo ha contaminado en alguna medida el pensamiento de este sacerdote. Desde el punto de vista de la Iglesia, una clase en una facultad eclesiástica es un tipo particular de **comunidad cristiana**. A pesar de las peculiaridades de esa comunidad, lo que une a sus miembros (alumnos y profesores) no son sólo algunos intereses académicos comunes, sino la comunión eclesial, que implica una unión interpersonal profundísima en la fe, la esperanza y la caridad. Esos profesores y alumnos deben preocuparse los unos por los otros y ayudarse mutuamente, en la medida de sus posibilidades, más allá de sus funciones estrictamente académicas; porque son personas y cristianos mucho antes de ser profesores o alumnos.

En *El hobbit* de J. R. R. Tolkien (una novela muy disfrutable y de gran perfección literaria), el *hobbit* Bilbo Baggins (el personaje principal) lleva una vida muy tranquila y satisfecha, alejada de cualquier clase de aventura. Sin embargo, un encuentro inesperado con el mago Gandalf y con un grupo de enanos previamente desconocidos para él lo impulsa (de un modo imprevisible) a salir de su casa, ponerse en camino e internarse en una peligrosa aventura. En el transcurso de la misma, Bilbo, quien aparentemente era el prototipo de la mediocridad, crece como persona, revela talentos insospechados y se convierte en una especie de héroe. Posteriormente él comentará que salir de tu casa es peligroso, porque el camino que pasa por la puerta de tu casa sigue y sigue, y tú no sabes de antemano adonde te llevará.

Los *hobbits* llevan una vida muy apacible en su pequeño país (la Comarca), sin tener más que una vaga conciencia de los terribles peligros que amenazan a su región del mundo (la Tierra Media) más allá de sus fronteras. La inesperada valentía de Bilbo hace que los *hobbits* pasen a desempeñar un rol muy importante y positivo en la historia de la Tierra Media, que es una prolongada guerra entre el bien y el mal.

Análogamente, **saludar a alguien por primera vez, con espíritu cristiano, es una aventura arriesgada**, porque uno nunca sabe donde terminará esa relación que tuvo un comienzo tan modesto. Difícilmente tendremos oportunidad en nuestras vidas de realizar grandes actos de heroísmo (desde el punto de vista mundano), pero cada día podemos vivir heroicamente nuestras vidas aparentemente (y sólo aparentemente) pequeñas.

Los enanos de Tolkien hacen gala de un lenguaje muy educado, pero tienden a ser más generosos en sus palabras que en sus acciones. Cuando se presentan por primera vez ante alguien, invariablemente dicen su propio nombre (por ejemplo, Balin) y enseguida agregan “*at your service*” (“a tu/su servicio”). Se trata de un saludo muy hermoso. Nuestras propias tradiciones lingüísticas han cambiado, pero todavía de vez en cuando escuchamos

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

expresiones semejantes, que tienen mucho del espíritu cristiano descrito más arriba.

El individualista, si acaso llega a decir algo parecido a este saludo “enanil”, lo considera como un mero acto de urbanidad, una formalidad casi vacía de contenido. El servicio que tiene en mente es quizás un servicio comercial con una adecuada retribución. Su ideología es un eco lejano del diabólico *non serviam* (“no serviré”).

En cambio el cristiano debe tomar ese saludo en serio: “Es bueno que existas y que yo te haya conocido. **Te serviré**, es decir buscaré tu verdadero bien, porque eres no sólo un congénere, sino mi compañero en esta gran aventura de la vida, que, si uno supera sus obstáculos y peligros, es un camino que termina en el Cielo.”

4. MI FELICIDAD Y LA INFELICIDAD AJENA

Leyendo una entrevista –realizada en 1987– del periodista César di Candia a Luis Pérez Aguirre (sacerdote jesuita uruguayo ya fallecido, conocido sobre todo por su actividad en pro de los derechos humanos), me encontré con la siguiente frase de Pérez Aguirre, que me hizo pensar bastante: “**no puedo ser feliz, cuando a mi lado hay alguien que no lo es**” (César di Candia, *Confesiones y arrepentimientos, Tomo II*, El País, Montevideo, 2007, p. 56). Con todo respeto, opino que ésta es una de esas frases que a primera vista impresionan muy bien pero que, miradas más de cerca, revelan ser altamente problemáticas. Supongo que la frase citada sólo pretendió expresar un fuerte sentimiento de solidaridad y un ardiente deseo de justicia. Por lo tanto, las consideraciones siguientes de ningún modo constituyen una crítica al P. Pérez Aguirre. Sin embargo, creo que nos conviene concentrarnos en la frase en sí misma y preguntarnos si y en qué sentido podemos o debemos dejar de ser felices en presencia de la infelicidad ajena.

Parece que nuestra frase supone que la felicidad se comporta como si fuera un mero bienestar físico o material. Como enseña la economía, los bienes materiales siempre son “escasos” (o finitos), por lo cual, para remediar una injusta distribución de la riqueza, a menudo es moralmente obligatorio que alguien renuncie a una parte excedente de sus bienes para darla a otro, que carece de lo mínimo necesario. Pero en realidad la felicidad no depende de los bienes materiales, como surge de las siguientes dos objeciones obvias.

Por una parte, la riqueza no hace la felicidad. Esta verdad era ya bien conocida en el tiempo de la Antigua Alianza: “*Hablé en mi corazón: ¡Adelante! ¡Voy a probarte en el placer; disfruta del bienestar! Pero vi que también esto es vanidad.*” (Eclesiastés 2,1).

Por otra parte, Jesús nos enseña que la pobreza material no implica de por sí la infelicidad: “*Bienaventurados los pobres*” (Lucas 6,20). Las bienaventuranzas evangélicas no son un elogio de la miseria, sino (entre otras muchas cosas) un canto a la libertad del espíritu humano, que no está absolutamente condicionado por las circunstancias materiales. También los pobres pueden ser felices, si viven de acuerdo con el Evangelio de Cristo.

La felicidad no es un bienestar material ni “funciona” como los bienes materiales. Trascendiendo pues el orden material, la frase en cuestión parece indicar que la misericordia debe hacernos infelices con el infeliz. Aquí cabría distinguir dos niveles.

En un nivel más superficial, que podríamos llamar “bienestar psicológico”, es claro que la felicidad humana no es completa en esta vida precisamente porque coexiste con la infelicidad. **La compasión nos mueve a compartir el sufrimiento ajeno.** Por eso el Hijo de Dios hecho hombre, a pesar de mantener siempre la felicidad de su perfecta comunión

con el Padre, lloró ante la tumba de su amigo Lázaro y ante la ciudad de Jerusalén, donde habría de morir.

La falta de “bienestar psicológico”, aunque puede llegar a ser muy grande, no impide la verdadera alegría. Pensemos, por ejemplo, en las personas que sufren depresión, enfermedades mentales o discapacidades intelectuales. La compasión por estas personas no anula la verdadera alegría. **¿De qué les valdría a los que sufren o están tristes que los demás les transmitamos tristeza en vez de alegría?** En presencia de alguien infeliz, no puedo ni debo renunciar a mi felicidad, ni a una parte de ella. El cristiano debe irradiar la alegría de la salvación, sin perderla: *“Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres.”* (Mateo 5,13).

En un nivel más profundo, propiamente espiritual, **la verdadera felicidad puede coexistir con el sufrimiento, porque lo supera.** Esta felicidad, que comienza en la tierra, alcanza su plenitud en el cielo. La infelicidad más profunda, la única verdadera infelicidad, es el fruto de la culpa grave, el pecado mortal. Pues bien, la misericordia por los pecadores ni nos vuelve pecadores ni puede quitarnos la alegría de la salvación. Si no fuera así, un solo ángel caído podría impedir la felicidad del Cielo; y estaríamos indefensos ante el chantaje espiritual de los pecadores, que podrían manipularnos con base en nuestra torcida misericordia.

El estado espiritual que lleva a la felicidad es en cierto sentido incomunicable. Esto es representado plásticamente en la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias (cf. Mateo 25,1-12). No es en absoluto el egoísmo lo que mueve a las cinco vírgenes prudentes a no compartir el aceite de sus lámparas con las cinco vírgenes necias. En la realidad espiritual representada mediante la parábola, se trata de una imposibilidad ontológica. **Cada persona humana será juzgada individualmente y deberá responder de sus actos ante Dios.** Podemos influir en los demás, pero nadie puede tomar decisiones de orden moral en lugar del otro, anulando su libertad.

La felicidad es una realidad espiritual que brota de la caridad o amor, como una consecuencia o subproducto de éste: *“Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.”* (Mateo 16,25). No obtiene la felicidad el que se obsesiona por su propia felicidad y se olvida de los demás, sino el que en cierto modo **se olvida de sí y se entrega a sí mismo, tratando de hacer felices a los otros.**

El amor, que sí hace la felicidad, no es, como los bienes materiales, un bien escaso, sino un reflejo del don sobreabundante del amor divino. En el milagro de la multiplicación de los panes, Jesús nos muestra que, en el orden espiritual, a diferencia del orden material, cuanto más se da, se tiene cada vez más, no menos. El amor no resta, sino que multiplica. Esta verdad

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

se manifiesta con máximo esplendor en la Eucaristía, el gran sacramento del amor. **El que da felicidad no la pierde, sino que recibe aún más felicidad.**

5. DIOS CASTIGA

Hoy en día muchos fieles cristianos sostienen que Dios no castiga, pues Él es amor. Analicemos brevemente esta tesis sorprendente.

El verdadero castigo no tiene nada que ver con el sadismo o la crueldad, sino que está relacionado con la justicia. El diccionario define “castigo” como “pena impuesta al que ha cometido un delito o falta”. El hecho de que Dios castiga, es decir que impone penas a los culpables de pecados, es una de las verdades mejor atestiguadas en la Sagrada Escritura. En efecto, en la edición en CD-ROM de la Biblia denominada *El Libro del Pueblo de Dios*, las diversas palabras derivadas del sustantivo “castigo” o del verbo “castigar” aparecen 291 veces (25 de las cuales en el Nuevo Testamento) y la gran mayoría de las veces se refieren a castigos divinos. Además se debe tener en cuenta que muchos otros textos bíblicos se refieren al castigo divino sin emplear las palabras mencionadas. La existencia del castigo divino es una obviedad en la Biblia, algo que está presente en ella de punta a punta, del Génesis al Apocalipsis.

A modo de ejemplo citaré sólo cinco textos que hablan del castigo divino:

- Éxodo 20,7: “No pronunciarás en vano el nombre del Señor, tu Dios, porque Él no dejará sin castigo al que lo pronuncie en vano”.
- Salmos 39,12: “Tú corriges a los hombres, castigando sus culpas”.
- Ezequiel 30,19: “Infligiré justos castigos a Egipto, y se sabrá que Yo soy el Señor”.
- Mateo 25,46: “Éstos irán al castigo eterno, y los justos a la Vida eterna”.
- Romanos 12,19: “Queridos míos, no hagan justicia por sus propias manos, antes bien, den lugar a la ira de Dios. Porque está escrito: Yo castigaré. Yo daré la retribución, dice el Señor”.

Toda la Tradición de la Iglesia confirma esta realidad atestiguada por la Biblia. Hasta tiempos muy recientes el hecho de que Dios castiga a los malos fue una verdad evidente para todos o casi todos los cristianos. Sólo últimamente se ha difundido la noción contraria, con base en un concepto superficial del amor divino.

Los padres humanos aplican castigos a sus hijos para corregirlos cuando éstos cometen faltas que los ameritan. Un padre que no castiga jamás a sus hijos, hagan lo que hagan, no demuestra amor por ellos, sino una funesta indiferencia o falta de autoridad. Seguramente la actual crisis de la autoridad paterna y materna tiene relación con la concepción del amor como un mero sentimiento carente de exigencias morales.

El amor de Dios no es incompatible con el castigo divino, al igual que Su misericordia no es incompatible con Su justicia. La fe cristiana enseña precisamente lo contrario de la tesis que estamos discutiendo: Dios castiga **porque** Él es amor; castiga a los pecadores porque los ama y porque quiere que también ellos (y todos los hombres) alcancen su fin: la unión con

Dios mediante una libre opción de fe, esperanza y amor por Él.

Para ilustrar hasta qué punto la tesis de que Dios no castiga es novedosa y contraria a la doctrina católica tradicional, citaré un viejo catecismo español que, nada menos que al presentar a Dios, enseña lo siguiente: *“¿Quién es Dios? - Dios es nuestro Padre, que está en los cielos, Creador y Señor de todas las cosas, que premia a los buenos y castiga a los malos.”* (Catecismo de la Doctrina Cristiana, Primer Grado, sexta edición, Madrid 1964, n. 7). Lo que pretendo hacer comprender con esta cita es que la doctrina de que Dios castiga a los malos es una parte tan obvia de la fe cristiana que, hasta hace 50 años, todos los niños católicos la aprendían al principio de su catequesis, generalmente a los 6 o 7 años de edad.

Por otra parte, subrayo que la doctrina sobre el juicio divino (el juicio particular inmediatamente después de la muerte y el juicio final en la Parusía) es una parte irrenunciable del dogma católico. El juicio final figura incluso en el Credo de los Apóstoles: “desde allí (Jesucristo) ha de venir a juzgar a vivos y muertos”. Es sabido que en algunos sistemas judiciales existe la figura del jurado, cuya función es determinar la inocencia o culpabilidad de la persona juzgada. Cuando hay un jurado, el juez se limita a dirigir el proceso judicial y, si el jurado encontró culpable al acusado, a establecer la pena que se le debe aplicar. Pues bien, según la Divina Revelación, en el juicio divino Jesucristo actúa como Juez sin jurado. Él mismo absuelve o condena a cada uno y además, cuando corresponde, establece las penas.

Por último, subrayo que la tesis (a mi juicio herética) de que Dios no castiga puede conducir fácilmente a una noción típica de las religiones hinduista y budista, pero ajena y contraria a la fe cristiana. Me refiero al *Karma*, una ley impersonal y suprema que determina “mecánicamente” las consecuencias necesarias de los actos humanos buenos o malos, tanto en esta vida terrena, como en las sucesivas vidas de la larga cadena de las reencarnaciones del alma. En efecto, si las penas (o castigos), temporales o eternas, no son impuestas por Dios, si Él mismo querría evitarlas pero no puede hacerlo, entonces no estamos hablando ya del Dios todopoderoso de la fe cristiana, sino de un ser que, por muy excelso que sea, está él mismo sometido a una ley superior a su voluntad.

6. JESÚS RESUCITADO DA EL ESPÍRITU SANTO A SUS DISCÍPULOS

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros.” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.” Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.”” (Juan 20,19-23).

El don de la paz. En Juan 20, Jesús resucitado dirige tres veces a sus discípulos el saludo de paz (vv. 19.21.26). En la cultura judía la palabra “paz” (en hebreo, *shalom*) significaba la integridad del cuerpo, la liberación aportada por el Mesías y la felicidad perfecta. El triple saludo de paz de Jesús resucitado a los discípulos no es mera cortesía, sino un signo eficaz mediante el cual Jesús reitera el don de su paz, otorgado ya a los discípulos en la Última Cena. Jesús posee la paz y la comunica como un regalo suyo. La paz de Cristo es distinta de la que da el mundo; excluye la turbación y el miedo y va ligada a la esperanza de un encuentro definitivo con Cristo (cf. Juan 14,27-28). El encuentro con Jesús resucitado hace pasar a los discípulos del miedo a la alegría, parte integrante de la paz de Cristo.

El don del Espíritu Santo. Jesús resucitado da a sus discípulos su paz y el Espíritu Santo. El don del Espíritu Santo es simbolizado por el sople de Jesús sobre los discípulos. En los dos momentos de su glorificación (muerte y resurrección), Jesús entregó su Espíritu (cf. Juan 19,30; 20,22), cumpliendo la Promesa de la Última Cena (cf. Juan 14,16-17.26; 15,26-27; 16,7.13). El Evangelio de Juan, al unir el día de Pentecostés con el día de Pascua, subraya la relación de la misión de la Iglesia con la resurrección de Cristo. El Espíritu Santo Consolador da a los discípulos la paz, la alegría y la fuerza para realizar la misión que Jesús les encomienda. El Espíritu Santo, enviado por el Padre en nombre del Hijo, recuerda a los discípulos las palabras de Jesucristo, Palabra del Padre y luz verdadera (cf. Juan 1,1.9; 14,24-26), está siempre con ellos y mora en ellos, en unión con el Padre y el Hijo (cf. Juan 14,16-17.23).

El envío misionero. El encuentro con Jesús resucitado conlleva una misión. Jesús, el Hijo enviado por el Padre, envía a sus discípulos a dar testimonio de su resurrección ante el mundo. A fin de fortalecerlos para esta misión, les comunica el Espíritu Santo (cf. Juan 17,18-23; 20,31). El Espíritu capacita a los discípulos para hacer lo mismo que hace Jesús. Como Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Juan 1,29-34), la misión de los discípulos incluye el ministerio del perdón de los pecados. La reconciliación con Dios y con los hermanos es necesaria para

alcanzar la paz y la alegría que los discípulos han recibido en su encuentro con el Resucitado. La misión de los discípulos manifiesta que la resurrección de Jesús es para todos los hombres una fuente inagotable de alegría y paz. Los discípulos obedecieron inmediatamente el mandato misionero, anunciando al Apóstol Tomás la resurrección de Jesús (cf. Juan 20,24).

El día del Señor. La resurrección de Cristo ocurre en “el primer día de la semana” (Juan 20,1). Por ello “el primer día de la semana” se transformará en “el día del Señor” (cf. Apocalipsis 1,10), el domingo cristiano. En Juan 20, las primeras dos apariciones de Jesús resucitado tienen lugar en “el día del Señor”. La primera aparición se produce “al atardecer de aquel día, el primero de la semana” (Juan 20,19), es decir el mismo día de la resurrección de Cristo. La segunda aparición se produce “ocho días después” (Juan 20,26). Según el modo hebreo de contar los días, también este acontecimiento ocurre “el primer día de la semana”, una semana después de la primera aparición. Este detalle no es una mera casualidad. El Evangelio de Juan destaca así la importancia de la celebración eucarística del domingo como lugar privilegiado de encuentro de los cristianos con Jesús resucitado. Cabe recordar que los primeros cristianos celebraban la eucaristía sólo los domingos.

Jesús, modelo de sus discípulos. “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Juan 20,21). Jesús, el enviado del Padre, es el modelo de los discípulos enviados por Jesús. El Evangelio nos invita a ser enviados de Jesucristo, testigos de su resurrección. Para ser un enviado de Jesucristo, el discípulo debe recibir el Espíritu Santo, el cual lo capacita para vivir en la paz de Cristo y para amar y perdonar como Jesús ama y perdona.

Los primeros discípulos, modelos de los creyentes futuros. El encuentro con Jesús resucitado requiere un acto de fe en Él. Continuando la lectura del Evangelio de Juan, vemos que Jesucristo resucitado declara al Apóstol Tomás: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.” (Juan 20,29). Los primeros discípulos de Jesucristo lo han visto resucitado y han creído en Él. Así han pasado a ser los primeros testigos de la resurrección de Cristo. La citada declaración de Jesús anuncia un futuro en el cual, por medio del testimonio de estos primeros discípulos, muchas otras personas llegarán a encontrarse con Él por la fe, sin haberlo visto (cf. Juan 17,20). Por ello lo que Jesús dijo a Tomás lo dice también a cada lector del Evangelio: “No seas incrédulo sino creyente” (Juan 20,27). La invitación a la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, es la intención principal de todo el Evangelio (Juan 20,30-31). Esa fe nos hace bienaventurados y nos conduce a la felicidad perfecta de la vida eterna.

7. PIEDRAS VIVAS

“Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo. Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido. Para vosotros, pues, creyentes, el honor; pero, para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo. Tropezan en ella porque no creen en la Palabra; para esto han sido destinados. Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz; vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos.” (1 Pedro 2,4-10).

Todo parte de la iniciativa salvífica de Dios. Dios ha dispuesto colocar a Jesucristo como piedra angular, elegida y preciosa y, por su gran compasión, ha llamado a los hombres de las tinieblas de la incredulidad y el pecado a su admirable luz para formar sobre Cristo, piedra viva, un edificio espiritual. A los hombres se les plantea una disyuntiva: pueden creer en Cristo, apoyándose sobre Él como sobre una roca firme, o no creer en Él, desechando la piedra angular, que para ellos se convierte entonces en piedra de tropiezo. Dios quiere que todos los hombres se salven. El plan salvífico establecido por Dios en su infinita sabiduría aprovecha incluso la incredulidad de algunos; pero ésta es fruto de su pecado, no de una inexistente predestinación a la condenación eterna.

Los hombres se acercan a Cristo por la fe. Así ellos se convierten a su vez en piedras vivas y entran a formar parte del edificio construido sobre Cristo. Este edificio es un Templo espiritual en el cual, por mediación de Cristo Sacerdote, se ofrecen sacrificios espirituales agradables a Dios. Este Templo espiritual tiene la forma de un pueblo concreto, la Iglesia, Pueblo de Dios. Es un pueblo de sacerdotes-reyes, adquirido por Dios mediante el derramamiento de la sangre de Cristo en la cruz. Esa sangre ha sellado la alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres en Cristo. De esa sangre brota la Iglesia, el pueblo de la nueva Alianza.

Este pueblo escogido ejerce un sacerdocio santo. Los sacrificios espirituales que ofrece a Dios por mediación de Cristo abarcan no sólo su culto litúrgico, sino también la totalidad de una vida santa. La finalidad de este culto espiritual del pueblo sacerdotal es anunciar las alabanzas de Dios, quien nos ha redimido por Cristo. Por lo tanto, el círculo que parte de la iniciativa salvífica de Dios se cierra con la adoración de Dios en espíritu y en verdad.

8. LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES: ¿UN SIMPLE REPARTO DE PROVISIONES?

En 1996, para culminar mis seis años de estudio de una Maestría en Ciencias Religiosas, escribí una pequeña tesis (“tesina”) que era básicamente un estudio bíblico y teológico del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Al comienzo del Capítulo 4, al presentar las distintas interpretaciones de los relatos evangélicos de ese milagro, digo en primer lugar lo siguiente: “*La explicación natural (Paulus, Holtzmann, Evely) ve en este acontecimiento el ejemplo de un reparto fraternal.*” Aquí, en vez de “natural”, debí decir “naturalista”.

En ese punto de mi tesina se inserta la nota 14, que dice lo siguiente: “*En relación con esta explicación comparto las opiniones de S. Légasse y X. Léon-Dufour: ‘En cuanto al intento de desmitologizar el prodigio viendo en su origen un simple reparto de provisiones, lo único que debemos desear es que esta torpe explicación desaparezca para siempre de la literatura.’ (S. Légasse, en X. Léon-Dufour (ed.), Los milagros de Jesús, p. 120). ‘Este milagro no tiene nada que ver con una excursión en la que se reparte la merienda, sino que tiene como punto de referencia la figura de Dios alimentando a su pueblo en el desierto.’ (X. Léon-Dufour, o.c., pp. 321-322).*”

Lamentablemente, el justo deseo del exégeta Légasse no se cumplió. Recientemente tuve la oportunidad de leer cuatro textos distintos en los que teólogos y obispos católicos niegan el carácter sobrenatural del gran signo de la multiplicación de los panes y los peces y apoyan la “explicación naturalista”: Jesús no multiplicó los panes ni los peces. Sólo los bendijo y no se acabaron. No hizo magia, sino que enseñó a los presentes a compartir lo propio con los demás. Así todos comieron hasta saciarse e incluso sobró comida.

La “explicación naturalista” de este milagro se aprovecha abusivamente de la típica sobriedad de los relatos evangélicos de los milagros de Jesús. Como digo en el punto 4.1.2 de la tesina (titulado “Aplicación de los criterios de historicidad”), bajo el subtítulo “Estilo de Jesús”: “*A pesar del carácter singularmente maravilloso de este prodigio, no pertenece al terreno de la magia. Jesús actúa, como en los demás milagros, con sencillez y por su propia autoridad. La sobriedad de los relatos hace eco a la del propio Jesús: no dicen cómo se obró el prodigio, sino que todos los invitados comieron hasta saciarse y que se recogieron restos en abundancia.*”

La refutación de la “explicación naturalista” podría hacer hincapié en dos aspectos.

En primer lugar, la “explicación naturalista” destruye la inteligibilidad de los relatos evangélicos de la multiplicación de los panes y los peces. Éstos tienen una estructura interna coherente, se insertan adecuadamente en el contexto de la crisis de la misión pública de Jesús y se relacionan

perfectamente con otros misterios de la vida de Jesús. En cambio la “explicación naturalista” ni siquiera reconoce la existencia del problema: una multitud hambrienta y casi sin alimentos en el desierto. Además, en el marco de esa “explicación” pierden todo sentido la preocupación de los apóstoles, la pregunta de Jesús (“¿Cuántos panes tenéis?”), su mandato de alimentar a la multitud (“Dadles vosotros de comer”), el papel mediador de los discípulos (“Se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente”), etc.

En segundo lugar, la “explicación naturalista” es incapaz de explicar las consecuencias del acontecimiento en cuestión. Reproduciré ahora lo escrito bajo el subtítulo “Explicación necesaria” en el mismo punto 4.1.2: *“Sólo la realidad histórica del milagro es capaz de explicar y armonizar los siguientes elementos:*

- *Como consecuencia de aquel suceso, Jesús fue considerado como el profeta esperado y se lo quiso proclamar rey (Jn 6,14-15). Jesús se rehusó a ser rey, lo cual decepcionó a muchos de sus discípulos, que dejaron de seguirlo (Jn 6,66).*
- *Después de la multiplicación de los panes recrudecieron las discusiones de Jesús con los fariseos y saduceos, quienes le pedían que hiciera una señal (Mt 16,1-4; Mc 8,11-13; Lc 11,29-32; Jn 6,30-31).*
- *Este episodio, al principio incomprendido por los apóstoles (Mt 16,5-12; Mc 8,14-21; Lc 12,1), resultó sin embargo fundamental en su camino hacia la fe en la mesianidad de Jesús (Mt 16,13-20; Mc 8,27-30; Lc 9,18-21; Jn 6,69).*
- *El episodio, único en su género, tuvo gran importancia en la tradición litúrgica, en la redacción de los cuatro evangelios, en la iconografía de los primeros siglos y en la tradición patristica.”*

Es imposible que un mero picnic en el desierto haya tenido tan grandes consecuencias.

La “explicación naturalista” no tiene por qué limitarse a la multiplicación de los panes y los peces. El mismo tipo de “explicación” podría aplicarse a otros milagros de Jesús (o a todos). Así, en la pesca milagrosa Jesús tal vez puso en práctica sus excelentes conocimientos del arte de la pesca, o tal vez tuvo suerte. No sé cuál podría ser la “explicación naturalista” del milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná.

Reitero aquí las conclusiones de mi tesina, corrigiendo levemente una de ellas:

- Frente a la visión modernista que tiende a reducir los milagros a simples prodigios, la teología católica mantiene la convicción de que el milagro es un hecho sobrenatural en sentido estricto.
- Frente al racionalismo que rechaza el milagro, la filosofía cristiana sostiene que Dios, Creador y Señor del universo, puede intervenir libremente en los acontecimientos del mundo, superando las potencialidades del orden de la naturaleza creada.

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

- La aplicación de los criterios de autenticidad histórica a los relatos de milagros de Jesús permite concluir que dichos relatos tienen valor histórico.
- El sentido de los relatos evangélicos de milagros es prepasual y procede del mismo Jesús. Los milagros son signos visibles del Reino de Dios que se hace presente en Jesucristo y son llamadas a la fe en Él y a la conversión, condiciones indispensables para acceder al Reino.
- Los seis relatos evangélicos de la multiplicación de los panes y los peces narran uno o dos milagros de Jesús, realmente acontecidos.
- Jesús sintió compasión de la multitud hambrienta en el desierto y la alimentó por medio de un milagro que es figura del banquete mesiánico anunciado por los profetas, cuyo cumplimiento pleno ocurrió en la Última Cena.
- En la multiplicación de los panes Jesús rechazó la tentación de convertirse en un rey mundano, provocando así la decepción de la gente que malinterpretó su signo viendo en él sólo un prodigio espectacular y la oportunidad de satisfacer sus necesidades materiales.
- El pan multiplicado por Jesús prefigura el sacramento de la eucaristía, incluso en su abundancia. Jesús es el verdadero pan de vida bajado del cielo que el Padre nos da a comer para que tengamos vida eterna. Ese pan vivo es su carne entregada en la cruz para la salvación del mundo.
- La multiplicación de los panes nos revela que el amor de Dios a los hombres es tan grande que entrega a su Hijo a la muerte y lo resucita para liberar a los hombres del pecado y la muerte y para darles la posibilidad de vivir en comunión con Él. Esta comunión con Dios (Reino de Dios) es ya plena en Jesucristo y por el don del Espíritu Santo se dilata en el mundo, haciéndose visible en la Iglesia alimentada por la eucaristía, hasta que llegue a la consumación definitiva en el fin de los tiempos.

9. SOBRE ESTA ROCA

La apologética es la ciencia que demuestra racionalmente la credibilidad de la fe y defiende a la fe de los ataques que pretenden invalidarla o desestimarla. Lamentablemente, después del Concilio Vaticano II la apologética católica sufrió un eclipse muy notorio y casi generalizado, debido a influjos protestantizantes y liberalizantes en el pensamiento católico. Los protestantes tienden a ver a la apologética como una de las “obras” humanas –contrapuestas a la gracia de Dios y a la fe (“sola gracia” y “sola fe” son principios protestantes)– que no pueden contribuir a la salvación del hombre. Los liberales tienden a ver a la apologética como un intento intolerante o fanático de imponer la propia fe a los no creyentes, opuesto al espíritu de diálogo y a la convivencia pacífica. En la perspectiva católica, en cambio, el hombre contribuye a la obra divina de la redención, por medio de su respuesta libre a la gracia de Dios (respuesta que, también ella, si es positiva, es obra de la gracia); y resulta sumamente lógico que el cristiano procure compartir con los demás la alegría de la fe y la esperanza de la salvación, sin recurrir a violencia alguna, confiando en la fuerza intrínseca de la verdad revelada por Dios en Cristo.

La Providencia ha querido preservar a la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América de la aludida crisis general de la apologética católica. En realidad, en Estados Unidos la apologética católica no sólo ha sido conservada, sino que ha vuelto a florecer en las últimas décadas, por medio de las obras de Karl Keating, Scott Hahn y muchos otros magníficos apologistas católicos. En este Capítulo quiero comentar brevemente un libro de uno de los principales exponentes del vibrante ambiente de la apologética católica norteamericana: **Stephen K. Ray, *Upon this Rock. St. Peter and the Primacy of Rome in Scripture and the Early Church*, Ignatius Press, San Francisco, 1999.**

Stephen K. Ray, un protestante evangélico convertido al catolicismo, considera a la autoridad eclesiástica como el problema central que separa a los protestantes de los católicos. En este libro, Ray presenta de un modo sintético pero muy completo **los principales testimonios de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia acerca del primado de Pedro y del Papa en la Iglesia de Cristo**. Los argumentos presentados por Ray son muy fuertes y convincentes, al punto que la lectura de este libro ha impulsado a unos cuantos protestantes a convertirse al catolicismo.

El libro en cuestión tiene tres partes. La Parte 1 contiene un estudio bíblico y un estudio histórico sobre el Apóstol Pedro y una refutación de los argumentos protestantes contra el primado de Pedro. La Parte 2 trata sobre la continuación del primado de Pedro en la Sede de Roma, mostrando que los documentos de los primeros cinco siglos de la era cristiana revelan de un modo abrumador una visión católica del primado del

Papa (el Obispo de Roma) en la Iglesia universal, primado no sólo de honor, sino también de jurisdicción. En la Parte 3 el autor presenta la enseñanza actual de la Iglesia Católica sobre el primado del Papa y su concordancia con la doctrina de la Iglesia de los Apóstoles y de los Padres. Además el libro contiene dos apéndices. El Apéndice A es una lista cronológica de los Papas. El Apéndice B (una de las partes más interesantes del libro) presenta las bases vétero-testamentarias del primado y de la sucesión de San Pedro.

Dado que es imposible resumir en un breve capítulo como éste toda la riqueza de la información contenida en esta obra, me limitaré a presentar **algunos aspectos de la moderna exégesis del célebre pasaje del Evangelio en el cual Jesucristo designa a Pedro como cabeza visible de Su Iglesia:** *“Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas.» Díceles él: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.»”* (Mateo 16,13-19).

A continuación resumo algunos de los puntos desarrollados por Ray en el libro citado:

1. El lugar elegido por Jesús para suscitar la confesión de Pedro es altamente significativo. La ciudad de Cesarea de Filipo estaba ubicada sobre una montaña alta y escarpada, coronada por un templo que el rey Herodes mandó construir en honor al emperador romano César Augusto, junto a un abrupto acantilado rocoso. Debajo de ese acantilado hay una inmensa caverna, de la cual fluye un río. Esa cueva era un antiguo santuario pagano dedicado a Pan, el dios de los pastores y los rebaños de la antigua Grecia. De ahí que esa ciudad se llamara anteriormente Paneas. Jesús, el verdadero Dios de los pastores y los rebaños, eligió precisamente ese lugar para establecer el fundamento de su reino divino, en oposición al reino mundano de los emperadores romanos, que pretendían ser adorados como dioses. El río que nace bajo la gran roca de Cesarea de Filipo (símbolo del apóstol Pedro, la Roca de la Iglesia) es nada menos que el Jordán, símbolo de la vida de la gracia y la salvación transmitida por la Iglesia de Cristo.

2. En griego (el idioma en que está escrito el Evangelio de Mateo), “Pedro” (*Petros*) y “piedra” (*petra*) son la misma palabra. *Petros* es la forma femenina de *petra*. Además, en arameo (el idioma hablado por Jesús y los Apóstoles), ambas expresiones corresponden a la misma palabra (*Kepha*, transliterada al griego como *Cephas*). “Pedro” no existía como nombre antes

de Cristo. Hoy se reconoce como evidente que Jesús empleó un juego de palabras para cambiar el nombre de Simón Bar-Jona por el de Pedro, para significar un cambio de su misión. Los cambios de nombre tenían gran importancia en la cultura del antiguo Israel. El precedente bíblico principal es el caso de Abram (“padre”), a quien Dios renombró como Abraham (“padre de naciones”).

3. Las llaves eran bienes muy escasos e importantes en el antiguo Oriente. Eran un gran símbolo de poder y de autoridad. La concesión a Pedro de “las llaves del Reino de los Cielos” equivale indudablemente a un nombramiento de Pedro como Mayordomo de la Casa Real de Jesucristo, el Rey Mesías. Los precedentes bíblicos principales son el nombramiento de Eliakim como Mayordomo Real de la Casa de David en Isaías 22 y el de José como Visir de Egipto en Génesis 41. En los reinos del antiguo Oriente, el mayordomo real no era un vulgar portero, sino algo así como un primer ministro o un representante plenipotenciario del rey. El cargo de mayordomo real era permanente, sujeto a sucesión.

4. Las expresiones “atar” y “desatar”, que hoy nos parecen un tanto oscuras, eran muy comunes en la literatura rabínica y su significado era clarísimo para los judíos contemporáneos de Jesús: “atar” significa prohibir o sancionar, mientras que “desatar” significa permitir o absolver. Jesús concede aquí a Pedro la suprema autoridad legislativa y judicial dentro de la Iglesia, Reino de Cristo; e incluso afirma que las decisiones que Pedro tome en la tierra en esas materias serán ratificadas por Dios en el Cielo.

Con base en estas y otras razones, eminentes teólogos protestantes de nuestra época (como Oscar Cullman, W. F. Albright y otros) reconocen que la exégesis católica tradicional de Mateo 16,13-19 es correcta y que los intentos protestantes de negar el primado de Pedro en la Iglesia apostólica se deben a prejuicios confesionales y equivalen a tratar de negar algo evidente.

10. “MIS HERMANOS MÁS PEQUEÑOS”

En la parábola del Juicio Final (Mateo 25,31-46), el Rey dice a los que están a su derecha: “*En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos **mis hermanos más pequeños**, a mí me lo hicisteis*” (Mateo 25,40); y más adelante, dice a los que están a su izquierda: “*En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos **más pequeños**, también dejasteis de hacerlo conmigo*” (Mateo 25,45). ¿Quiénes son estos “hermanos más pequeños” de Jesús con los que Él se identifica en este célebre pasaje evangélico? Hoy la inmensa mayoría de los cristianos respondería sin dudar: “los pobres”, aunque de las seis obras de misericordia corporal mencionadas en la parábola, dos o tres no se corresponden necesariamente con situaciones de pobreza material: “*era peregrino..., estaba enfermo..., estaba en la cárcel...*” (Mateo 25,35-36). Sin embargo, como veremos, no es ése el sentido literal de la expresión “hermanos más pequeños”.

El Evangelio de Mateo contiene varias claves que permiten dar una respuesta segura a la pregunta planteada. Para empezar, ¿quiénes son “los hermanos de Jesús”? Él mismo lo dijo claramente: “*¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?*” Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “*Éstos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre*” (Mateo 12,48-50). Los “hermanos de Jesús” son sus discípulos (diríamos hoy, los cristianos), que creen en Él, lo aman y lo siguen, cumpliendo sus mandamientos.

¿Y quiénes son los “pequeños” con los que Jesús se identifica? El final del Discurso Apostólico los señala con claridad. Jesús dijo a sus doce Apóstoles: “*Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. Quien recibe a un profeta por ser profeta obtendrá recompensa de profeta, y quien recibe a un justo por ser justo obtendrá recompensa de justo. Y cualquiera que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por el hecho de ser discípulo, en verdad os digo que no quedará sin recompensa*” (Mateo 10,40-42). Por lo tanto, también los “pequeños” son los discípulos de Jesús.

En el Discurso Eclesiástico, esta idea se ve reforzada: “*En verdad os digo, si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como un niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos; y el que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe*” (Mateo 18,3-5). La humildad típica de los niños pequeños ha de caracterizar a todos los discípulos de Jesús.

Los “pequeños” son los receptores de la Revelación de Dios en Cristo: “*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños*” (Mateo 11,25). Los “pequeños” son pues los discípulos de Jesús en general; pero muy especialmente son “pequeños” los Apóstoles, pues ellos deben ser los más pequeños entre los pequeños: “*quien entre vosotros quiera llegar a ser grande, que*

sea vuestro servidor, y quien entre vosotros quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo” (Mateo 20,26-27). En la Iglesia, la autoridad jerárquica es un servicio a todo el Pueblo de Dios.

Por ende, en la parábola del Juicio Final, “*todas las gentes*” (Mateo 25,32), vale decir los pueblos paganos, serán juzgados según su actitud respecto a los cristianos, y particularmente los discípulos misioneros, que llegan hasta ellos (muchas veces asumiendo la pobreza) para llevarles la Buena Noticia del Evangelio y llamarlos a la conversión. Cristo está, de muchas formas, unido con todos los hombres en general, y con varios grupos en particular (por ejemplo: varones, judíos, pobres, sufrientes, etc.). Pero evidentemente su unión más íntima se da con quienes están en comunión con Él por la fe, la esperanza y la caridad: “*Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*” (Mateo 18,20). El final del Evangelio de Mateo remacha esta idea: “*Yo estoy con vosotros [mis discípulos] todos los días hasta el fin del mundo*” (Mateo 28,20). Cristo está con los discípulos misioneros que se acercan a los paganos para evangelizarlos, y se identifica con ellos. Por eso, la actitud de los paganos hacia esos discípulos (en definitiva, su actitud hacia la Iglesia de Cristo) equivale a su actitud hacia el mismo Cristo.

Cristo está con sus discípulos “*todos los días hasta el fin del mundo*”, por tanto también en el día del Juicio Final: “*En verdad os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en su trono de gloria, vosotros, los que me habéis seguido, también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*” (Mateo 19,28). Por eso, en la parábola del Juicio Final, cuando el Rey dice “*estos mis hermanos más pequeños*”, no señala a las ovejas de la derecha ni a los cabritos de la izquierda, sino a sus discípulos, que están sentados a su lado en el tribunal, juzgando con Él.

El resto de los libros del Nuevo Testamento apoya macizamente esta interpretación. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, un Cuerpo cuya Cabeza es Cristo. En un cuerpo vivo, como la Iglesia, no hay Cuerpo sin Cabeza, ni Cabeza sin Cuerpo. La Iglesia es también la Esposa de Cristo, unida a Él de un modo indisoluble. Quien ama a Cristo Esposo, ama a la vez a su Esposa, la Iglesia. Quien odia a la Iglesia Esposa, odia también a su Esposo, Jesucristo. Quien persigue a los cristianos por ser cristianos, persigue a Cristo: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*” (Hechos de los Apóstoles 9,4), pregunta el Señor resucitado a Saulo (luego San Pablo), perseguidor de los primeros cristianos.

Por supuesto, estas consideraciones no debilitan para nada ni el consejo evangélico de la pobreza, ni el deber moral de amar y ayudar a los pobres: “*Si amáis [solamente] a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos [en la fe], ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos? Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mateo 5,46-48), haciendo el bien a todos, buenos y malos, amigos y enemigos, ricos y pobres, cristianos y no

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

cristianos.

En cambio, estas consideraciones sirven para apoyar algo que argumentaré en el siguiente Capítulo: **El primer principio de la teología cristiana** es Nuestro Señor Jesucristo; no los pobres, como sostiene la corriente filo-marxista de la “teología de la liberación”.

Nota: Estas simples reflexiones están inspiradas en un artículo magnífico y erudito del R. P. Horacio Bojorge SJ: *El juicio de las naciones en Mateo 25,31-46*.

11. EL PRIMER PRINCIPIO DE LA TEOLOGÍA CRISTIANA

En 2013 el Papa Francisco se reunió con el P. Gustavo Gutiérrez OP, el pionero de la Teología de la Liberación (TL) latinoamericana. En años recientes el P. Gutiérrez moderó en parte su teología (inicialmente muy influida por el marxismo), aunque muchos piensan que su autocrítica no ha sido suficientemente profunda. Pese a esto, algunos inveterados practicantes del *wishful thinking* se han apresurado a ver en la reunión citada una señal de que pronto el Papa rehabilitaría a la corriente principal de la TL, representada por el mismo Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Jon Sobrino SJ, el uruguayo Juan Luis Segundo SJ, etc. Me parece evidente que esas esperanzas son infundadas. El Magisterio pontificio no va a desdecirse de la instrucción *Libertatis Nuntius*, que se puede describir sin ninguna exageración como una condena de la TL filo-marxista. Esa instrucción rechaza con claridad y firmeza la errónea y funesta mezcla de cristianismo y marxismo intentada por la corriente principal de la TL. El mismo Magisterio tampoco va a revocar sus censuras a obras de Leonardo Boff y de Jon Sobrino. Invito a mis lectores a leer o releer esos tres importantes documentos vaticanos, cuyo valor doctrinal no ha caducado.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, me parece oportuno reproducir aquí (con algunas pequeñas aclaraciones o mejoras) mi artículo editorial del N° 26 de la revista *Fe y Razón* (de septiembre de 2008).

El excelente sitio *web* de Sandro Magister ha informado sobre el importante debate teológico que tuvo lugar en Brasil entre Clodovis y Leonardo Boff, hermanos entre sí y dos de los principales exponentes de la “teología de la liberación”. En la sección italiana de ese sitio se pueden leer, en portugués, los sendos textos completos de ambos hermanos teólogos.

En octubre de 2007 Clodovis Boff publicó un artículo en el que sostuvo que la “teología de la liberación” ha incurrido en el grave error de poner a los pobres como primer principio de la teología, lugar que sólo corresponde a Jesucristo y a la fe apostólica. Allí C. Boff apoyó el documento vaticano que critica la cristología de Jon Sobrino (otro de los principales teólogos de la liberación) precisamente por esa razón. Además, C. Boff afirmó, con toda exactitud, que ese error de principio conduce a la teología de la liberación a ser instrumentalizada políticamente a favor de determinadas ideologías. Por último, C. Boff se adhirió al Magisterio de los Obispos de América Latina expresado en el Documento de Aparecida y afirmó que ese Documento ofrece el correctivo que la teología de la liberación necesita.

El artículo de C. Boff alcanzó mucha mayor difusión sólo después que, en mayo de 2008, recibió una réplica tajante de Leonardo Boff, quien llegó

incluso a insinuar que su hermano ha dado una puñalada al corazón de la teología de la liberación, diciéndole a la vez que lo hace para salvarla. En su artículo, L. Boff pretendió demostrar que es correcto que la teología de la liberación convierta a los pobres en el principio fundamental de la teología cristiana. Sus argumentos principales son dos: 1) Por la Encarnación, el Hijo de Dios se ha hecho no sólo hombre, sino también hombre-pobre. De ahí que la pobreza haya quedado unida para siempre a su divinidad, sin confusión ni separación, como dice el dogma cristológico del Concilio de Calcedonia. 2) El mismo Jesucristo, en la parábola del juicio final (en Mateo 25) se ha identificado con los pobres y ha dicho que la salvación depende en última instancia de la actitud tomada frente a los pobres.

Además, L. Boff acusó a C. Boff de “cristomonismo”, un error teológico que consistiría en agrandar el papel de Cristo hasta olvidar los papeles del Padre y el Espíritu Santo. Al decir de L. Boff, el “cristomonismo” sería una especie de “dictadura de Cristo”.

A mi juicio es fácil refutar estos argumentos de L. Boff.

El primer punto se refuta por el absurdo. En la Encarnación, además de hacerse hombre-pobre, el Hijo de Dios se hizo también (por ejemplo) hombre-varón y hombre-judío, pero no por eso debe convertirse a la masculinidad o al judaísmo en el primer principio de la teología. Por otra parte, distinguir no es separar. Cristo es el primer principio de la teología por ser Dios-hombre, no por ser pobre, aunque sea a la vez lo uno y lo otro.

Como ha demostrado Horacio Bojorge SJ en su artículo *El juicio de las naciones en Mateo 25,31-46*, publicado en nuestro sitio web “Fe y Razón”, en la parábola del juicio final de Mateo 25, según su sentido literal, “*estos hermanos míos más pequeños*” (v. 40; cf. v. 45) no son los pobres, sino los discípulos de Jesús. Allí y en otros textos evangélicos, Jesús se identifica con sus discípulos, lo cual no quita en absoluto que el cristiano deba amar también a los pobres (véase el Capítulo anterior de este libro). Es importante subrayar, sin embargo, que la caridad cristiana, incluso cuando se refiere a los hombres, es teocéntrica. El amor a Dios es el primer mandamiento. El amor al prójimo es el segundo mandamiento, semejante al primero (cf. Mateo 22,36-40). Por otra parte, no se debe confundir una unidad moral de Cristo con determinados seres humanos (ya sean los pobres o los cristianos, según la interpretación que se dé a la parábola del juicio final) con una identidad metafísica.

Reconocer, como Jesús antes de la Ascensión, que a Él se le ha dado “*todo poder en el cielo y en la tierra*” (Mateo 28,18), no es “cristomonismo”, sino cristianismo a secas. Probablemente L. Boff podría acusar de “cristomonismo” al mismo Jesús (Juan 15,5: “*separados de mí no podéis hacer nada*”) y a San Pablo (Filipenses 4,13: “*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*”). Jesús ha dicho de Sí mismo: “*Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el*

Principio y el Fin” (Apocalipsis 22,13). El poder absoluto de Cristo es legítimo, no dictatorial. Es el poder omnipotente de un Dios que es Amor.

Hasta ahora, en su enfrentamiento con el Magisterio de la Iglesia, los “liberacionistas” (como mucho antes los jansenistas, los ontologistas y los modernistas) han seguido preferentemente la táctica de la “cuestión *de facto*”. Solían decir que la instrucción vaticana de 1984 sobre la teología de la liberación hacía bien al condenar determinados errores, pero que **de hecho** su teología de la liberación no incurría en esos errores condenados. Esto equivalía a decir que la Santa Sede (por su eurocentrismo) desconoce las particularidades de América Latina, de su situación y de su teología. Frente a la crítica radical de Clodovis Boff, los “liberacionistas” ya no pueden aplicar esa táctica. No pueden decir que C. Boff, que durante 40 años ha hecho “teología de la liberación” y es uno de sus principales artífices, no sabe lo que dice cuando critica a esa teología.

Demos gracias a Dios por el regreso del P. Clodovis Boff al redil de la ortodoxia católica y roguemos que su palabra y su ejemplo ayuden a muchos otros hermanos extraviados a hacer otro tanto.

12. EL TIEMPO DEL ANTICRISTO

En el Adviento de 1835, durante cuatro domingos consecutivos, John Henry Newman predicó en Oxford cuatro sermones que tratan respectivamente sobre el Tiempo del Anticristo, la Religión del Anticristo, la Ciudad del Anticristo y la Persecución del Anticristo. En esos sermones Newman interpretó los pasajes bíblicos relacionados con el Anticristo bajo la guía de los Padres de la Iglesia. Los sermones en cuestión han sido publicados en este excelente libro: **John Henry Newman, Cuatro sermones sobre el Anticristo –La idea patristica del Anticristo, Ediciones del Pórtico, Buenos Aires 2006 (2ª edición); traducido por el P. Carlos A. Baliña.**

A continuación haré una síntesis del primero (pp. 21-41) de esos cuatro sermones del formidable predicador que fue el Beato Cardenal Newman. Aunque entonces Newman era todavía anglicano (su conversión al catolicismo ocurrió en 1845) este primer sermón es ya católico.

Después de una introducción en la que valora el gran peso de los Padres de la Iglesia como testigos de la Tradición de la Iglesia en materias doctrinales o disciplinares, Newman analiza un amplio conjunto de textos bíblicos relacionados con el tema del Tiempo del Anticristo, considerando sobre todo: Daniel 7; 1 Macabeos 1; Mateo 24; 2 Tesalonicenses 2; 1 Juan; Apocalipsis 13.

El propio Newman resume así los resultados de su exégesis: “*la venida de Cristo será inmediatamente precedida por un desencadenamiento del mal terrible y sin precedentes, llamado por San Pablo una Apostasía, una deserción, en medio de la cual aparecerá un cierto y terrible Hombre de pecado e Hijo de perdición, el especial y singular enemigo de Cristo, o Anticristo. En este tiempo las revoluciones prevalecerán, y la presente estructura de la sociedad será desarticulada. Al presente, el espíritu que él encarnará y representará es contenido por ‘los poderes existentes’, pero ante la disolución de éstos, él surgirá de su seno, los reconstruirá a su vil manera, bajo su propia ley, con el propósito de excluir a la Iglesia*” (pp. 36-37).

Después de presentar varios “tipos” (o prefiguraciones) del Anticristo que han aparecido a lo largo de la historia, desde Antíoco Epífanés hasta Napoleón Bonaparte, Newman se plantea los siguientes interrogantes: “*¿No hay acaso motivos para temer que dicha apostasía se esté preparando gradualmente, reuniendo, madurando en nuestros mismos días? ¿Acaso no existe en este mismo momento un especial empeño en casi todo el mundo en prescindir de la religión, más o menos evidente en este o aquel lugar, pero más visible y formidablemente en aquellas regiones más civilizadas y poderosas? ¿No existe acaso un consenso creciente de que una nación no tiene nada que ver con la religión, de que [ésta] se trata de algo concerniente sólo a la conciencia individual? (...) ¿No existe un empeño febril y permanente por deshacerse de la necesidad de la Religión en los asuntos públicos? (...) ¿No existe el intento de educar sin religión (...)? ¿No existe la tentativa de reforzar la templanza, y*

*todas las virtudes que brotan de ella, sin religión, por medio de sociedades basadas en meros principios de utilidad; de hacer de la **conveniencia**, y no de la **verdad**, el fin y la norma de las decisiones de Estado y de la constitución de las leyes; de hacer de los números, y no de la Verdad, el criterio para sostener o no este o aquel artículo de fe (...)?” (pp. 39-40).*

Newman concluye el sermón dando una respuesta general a esos interrogantes y haciendo una fuerte exhortación: *“Sin duda, existe actualmente una confederación del mal, que recluta sus tropas de todas partes del mundo, organizándose a sí misma, tomando sus medidas para encerrar a la Iglesia de Cristo como en una red, y preparando el camino para una Apostasía general. (...)*

¡Dios nos guarde de contarnos entre aquellos ingenuos que caen en la trampa que se está tendiendo a nuestro alrededor! ¡Dios nos libre de ser seducidos por las bellas promesas en las cuales Satán ha ocultado seguramente su ponzoña! (...)

¿Consentiremos nosotros los cristianos en tener parte en este asunto? ¿Ayudaremos, aun con nuestro dedo meñique, al Misterio de Iniquidad que lucha por nacer, y que convulsiona al mundo con sus dolores? ¡Alma mía, no entres en su consejo; no te unas a su asamblea, honra mía’ (Génesis 49,6).

‘¿Qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué unión entre la luz y las tinieblas? [...] Por tanto, salid de entre ellos y apartaos’ (2 Corintios 6,14.17), de otro modo seréis cooperadores de los enemigos de Dios, y estaréis abriendo el camino para el Hombre de Pecado, el hijo de perdición.” (pp. 41-42).

13. REFLEXIONES SOBRE EL “MORALISMO”

En este Capítulo compartiré las reflexiones que me suscitó la lectura del siguiente texto:

“¿Qué significa esto para los que tienen que hablar de Dios hoy? Que la Nueva Evangelización es una evangelización más radical. Que se debe anunciar la salvación, y no la salvación de algún hombre ideal y virtuoso, sino de cada fulano tal como es, con su jeta desternillante pero redimida, con sus caídas reincidentes pero que piden perdón... En esta inminencia de la aniquilación completa, la palabra está llamada a desplegarse como un arca, a recuperarse como unos buenos días: esa salvación que nos decimos todos los días, pero que por fin diríamos de veras, haciendo entrar en nuestros días la luz de una mirada divina...”

Eso implica principalmente no volver a caer en un moralismo que ya no vale para nada en nuestras circunstancias. Decirle a alguien que lo que hace está mal, que perjudica a su hermano, que se encamina él mismo al suicidio, no tiene mucho peso en un mundo a punto de ser engullido. Siempre nos podrá responder: “Lo que hago me lleva al suicidio, y ¿qué? ¿Acaso no tiene todo que desaparecer? Tarde o temprano, de una manera u otra, ¿qué importa?...” Su corazón sabe que lo que dice es falso. Pero esa falsedad sólo puede quedar en evidencia a la luz de la esperanza, en la medida en que tenga fe en la Vida.

En esencia, la moral es solamente aquello que nos proporciona los medios para llegar a la bienaventuranza. Si mi interlocutor no cree, más o menos, en la bienaventuranza, mis sermones más persuasivos no lo conmoverán o, peor aún, mis charlas le parecerán tejidas de dogmas fantasiosos y de normas arbitrarias, creará que intento reclutarlo, cuando lo único que quiero es preservar el misterio de su rostro. Por mucho que yo lo invitara a entrar en el arca, se imaginará que intento meterlo en una cárcel. Por eso, más que nunca, aunque desde el punto de vista temporal la búsqueda de la felicidad parece pasada de moda, hay que predicar la esperanza en vez de fabricar una moral, anunciar la misericordia en vez de denunciar al miserable.

(Lo cual no quiere decir que tengamos que empapar en almíbar nuestras palabras y cambiar la sal por el azúcar. La predicación de la esperanza es terrible, porque supone que primero se predica la desesperanza del mundo. La Buena Noticia de la Misericordia es terrible, porque supone que primero se anuncia nuestra miseria. Eso quiere decir mirar la realidad de frente y, después de lo que se le dijo a Moisés, nadie podría mirarla sin morir...)” (Fabrice Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Editorial Nuevo Inicio, Granada 2013, pp. 155-156).

¿Qué decir de semejante texto? Pienso que es posible “salvar” las proposiciones del autor, cosa que, como enseñó San Ignacio de Loyola, siempre hay que intentar, por lo menos. Pero también pienso que Hadjadj debería matizar y explicar más este texto, porque corre el siguiente riesgo: para evitar el error del “moralismo”, da la impresión de impulsar hacia el error contrario, que llamaré “amoralismo”.

En esta cuestión de enorme importancia es necesario mantener un equilibrio y una armonía entre la verdad y el amor, entre la fe y las obras,

entre la ortodoxia y la ortopraxis, evitando dos graves errores que son opuestos entre sí: el “moralismo” (la reducción del cristianismo a un sistema moral más, como el confucionismo o el kantismo) y el “amoralismo” (la desestimación o subestimación de las implicaciones morales de la fe cristiana).

Por una parte, este argumento de Hadjadj es clásico: la moral establece la conformidad o no-conformidad de los actos humanos con el fin último del hombre; pero si no se conocen o se rechazan la naturaleza y la vocación del hombre no se puede comprender y aceptar la ley moral. Como decían los escolásticos, “el obrar sigue al ser”. Para poder entender cómo debe obrar el hombre hay que entender primero qué es y qué está llamado a ser el hombre. En ese sentido, la moral viene en segundo lugar, sin ser “secundaria” en el sentido de algo poco valioso.

También la comparación de la Iglesia con el Arca de Noé es muy tradicional. Se entra a la Iglesia por la puerta de la fe y del bautismo, sacramento de la fe. Las pilas bautismales suelen tener base octogonal para simbolizar el Arca de Noé, porque en el Arca se salvaron ocho personas: Noé, su mujer, sus tres hijos (Sem, Cam y Jafet) y las mujeres de sus hijos (Génesis 6,10.18).

Que estamos viviendo en “los últimos tiempos” forma parte de la Divina Revelación. Que el tiempo restante hasta el día del juicio final sea poco no forma parte de la Revelación pública, pero lo sugieren varias revelaciones privadas y varios pensadores cristianos que han auscultado en profundidad los signos de los tiempos actuales. En todo caso la opinión personal del autor sobre la proximidad del fin de los tiempos es legítima, aunque cuestionable.

Por último, creo que Hadjadj acierta también al subrayar la prioridad de la evangelización en el diálogo con los no cristianos. Después de la conversión del interlocutor (si Dios la concede) se podrá practicar el camino teológico hacia la moral: primero la teología dogmática y después la teología moral. Esto no significa que haya que postergar las cuestiones morales hasta ese momento. La misma conversión implica la conciencia de pecado y la voluntad de cumplir la ley divina.

Por otra parte, algunas de las expresiones citadas de Hadjadj me parecen bastante cuestionables. Dios realmente quiere que todos los hombres se salven y por eso la invitación a entrar al arca de la Iglesia y al banquete del Reino en principio va dirigida a todos. Sin embargo, a la vez se debe subrayar con fuerza que esa invitación universal no es incondicional. Las parábolas sobre el Reino de Dios ilustran muy bien estos dos puntos. Veámoslo con algunos ejemplos.

En la parábola del banquete de bodas del hijo del Rey (Mateo 22,1-14), después de que los primeros invitados rechazaron ofensiva y violentamente la invitación, el Rey mandó a sus servidores que invitaran

indiscriminadamente a todos los que encontraran en los caminos, malos y buenos. No obstante, luego el rey mandó echar afuera a un invitado que no tenía traje de boda. La parábola termina con una frase que resume los dos aspectos de esta cuestión: *“Porque muchos son llamados, pero pocos son elegidos”*.

En la parábola del sembrador (Mateo 13,3-23), el sembrador desparrama la semilla generosamente en todas las direcciones, hasta se diría que sin ton ni son; pero luego algunas de esas semillas prosperan y dan fruto y otras no.

¡Y en el Arca de Noé entran todas las especies de animales, pero sólo ocho representantes de la humanidad! Dios castigó a todos los demás seres humanos por sus pecados, porque obraban el mal de continuo. *“Cuando el Señor vio qué grande era la maldad del hombre en la tierra y cómo todos los designios que forjaba su mente tendían constantemente al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, y sintió pesar en su corazón. Por eso el Señor dijo: «Voy a eliminar de la superficie del suelo a los hombres que he creado —y junto con ellos a las bestias, los reptiles y los pájaros del cielo— porque me arrepiento de haberlos hecho». Pero Noé fue agradable a los ojos del Señor.”* (Génesis 6,5-8).

Cierto, la condición para el bautismo es la fe, no la santidad; pero no hay fe sin conversión. Ése es el primer y nuclear mensaje de Jesús: *“A partir de ese momento, Jesús comenzó a proclamar: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca.»* (Mateo 4,17). *“Después que Juan fue arrestado, Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios, diciendo: «El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia.»* (Marcos 1,14-15). En definitiva, la ortodoxia y la ortopraxis no son separables. La buena disposición moral influye decisivamente en el acto de fe.

Por último, la prioridad de la evangelización no debe llevarnos a descuidar el camino de la filosofía moral, sobre todo en el diálogo con los no creyentes. Este camino es difícil, sobre todo cuando el interlocutor está muy apartado de los principios básicos de la filosofía cristiana, como el nihilista imaginario con el que dialoga Hadjadj en el texto citado. Pero que ese camino sea difícil no significa que sea siempre impracticable o infructuoso.

Fabrice Hadjadj es un filósofo suizo y un judío convertido al catolicismo. En 2014 fue nombrado miembro del Pontificio Consejo para los Laicos. El libro citado es una reelaboración de una conferencia dictada por el autor en 2011, durante una Asamblea Plenaria de dicho Consejo.

Me pareció un buen libro, con muchas cosas interesantes. El estilo de Hadjadj es provocativo, pero el contenido me parece bastante tradicional. Por ejemplo, el autor responde con sensatez a los teólogos que dicen que después de Auschwitz ya no se puede creer en un Dios omnipotente. Entre otras cosas les dice que su tesis consagra el triunfo de los verdugos sobre las víctimas.

Como filósofo Hadjadj me parece muy afín al tomismo. Con su estilo fresco y original nos vuelve a hablar de doctrinas de Santo Tomás de

Aquino como la analogía del ser, la bondad de todo lo creado, las propiedades trascendentales del ser, el lenguaje analógico sobre Dios, etc.

Pienso que el libro contiene (además de las ya vistas) también otras expresiones que habría que matizar, como la comparación de los cristianos con payasos.

Quizás se podría reprochar a Hadjadj su uso del término “fundamentalista” como una especie de comodín para descalificar muchas formas de religiosidad cristiana que encuentra erróneas o rechazables, un poco a la manera en que los izquierdistas usan hoy la etiqueta de “neoliberal” como descalificación fácil y a veces gratuita. Me parece que Hadjadj tendría que definir bien ese término. Originalmente, la palabra “fundamentalismo” designaba un error de exégesis bíblica: una interpretación “literalista”, atada al sentido aparente del texto, sin ningún estudio histórico-crítico del estilo del autor, la cultura de la época, el género literario, etc. Recientemente se extendió el sentido del término “fundamentalismo”, asimilándolo a fanatismo, con notoria injusticia para la gran mayoría de los cristianos fundamentalistas (en general no violentos), a quienes se equipara falsamente con los “fundamentalistas” (fanáticos) de otras religiones, sobre todo islámicos. Y creo que para Hadjadj “fundamentalista” quiere decir también fideísta, integrista, hipócrita, ultra-tradicionista, etc. Demasiados sentidos para una sola palabra, que también es utilizada por racionalistas, liberales, relativistas y modernistas para desacreditar a todos los cristianos que, como el propio Hadjadj, siguen tomándose en serio la fe cristiana y los dogmas de la fe divina y católica.

14. EL CORÁN Y LA SANTÍSIMA TRINIDAD

“Casi cada vez que el Corán se refiere a Jesús, lo que hace alrededor de una docena de veces, se opone señaladamente a la visión cristiana según la cual Cristo es uno de la Trinidad. Peor, según la presentación de la visión cristiana de la Trinidad hecha por el Corán, esta última está compuesta por Dios, Cristo y María.” (Stanley L. Jaki, *Jesus, Islam, Science*, Real View Books, Pinckney-Michigan, 2001, p. 4; la traducción del inglés es mía).

“En la perspectiva radicalmente simple del Corán es suficiente para el fiel musulmán saber sobre Jesús que él nunca pensó que él era Dios o que María era Dios. El fiel musulmán debe vivir en la creencia de que Dios, Jesús y María son la Trinidad cristiana. Esto, si fuera verdad, seguramente equivaldría a un craso politeísmo, que los cristianos abominarían no menos que lo que lo hacen los musulmanes. Pero el Corán no deja ninguna duda de que ésa es la visión cristiana y de que tal visión, y por lo tanto los cristianos y el cristianismo, debería ser deplorada y enfrentada resueltamente. No hay espacio allí para un diálogo, para un mejor entendimiento. Para el musulmán el Corán es la última palabra de Dios al hombre.” (Ídem, p. 10; traducción mía).

Aquí se plantea un problema insoluble para la fe musulmana. Para comprender esto se debe tener muy presente que **la fe musulmana en el origen divino del Corán es muy diferente de la fe cristiana en la inspiración divina de la Biblia.**

El cristiano cree que la Biblia es a la vez obra de Dios y obra de hombres. Dios es el autor principal de la Biblia, pero la Biblia fue escrita por hombres inspirados por Dios, que actuaron como verdaderos autores humanos, cada uno de ellos con su vocabulario y estilo propios. El cristiano no concibe la inspiración bíblica como el mero dictado de un texto celestial ni como una suerte de trance espiritista, sino como **una iluminación divina de la mente del hagiógrafo**, que capacita a éste para transmitir por escrito la palabra revelada por Dios a los hombres para su salvación. Esa transmisión utiliza diversos géneros literarios y la cultura propia de la época de cada autor sagrado, los que deben ser tenidos en cuenta para la correcta interpretación del texto bíblico.

Según la fe musulmana, en cambio, el Corán es una obra exclusivamente divina, sin ningún autor humano; se trataría de la transcripción exacta de las mismísimas palabras reveladas por Dios a Mahoma en árabe, por medio del ángel Gabriel. Por eso, según los musulmanes, el Corán es un libro eterno, compuesto en el cielo por el mismo Dios. En la visión musulmana ortodoxa, entonces, no hay espacio para un estudio histórico-crítico del texto del Corán, análogo al que tantos estudiosos cristianos y no cristianos han llevado a cabo sobre la Biblia durante siglos. El musulmán no puede relativizar la información histórica del Corán sobre el dogma trinitario cristiano diciendo que es algo “dicho de paso” o un simple recurso literario para transmitir una verdad de otro

orden. Lo que dice el Corán debe ser tenido por el musulmán como absolutamente verdadero también en el sentido histórico.

Ahora podemos palpar el problema insoluble antes mencionado, porque es evidentiísimo que **la presentación que el Corán hace del dogma trinitario cristiano es una completa tergiversación**, parecida al craso error de un niño cristiano que –por no conocer aún el Catecismo– confunde la Santísima Trinidad con la Sagrada Familia. Ningún cristiano, ni ortodoxo ni heterodoxo, ha creído jamás que la Trinidad esté formada por Dios, Jesús y María. Lo que más se le parece, que yo sepa, fue una tesis sostenida por Leonardo Boff cuando todavía era tenido por teólogo católico: la unión hipostática de María con el Espíritu Santo, disparate teológico que no tuvo ni antecesores ni seguidores. Ni los católicos más “maximalistas” en lo referente a la mariología y el culto mariano han sostenido jamás que María tuviera una naturaleza divina.

No hay modo escapar a la conclusión de que el Corán suministra una información equivocada, desde el punto de vista histórico, sobre la fe cristiana en la Trinidad. Más allá de que nuestra fe en la Trinidad sea verdadera o falsa, ella es lo que es y siempre ha sido, y no otra cosa, como pretende hacernos creer el autor del Corán. Considerando lo dicho antes sobre el “Corán eterno” y lo inconcebible de la idea de un Dios mal informado sobre la doctrina cristiana, vemos que no hay forma posible de conciliar la fe musulmana con este error del Corán.

En otras palabras, es imposible conciliar la fe musulmana ortodoxa en el origen exclusivamente divino del Corán con el garrafal error histórico del Corán al sostener que la Trinidad en que creen los cristianos está compuesta por Dios, Jesús y María. La Santísima Trinidad en que creemos los cristianos está formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son un solo Dios. Aunque el Padre es Dios, Dios no se identifica absolutamente con la primera persona de la Trinidad, sino con la Trinidad misma. Jesús es el nombre que el Hijo de Dios, preexistente a la encarnación, recibió al nacer de la Virgen María. María es una persona humana, no divina, y no forma parte de la Trinidad.

15. FE Y RAZÓN

Como modesto homenaje al gran Papa Juan Pablo II, recientemente canonizado, ofrezco un breve resumen de algunos puntos fundamentales de su Carta Encíclica *Fides et Ratio* sobre las relaciones entre Fe y Razón, del 14/09/1998.

1. Juan Pablo II invita al hombre contemporáneo a conocer la verdad plena sobre sí mismo por medio de la fe en Jesucristo, revelación de la sabiduría de Dios.

2. La cultura moderna se caracteriza por el drama de la separación entre la fe y la razón. El cristiano debe evitar dos errores opuestos: racionalismo y fideísmo. La razón prepara el camino de la fe, y ésta perfecciona a la razón. Es necesaria una evangelización de la cultura.

3. El filósofo cristiano debe tomar en cuenta las intervenciones del Magisterio sobre cuestiones filosóficas y la reflexión filosófica elaborada en la tradición cristiana.

4. Santo Tomás de Aquino es un modelo para los filósofos y teólogos cristianos. Logró una alta síntesis de la fe y la razón, respetando a ambas. Los teólogos cristianos deben valorar adecuadamente la filosofía y emplear una filosofía compatible con su fe.

5. La filosofía debe buscar la verdad y estar abierta al sentido trascendente de la existencia. Sólo así podrá descubrir cuál es el verdadero bien del hombre.

6. El Papa nos invita a prestar atención a la mentalidad positivista de la modernidad y la mentalidad nihilista de la postmodernidad.

7. La certeza sobre la verdad no conduce a la intolerancia sino que fundamenta el diálogo. La filosofía es para los cristianos –entre otras cosas– un ámbito de entendimiento y de diálogo evangelizador con los no creyentes.

16. LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS

Hace años, en una homilía, un sacerdote dijo lo siguiente: “Jesús no vino a instaurar su Iglesia, sino a empezar a construir el Reino, y en ese barco entramos todos.” Intentaré mostrar que esa afirmación contradice la doctrina católica.

Consideremos la primera parte de la frase en cuestión: “Jesús no vino a instaurar su Iglesia, sino a empezar a construir el Reino”. Esta proposición se parece mucho a una famosa frase –pretendidamente irónica– de Alfred Loisy, teólogo católico disidente (modernista) de principios del siglo XX: “Jesús anunció el Reino de Dios, y lo que vino fue la Iglesia”. Loisy fue excomulgado por sus doctrinas heréticas.

Es verdad que Jesús vino para traer el Reino de Dios, es decir para salvarnos, para darnos la comunión con Dios. “Reino de Dios” y “salvación” pueden ser considerados como sinónimos. Donde Dios reina hay salvación y recíprocamente. Por otra parte, al menos desde Orígenes (siglo III) la exégesis católica ha tenido claro que en definitiva Jesucristo mismo, en persona, es el Reino de Dios. En Él el Reino de Dios no sólo ha venido ya, sino que ha alcanzado su plenitud. Él mismo es nuestro Salvador y nuestra salvación.

Contrariamente a lo que insinúa la frase analizada, la Iglesia no es un producto accidental o secundario de la misión de salvación de Jesucristo, sino que es parte esencial de ella. La Iglesia es nada menos que el Cuerpo de Cristo, un Cuerpo cuya Cabeza es Cristo, nuestra salvación. La Iglesia hace presente socialmente a Cristo en el mundo de hoy y continúa su misión de salvación, animada por el mismo Espíritu de Cristo. Jesús se identifica plenamente con su Iglesia: “*Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado.*” (Mateo 10,40); “*Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*” (Mateo 28,20).

El Concilio Vaticano II identifica el Reino de Dios y el Reino de Cristo (cf. constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 5), identificación muy obvia para la doctrina católica. Pues bien, el mismo Concilio dice que la Iglesia es en cierto modo el Reino de Cristo (o sea, el Reino de Dios): “*La Iglesia o Reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo.*” (*Lumen Gentium*, n. 3). La expresión “en misterio” significa que la presencia del Reino de Dios en la Iglesia es sacramental (la palabra griega *mysterion* fue traducida al latín como *sacramentum*). **La Iglesia terrestre es el Reino de Dios en germen; la Iglesia celestial es el Reino de Dios en plenitud.**

Consideremos ahora la segunda parte de la frase analizada: “en ese barco (del Reino) entramos todos”.

La tradición católica ha comparado a menudo a la Iglesia con una barca, y particularmente con el arca de Noé, por medio de la cual ocho personas

(Noé y su esposa, sus tres hijos y sus respectivas esposas) se salvaron de las aguas del diluvio universal. Por eso las pilas bautismales tienen generalmente una base octogonal. Por la fe y el bautismo entramos a la barca de la Iglesia, de la cual el arca de Noé fue signo, figura y anticipo. Todos estamos invitados a entrar a esa barca, pero la entrada no es incondicional o indiscriminada, sino que tiene determinadas exigencias, que podemos resumir en la virtud teologal de la fe, cuyo dinamismo se despliega en las otras dos virtudes teologales: esperanza y caridad.

El Concilio Vaticano II mantiene firmemente el dogma católico que dice que “fuera de la Iglesia no hay salvación”, pero no le da una interpretación exclusivista (como si sólo los católicos pudieran salvarse), sino una interpretación inclusivista, que se comprende mejor mediante una formulación positiva de ese dogma (en lugar de la tradicional formulación negativa): “donde hay salvación, allí está la Iglesia”.

Esto está muy claro en otra conocida expresión del Concilio Vaticano II: “La Iglesia (es)... sacramento universal de salvación” (Lumen Gentium, n. 48). Nótese que no se dice que la Iglesia es “sacramento de salvación universal”, como si todos estuviéramos inevitablemente predestinados a la salvación, como si nuestro destino último nos fuera impuesto por la fuerza, independientemente de nuestra voluntad libre. “(Dios) quiere que todos los hombres se salven” (1 Timoteo 2,4), pero Él no nos salvará si libremente nos empeñamos en rechazarlo hasta el fin. Se dice, en cambio, que la Iglesia es “sacramento universal de salvación”. Es decir: la Iglesia es el sacramento global, el sacramento de los sacramentos, el sacramento que reúne en sí todos los sacramentos de salvación. Todos los que se salvan, se salvan de algún modo por medio de la Iglesia, aunque la relación con la Iglesia de los no cristianos salvados es misteriosa, no siempre fácilmente perceptible. Recordemos, además, que el sacramento no es un signo cualquiera, sino un signo eficaz, que realiza lo que significa.

El Reino de Dios (o sea, la comunión de los hombres con Dios y entre sí) es el objeto último de la misión salvífica de Cristo y de la Iglesia. La Iglesia misma, institución divina y humana, Esposa de Cristo, es el sujeto social en el cual, por la gracia de Dios, ese objeto se cumple, gradualmente en la historia y plenamente en la vida eterna.

Lamentablemente, opiniones como la aquí comentada, de sesgo relativista, se han difundido mucho en la Iglesia Católica. De ahí la gran relevancia de la excelente y muy oportuna Declaración *Dominus Iesus* sobre la unicidad y la universalidad salvíficas de Cristo y de la Iglesia, publicada en el año 2000 por la Congregación para la Doctrina de la Fe (presidida por el Cardenal Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI), con la aprobación del Papa Juan Pablo II. Esa Declaración salió al paso de errores semejantes al error que he señalado aquí.

17. EL REGRESO DEL CONCILIARISMO

En este Capítulo citaré y comentaré un texto del teólogo italiano Giuseppe Ruggieri, integrante de la Escuela de Bolonia, considerada por muchos como una destacada defensora de la “hermenéutica de la discontinuidad” (con respecto al Concilio Vaticano II), hermenéutica que fue rechazada por el Papa Benedicto XVI en su discurso a la Curia Romana de fecha 22/12/2005.

*“En esto el creyente común tiene mucha más confianza en el don de Dios de cuanta tengan los teólogos neoescolásticos como, por ejemplo, Denzinger y sus sucesores, que, al publicar las decisiones del magisterio de la Iglesia a lo largo de los siglos, eliminaron el texto del concilio de Constanza referente a la relación entre el papa y el concilio, ya que les parecía estar en contradicción con las decisiones del Vaticano I. ¡Aún ahora, quien lea el famoso Denzinger, no encontrará reproducidas esas decisiones! El creyente que recita el credo todos los domingos durante la liturgia eucarística profesa, en cambio, **su fe en el don del Espíritu** que mantiene la Iglesia en su unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad.”* (Giuseppe Ruggieri, *Lucha por el Concilio*, en: Cuadernos Vianney, N° 25, Montevideo, Mayo de 2009, pp. 38-39).

A continuación citaré los textos en cuestión del Concilio de Constanza y del Concilio Vaticano I, para que se pueda apreciar si son o no son contradictorios entre sí.

En primer lugar veamos lo que Justo Collantes denomina los dos “artículos conciliaristas de Constanza”: *“Y [la asamblea] declara, en primer lugar, que congregada legítimamente en el Espíritu Santo, formando concilio general y representando a la Iglesia católica, recibe la potestad inmediatamente de Cristo. Todos, de cualquier estado o dignidad que sean, incluso papal, están obligados a obedecerla en aquellas cosas que pertenecen a la fe y a la extirpación de dicho cisma y a la reforma de dicha Iglesia, tanto en la cabeza como en los miembros.*

Declara, además, que todo aquel, de cualquier condición, estado o dignidad que sea, incluso la papal, que tercamente rebusara obedecer a los mandatos, determinaciones, ordenaciones o preceptos de este santo sínodo o de cualquier otro concilio general congregado legítimamente, en relación con lo que se ha hecho o debe hacerse en el futuro, si no entra en razón: se le someta a una penitencia conveniente y se le castigue con la pena debida; y se recurra (si fuera necesario) a otros medios que presta el derecho.” (Concilio de Constanza, 6 de abril de 1415, FIC 664-665, en: Justo Collantes, *La Fe de la Iglesia Católica. Las ideas y los hombres en los documentos doctrinales del Magisterio*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986, 3ª edición, pp. 459-460).

En segundo lugar veamos los cuatro cánones de la constitución dogmática *Pastor aeternus* del Concilio Vaticano I: *“(…) Si alguien, pues, dijere que el apóstol San Pedro no fue establecido por Cristo nuestro Señor jefe de todos los apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia de la tierra; o que no recibió directa e inmediatamente de Cristo un primado de jurisdicción verdadera y propiamente dicha, sino sólo un primado de honor, sea anatema.*

(...) *Si alguno, pues, dijere que no es por institución del mismo Cristo-Señor, es decir, por derecho divino, el que San Pedro haya de tener perpetuos sucesores en el primado sobre la Iglesia universal; o que el Romano Pontífice no es el sucesor de San Pedro en este primado, sea anatema.*

(...) *Así, pues, si alguno dijere que el Romano Pontífice tiene tan sólo un cargo de inspección o de dirección, pero no una potestad plena y suprema de jurisdicción sobre la universal Iglesia, no sólo en aquellas cosas que pertenecen a la fe y costumbres, sino también en lo tocante a la disciplina y al gobierno de la Iglesia extendida por todo el mundo; o dijere que tiene la parte principal, pero no la plenitud de esa potestad suprema; o que su potestad no es ordinaria e inmediata, tanto en todas y cada una de las iglesias como en todos y cada uno de los pastores y fieles, sea anatema.*

(...) *Y si alguno tuviera la osadía, lo que Dios no permita, de contradecir a esta nuestra definición [del dogma de la infalibilidad papal], sea anatema.”* (Concilio Vaticano I, Constitución dogmática *Pastor aeternus*, 18 de julio de 1870, FIC 686, 689, 695, 705; en: Justo Collantes, o.c., pp. 472-482).

El Concilio Vaticano I expone y desarrolla la doctrina tradicional del primado de Pedro y del Papa, “*según la antigua y constante fe de la Iglesia universal*” (Concilio Vaticano I, Constitución dogmática *Pastor aeternus*, Proemio, FIC 683; en: Justo Collantes, o.c., p. 472). Esta doctrina implica que la autoridad del Papa es superior a la autoridad de cualquier Concilio ecuménico o general.

En cuanto a los dos primeros de los famosos cinco artículos del Concilio de Constanza, hay dos formas de interpretarlos: pueden ser considerados como doctrinales o como circunstanciales.

Considerados como doctrinales, esos artículos expresan la doctrina errónea llamada “conciliarismo”, que sostiene que la autoridad máxima en la Iglesia es el Concilio general o ecuménico, no el Papa. El mismo Papa electo por el Concilio de Constanza (Martín V) rechazó, al terminar el Concilio, el conciliarismo doctrinal, manteniendo así intacta la perpetua fe católica sobre el primado de Pedro y sus sucesores.

Considerados como circunstanciales, esos artículos carecen de un valor doctrinal general, pues estarían referidos a la situación muy excepcional sufrida en ese tiempo, en el peor momento del cisma de Occidente, cuando tres supuestos Papas (1) se disputaban el gobierno de la Iglesia.

A mi juicio la interpretación doctrinal es mucho más natural y plausible que la circunstancial, sobre todo porque el segundo artículo trasciende la circunstancia del cisma y establece, también para un futuro indefinido, la superioridad de los Concilios generales sobre los Papas. La interpretación circunstancial, más rebuscada, parece motivada por el deseo de evitar las complicaciones teológicas, históricas y canónicas de un Concilio ecuménico impulsado por una doctrina falsa (el conciliarismo). Sin embargo, más allá de los detalles, la explicación básica de lo que ocurrió es simple: Dios puede extraer el bien incluso del error y del mal. Como dice el sabio refrán

popular, “Dios escribe derecho sobre renglones torcidos”. El Concilio de Constanza, pese a su eclesiología errónea, tuvo el gran mérito de poner fin al tremendo cisma de Occidente (2).

En cualquiera de las dos interpretaciones, parece atinada la decisión de Heinrich Denzinger y los continuadores de su obra (no siempre “teólogos neoescolásticos”: entre ellos figuran nada menos que Karl Rahner y Peter Hünermann), de no incluir los dos artículos citados del Concilio de Constanza en su compendio de textos de alto valor doctrinal.

Justo Collantes sí los incluye en su propio compendio, pero aclara que lo hace por motivos más bien históricos: “*Hechas estas advertencias, consignamos, a título de inventario, los artículos conciliaristas de Constanza.*” (Justo Collantes, o.c., p. 459).

Dichos artículos fueron una expresión del error “conciliarista”, entonces en boga. De ahí, creo yo, **la forma inteligente en que el Papa Martín V aprobó globalmente cuanto el Concilio de Constanza había determinado “conciliarmente” (*conciliariter*) en materia de fe.** “*En ningún caso [los cinco artículos de Constanza] pueden considerarse como definitivos. El concilio estaba acéfalo; no estaban presentes los obispos representantes de los otros dos presuntos papas;... Es muy dudoso que con esta fórmula [de Martín V] quedaran aprobados los cinco artículos; pues ni se determinaron como de fe, ni conciliariter, ya que se votó por naciones, con ausencia de los italianos, y los cardenales expresaron su repulsa.*” (Ídem, pp. 458-459). Para promulgar un decreto en el Concilio de Constanza se requería la aprobación de los cardenales, quienes (3) se opusieron a “los cinco artículos”, (cf. Ídem, pp. 412-413, nota 74).

En cuanto el Papa Martín V, elegido por el Concilio “*más extraño de toda la historia de la Iglesia*” (4), se sintió fuerte, rechazó el conciliarismo doctrinal, reafirmando el primado papal, aunque sin rechazar el Concilio de Constanza, lo cual habría provocado, muy probablemente, un nuevo cisma: “*No es lícito a nadie apelar la sentencia del juez último, es decir la Sede apostólica o el Romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra; o desviarse... de su juicio, en cosas de fe*” (citado en: Ídem, p. 459). También a través de medios como éstos, tan “humanos” o diplomáticos, el Espíritu Santo mantiene indefectible la fe de la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

En resumen: la contradicción entre el “conciliarismo” de Constanza y la doctrina tradicional del Vaticano I sobre el primado papal es bastante obvia. Uno se pregunta si el “sentimiento antirromano” de la teología católica progresista llegará hasta el extremo de querer resucitar la vieja herejía conciliarista (5) o si su tendencia anti-escolástica y anti-intelectualista llegará hasta el extremo irracional de aceptar sin chistar las más evidentes contradicciones.

Notas

(1) Gregorio XII (el Papa legítimo, “romano”), Benedicto XIII (un antipapa, el “papa de Aviñón”) y Juan XXIII (otro antipapa, elegido por el concilio –autoconvocado– de Pisa, que pretendió resolver el problema del cisma y lo empeoró, pasándose de dos a tres “papas”).

(2) La solución llegó así: Gregorio XII reconoció la validez del Concilio de Constanza y renunció al Papado. Además, el Concilio de Constanza condenó y depuso a Benedicto XIII y a Juan XXIII (quien había convocado ese Concilio) y eligió Papa –por medio de un cónclave– al Cardenal Odón Colonna, quien tomó el nombre de Martín V.

(3) Incluso el Cardenal Colonna, futuro Papa Martín V.

(4) Philip Hughes, *Síntesis de Historia de la Iglesia*, Editorial Herder, Barcelona, 1986, p. 182.

“Los frutos de cuarenta años de caos quedaron ahora de manifiesto. Las más disparatadas teorías sobre el principio de la autoridad eclesiástica parecían que iban a tener efecto cuando acudieron a la ciudad, además de los 185 obispos, 300 doctores en teología y derecho, 18.000 eclesiásticos más y una inmensa magnitud de magnates, príncipes y representantes de ciudades y corporaciones, hasta un número superior a los cien mil. (...) Todos los doctores tenían voto, lo mismo que los obispos, y las decisiones se tomaban, no computando los votos individuales, sino los votos de las naciones representadas en el concilio, que eran cinco: Italia, Francia, Inglaterra, Alemania y España. Cada una de ellas con derecho a un voto. Los cardenales, que juntos tenían derecho a un sexto voto, no tenían más autoridad que la de cualquier otro miembro particular de la propia nación.” (Íbidem).

He aquí la realización de un sueño acariciado por muchos teólogos “progresistas”: la inclusión de los “doctores” en el Magisterio de la Iglesia, reservado por la doctrina católica ortodoxa al Papa y los Obispos. Sin embargo, algunos de ellos van más allá. Por ejemplo, Leonardo Boff y Clodovis Boff, en su libro *Como fazer Teologia da Libertacao* (Vozes, Petropolis, 1986), presentan un esquema de la Teología de la Liberación organizada en tres niveles: un nivel superior, “profesional”, a cargo de los profesores de teología; un nivel intermedio, “pastoral”, a cargo de los pastores y agentes pastorales; y un nivel inferior, “popular”, a cargo de las Comunidades Eclesiales de Base (o.c., pp. 25-28). ¡En este esquema el “magisterio de los teólogos” supera y orienta al Magisterio de los Obispos!

(5) Algunos observadores han alertado sobre el surgimiento de una tendencia conciliarista dentro del ala más radical del sector mayoritario de los Padres del Concilio Vaticano II. La Nota Explicativa Previa que Pablo VI mandó incorporar a la constitución dogmática *Lumen Gentium* reafirmó la doctrina católica sobre el primado del Papa, impidiendo toda interpretación conciliarista de las enseñanzas del Vaticano II sobre la colegialidad episcopal, uno de sus principales desarrollos doctrinales.

18. ALGUNOS ARGUMENTOS CONTRA EL PROTESTANTISMO

Los católicos creemos que todos quienes han recibido un bautismo válido (como el de las comunidades eclesiales protestantes históricas) son verdaderos cristianos, aunque no estén en perfecta comunión con la Iglesia Católica, la verdadera Iglesia de Cristo. Por ende, los protestantes son nuestros hermanos en la fe, aunque “hermanos separados”. En este Capítulo presentaré algunos cuestionamientos a los fundamentos doctrinales de esa separación.

La definición del canon bíblico

En el contexto de la doctrina católica, el problema de la definición del canon bíblico (pese a su larga y complicada historia) admite una solución que básicamente es muy sencilla: la Iglesia fundada por Cristo y asistida por el Espíritu Santo tiene autoridad suficiente para determinar el canon bíblico, es decir para discernir cuáles libros están inspirados por Dios y cuáles no.

La Iglesia no es una mera organización humana, sino una institución divina y humana a la vez. El Espíritu Santo guía a los Pastores de la Iglesia para que ellos conduzcan a todo el Pueblo de Dios por caminos de fidelidad a la Palabra de Dios en Cristo. En esa Iglesia, por voluntad de Dios, hay diversas instancias de autoridad (los Obispos, sucesores de los apóstoles) pero hay también una autoridad última e inapelable (el Papa, sucesor de Pedro, la roca de la Iglesia). Por eso, cuando Roma habla con intención de definir una cuestión teológica, la discusión termina. La autoridad conferida por Cristo a Pedro y sus sucesores les permite dirimir de una vez para siempre cuestiones teológicas como la del canon bíblico. “*Roma locuta causa finita*” (“Roma ha hablado, la discusión ha terminado”) es un principio teológico, no histórico. De hecho algunas discusiones teológicas prosiguieron después de la decisión final del Papa; pero de derecho deberían haber terminado y terminaron en la perspectiva católica ortodoxa.

En cambio, en el contexto de la doctrina protestante el problema del canon bíblico es completamente insoluble. La Biblia misma no determina el canon bíblico. Por lo tanto, dado el principio protestante de que la Biblia es la única autoridad en materia religiosa, no queda en pie autoridad alguna que pueda determinar el canon bíblico. De hecho, los protestantes recibieron el canon bíblico (en principio) de la Iglesia Católica, aunque luego Lutero —contradictoriamente y sin fundamento válido alguno— se arrogó el derecho de modificar ese canon, quitando de la Biblia a siete libros del Antiguo Testamento. En definitiva, para los protestantes la Biblia es un conjunto (o lista) no infalible de libros que infaliblemente transmiten la Palabra de Dios. La Carta a los Gálatas transmite infaliblemente la Palabra

de Dios, pero el protestante no puede tener certeza de que esa Carta sea realmente Palabra de Dios.

La “solución protestante” del problema del canon bíblico (y de muchos otros problemas doctrinales) es demasiado “humana”. Cada protestante apela directamente a la asistencia del Espíritu Santo para sostener su propia interpretación de la Sagrada Escritura, pero esas interpretaciones se contradicen entre sí. Unos protestantes creen en la validez del bautismo de los niños y otros no; unos protestantes creen en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y otros no; unos protestantes apoyan la legalización del aborto y otros no; y así sucesivamente, hasta el infinito... Por lo cual hoy hay decenas de miles de “iglesias” protestantes enfrentadas entre sí.

Pero en el problema del canon bíblico su posición es aún más débil, porque la Biblia no dice nada sobre cuál es concretamente el canon bíblico. ¿Cómo sabe el protestante que la carta a los Romanos es un libro inspirado por Dios? ¿Porque lo dice Lutero? ¿Quién dio a Lutero autoridad para decidir esa cuestión? ¿Y quién le dio autoridad para definir que los siete libros “deuterocanónicos” no son inspirados por Dios? En su rebelión contra la autoridad auténtica (de origen divino), los protestantes terminan sometidos a autoridades falsas, de origen meramente humano.

El fundamento del dogma de la Santísima Trinidad

Los protestantes, como los católicos, creen en la Santísima Trinidad; pero además creen en el principio protestante de la “sola Escritura”. Ese principio (que dice que la Divina Revelación es transmitida sólo en la Sagrada Escritura, y no también en la Sagrada Tradición de la Iglesia) es claramente auto-contradictorio, porque él mismo no está contenido en la Biblia, ni implícita ni explícitamente.

Sin embargo, el dogma de la Santísima Trinidad no está enunciado explícitamente en ningún lugar de la Sagrada Escritura. Por supuesto, está contenido implícitamente en la Escritura, pero no de un modo tan evidente que no se hayan necesitado muchas intervenciones de Papas y Concilios de los primeros siglos de la era cristiana para evitar las interpretaciones erradas de la Biblia acerca de esta cuestión esencial de la fe cristiana (nada menos que nuestra noción de Dios). He aquí pues otra gran contradicción: los protestantes aceptan la doctrina de los primeros Concilios Ecuménicos (Nicea, año 325; Constantinopla I, año 381; Éfeso, año 431; Calcedonia, año 451; etc.) con respecto al dogma de la Trinidad (y también, dicho sea de paso, con respecto al dogma de la Encarnación) y niegan la autoridad de esos mismos Concilios (y todos los posteriores) sobre cualquier tema teológico.

El dogma de la Santísima Trinidad no puede ser deducido de la Sagrada Escritura de un modo tan fácil que haga innecesaria la ayuda de la Sagrada Tradición de la Iglesia para evitar los errores y herejías en ese punto

fundamental. Las grandes disputas teológicas de los primeros siglos de la era cristiana sobre los dogmas de la Trinidad y la Encarnación serían totalmente inexplicables si esos dogmas pudieran deducirse muy fácilmente de la sola Escritura. Incluso grandes teólogos católicos ortodoxos (es decir, de doctrina verdadera) discutieron entre sí sobre estos temas, porque la terminología teológica no estaba bien definida, y así unos y otros daban significados diferentes a términos como “naturaleza” o “persona”.

En el caso de las disputas teológicas sobre la Trinidad se ve claramente que la función del Magisterio de la Iglesia no es inventar dogmas que no estaban contenidos en la Divina Revelación, sino preservar el depósito de la fe mediante interpretaciones autorizadas de la Revelación, que declaran su auténtico sentido y ayudan a toda la Iglesia a avanzar en su comprensión. El Magisterio brinda así a todo el Pueblo de Dios un servicio esencial: el servicio de la verdad.

La falta de un auténtico Magisterio de la Iglesia conduce inevitablemente a la confusión y la dispersión de los cristianos. No en vano las herejías antitrinitarias de los unitarios, los mormones y los Testigos de Jehová surgieron y prosperaron en ambientes protestantes.

En suma, si hoy los protestantes creen que Dios es uno en naturaleza, sustancia o esencia (un solo Dios), y trino en personas, hipóstasis o subsistencias (Padre, Hijo y Espíritu Santo), eso se lo deben a la Tradición de la Iglesia Católica que, a través de todo lo que ella es y cree, transmite la verdad revelada; y a los Papas y Concilios que, con la autoridad conferida a ellos por el mismo Jesucristo, resolvieron de una vez para siempre las principales cuestiones teológicas sobre la Santísima Trinidad.

El principio protestante de “sola Escritura”

En la controversia teológica entre católicos y protestantes suelen plantearse muchos temas que requieren un tratamiento extenso. A mi juicio la forma más práctica de abordar esa controversia de un modo eficaz y ordenado es discutir en primer lugar el principio protestante de la "sola Escritura", que está en la base de muchos de los demás temas discutidos entre ambas partes. Este principio esencial del protestantismo, formulado por el propio Martín Lutero, dice que la Divina Revelación es transmitida de un modo auténtico únicamente a través de la Sagrada Escritura (es decir, la Biblia), sin la Sagrada Tradición.

Ahora bien, debemos comenzar por señalar que el principio protestante de la "sola Escritura" es una gran contradicción, porque él mismo no está en la Escritura. La Biblia no dice en ningún lugar que la Biblia es **la única autoridad** en materia religiosa. Sí dice que es una autoridad, pero no que es la única. En cambio en la Biblia encontramos muchos textos que apoyan claramente la noción de Tradición (es decir, de una transmisión viviente de la Divina Revelación). Consideremos los siguientes textos bíblicos.

Juan 21,25: *"Hay, además, otras muchas cosas que hizo Jesús y que, si se escribieran una por una, pienso que ni aun el mundo podría contener los libros que se tendría que escribir"*. Obviamente los apóstoles y demás discípulos atesoraron en su memoria y transmitieron en su predicación y en su vida también esas "otras muchas cosas".

Mateo 16,17-19: Jesús no mandó a nadie escribir el Nuevo Testamento. Lo que hizo fue edificar su Iglesia sobre la roca de Pedro, dando a Pedro la suprema autoridad eclesiástica: "las llaves del Reino" (es decir, el poder ejecutivo) y la potestad de "atar y desatar" (es decir, el poder legislativo y judicial); y prometerle su presencia y asistencia permanente hasta el fin de los tiempos, de modo que "las puertas" (o sea, los poderes) del infierno "no prevalecerán" contra la Iglesia de Cristo. Jesús es fiel a sus promesas.

Obviamente Jesús no fundó y organizó su Iglesia para que existiera sólo hasta la muerte de los apóstoles, sino hasta el fin de los tiempos. El cargo de "Mayordomo Real" (o sea Primer Ministro) de su Reino (análogo a los cargos de José y Eliakim) que Jesús confirió a Pedro es hereditario. El Papa es el sucesor de Pedro, primer Obispo de Roma. Hay una sucesión apostólica continua desde Pedro hasta Francisco. Los Obispos son sucesores de los Apóstoles, columnas de la Iglesia. De modo que los católicos seguimos a una autoridad establecida por Cristo y de la que da testimonio el mismo Nuevo Testamento (que habla de obispos, presbíteros y diáconos; ordenaciones por imposición de manos, etc.); mientras que los protestantes siguen un principio anti-bíblico (la "sola Escritura"), inventado por Lutero después de 1.500 años de historia cristiana.

Juan 14,26 y 16,13: *"El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho. (...) El Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad"*. Jesús prometió a los apóstoles que el Padre les enviaría el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no guía a cada cristiano por un camino aislado, sino que nos guía a todos juntos en la Iglesia, pueblo de Dios organizado jerárquicamente (según el mismo Nuevo Testamento) por un camino de fidelidad siempre renovada y cada vez más profunda a la Palabra de Dios en Cristo.

Mateo 28,18-20; Marcos 16,15-18; Hechos 1,7-8: En su último mandato (el mandato misionero), antes de ascender al Cielo, Jesús no manda a sus discípulos (es decir a la Iglesia) escribir el Nuevo Testamento y enseñar a la gente todo lo escrito en ese libro. Les manda predicar el Evangelio (la doctrina que habían oído de Él y que el Espíritu Santo les ayudará a comprender cada vez mejor) y enseñar a todos los pueblos a cumplir todo lo que Él les ha mandado (y que ellos recordaron y practicaron). Y les prometió que Él mismo (la Palabra hecha carne) estaría con ellos hasta el fin de los tiempos. Se trata pues de una presencia viva y de un testimonio vivo, no meramente escrito. La Biblia no es más que una parte (aunque una parte muy importante) de ese proceso de transmisión viviente de la Divina

Revelación, a través de todo lo que la Iglesia es, cree, celebra, vive y reza (la Sagrada Tradición). La Tradición no se opone a la Escritura, sino que la incluye.

Jesús dio a los apóstoles la autoridad suficiente para dirigir todo este proceso. Por ejemplo, la autoridad para perdonar los pecados (cf. Juan 20,22-23) y para discernir si un testimonio dado (oral o escrito) es o no conforme al mensaje de Jesús.

Así se entiende la autoridad de la Iglesia para determinar el canon bíblico, es decir cuáles escritos están inspirados por Dios y son parte de la Biblia y cuáles no. Con el principio protestante de la "sola Escritura" el problema del canon bíblico es insoluble, porque la Biblia misma no dice cuáles libros forman parte del canon. Por lo tanto los protestantes no pueden recurrir a ninguna autoridad religiosa que defina si un determinado texto (por ejemplo, la Carta de Santiago o la Didajé) está o no está inspirado por Dios.

1 Timoteo 3,15: *"La Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad"*. San Pablo dice de la Iglesia, no de la Biblia, que es "columna y fundamento de la verdad".

2 Tesalonicenses 2,15: *"Por eso, hermanos, manteneos firmes en las tradiciones que aprendisteis, tanto de palabra como por carta nuestra"*. San Pablo exhorta a los cristianos a cumplir todo lo que les ha sido enseñado, oralmente o por escrito.

Dejo planteados los siguientes cuestionamientos en torno al principio de la sola Escritura, para la reflexión de nuestros hermanos protestantes:

- El principio protestante de la "sola Escritura" no está enunciado en la Biblia. ¿No es entonces un principio auto-contradictorio?
- ¿Cómo sabes que la Biblia es Palabra de Dios? ¿Te basta que ella misma diga que lo es? En última instancia, ¿es la Biblia la que hace creíble a Jesucristo o es Jesucristo el que hace creíble a la Biblia?
- La Biblia no dice cuáles son los libros inspirados por Dios. Entonces, ¿cómo conoces el canon, es decir la lista de los libros que integran la Sagrada Escritura? ¿Con qué derecho Martín Lutero eliminó siete libros (Tobías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Baruc, Sabiduría y Eclesiástico) del canon de la Biblia?
- Según la mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento, pasaron al menos veinte años desde la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo al Cielo hasta el momento en que comenzó a ser escrito el Nuevo Testamento y alrededor de cincuenta años más hasta que terminó su composición. Entonces, ¿cómo se transmitió la Revelación cristiana durante todo ese tiempo?
- ¿Qué garantías tienes de haber comprendido correctamente la Divina Revelación transmitida por escrito en la Sagrada Escritura si la Iglesia

no tiene la potestad de interpretarla con la autoridad de Cristo? ¿Para qué sirve una Revelación infalible que sólo puede ser interpretada de un modo falible?

- El principio protestante del “libre examen” (la libre interpretación personal de la Biblia) no está enunciado en la Biblia. Entonces, ¿no es acaso contradictorio con el principio protestante de la “sola Escritura”?
- La Biblia dice que Jesús prometió que los poderes del infierno no prevalecerán contra la Iglesia fundada por Él sobre la piedra que es Pedro. Entonces, ¿cómo es posible que, según el punto de vista protestante, la Iglesia de Cristo haya claudicado sustancialmente durante muchos siglos (quizás desde el siglo II hasta el siglo XVI)?
- La Biblia dice que Jesús enseñó que el hombre que repudia a su mujer y se une con otra comete adulterio. Entonces, ¿por qué los protestantes admiten el divorcio?
- La Biblia dice que Jesús, al instituir la Eucaristía en la Última Cena, afirmó: "*Esto es mi Cuerpo*". Entonces, ¿por qué muchos protestantes no creen en la presencia real de Cristo en la Eucaristía?
- [*Esta última pregunta es sólo para adventistas del séptimo día*]. La Biblia dice que el Concilio de Jerusalén, narrado en los Hechos de los Apóstoles, al determinar cuáles normas de la religión judía eran obligatorias para los gentiles convertidos al cristianismo, no incluyó la observancia del sábado. Entonces, ¿por qué los adventistas del séptimo día sostienen que es necesario observar el sábado en lugar del domingo, día de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo?

Como se puede apreciar, los seis primeros puntos de esta lista plantean cuestionamientos de índole general, mientras que los últimos cuatro plantean cuestionamientos de índole particular. No habría mayores dificultades para multiplicar los cuestionamientos de esta última clase.

19. LA INTELIGENCIA HUMANA PUEDE CONOCER LA VERDAD DE LO REAL

Este Capítulo está formado por dos citas. En la primera cita, el Licenciado en Filosofía Néstor Martínez Valls, hace una síntesis muy clara de la filosofía de Kant, tan influyente en la actualidad:

“Kant es el primero que hace toda una filosofía muy sistemática y complicada para decir que la inteligencia humana no tiene acceso al ser de las cosas. Lo que dice Kant, muy brevemente, es que al conocer imponemos siempre nuestras categorías a lo que nos viene de afuera, de las cosas, de modo que no podemos saber cómo son las cosas en sí mismas. Es como si tuviésemos necesariamente puestos los lentes de color azul, por ejemplo, y entonces vemos todo azul y no podemos saber cuál es el color real de las cosas o si tienen algún color. Por tanto, curiosamente, no podemos conocer la naturaleza humana, si la hay. Por tanto, tampoco podemos afirmar que hay una ley natural. Obviamente, tampoco podemos demostrar que Dios existe o que el alma humana es inmortal. Sólo podemos conocer el ‘fenómeno’, es decir, cómo se nos aparecen a nosotros las cosas en nuestra experiencia. No podemos conocer, fuera de saber que existe, la ‘cosa en sí’, es decir, la realidad independiente de nosotros y de nuestro conocimiento.

Por tanto, en Kant la moral ya no se apoya en la metafísica o filosofía del ser en general; lo práctico ya no se apoya en lo especulativo. La ética no se apoya en la antropología, ni, por medio de ésta, en la metafísica y en la teología. La ética en Kant es un punto de partida absoluto: estamos obligados. Es el ‘imperativo categórico’. Pero a ese imperativo no puede darle contenido alguno, porque eso implicaría conocer la naturaleza humana. Es un imperativo puramente formal: ‘Obra de tal manera que tu máxima o criterio de acción pueda ser tomada como ley universal’. Otra formulación es justamente: ‘Obra de tal manera que siempre tomes a la persona humana como fin y nunca como medio’. Pero esto en Kant no se puede fundamentar. Es el fundamento último de todo lo demás a nivel práctico. Y teóricamente no tiene fundamento posible.

Por eso mismo, Kant termina diciendo que el origen último de esa obligación absoluta somos nosotros mismos. Ésa es la ‘autonomía’ de la razón práctica: auto-nomos, se da la ley a sí misma. Por eso, en Kant la ley moral no puede venir de Dios. Eso sería ‘heteronomía’, que para Kant es igual a inmoralidad. Por el contrario, no podemos obligarnos a nosotros mismos, porque con la misma autoridad que yo puse una ley, yo mismo la puedo derogar cuando me parezca necesario. Por eso Kant, que quiso defender el absoluto de la obligación moral, es en realidad el padre de todos los relativismos posteriores.

El único acceso a Dios, en Kant, es mediante una ‘fe moral’: en vez de fundar la ética en la metafísica y, por tanto, en la teología, Kant hace al revés: como estamos obligados absolutamente, para que eso tenga sentido, tienen que existir un Legislador Supremo y una sanción después de la muerte, por lo que el alma tiene que ser inmortal. Pero aclara que eso no son demostraciones ni pruebas, sino ‘postulados’ de la razón práctica.

En definitiva, Kant es un antecedente necesario del positivismo. Después que él cerró la puerta del ser y de la metafísica a la inteligencia, y la encerró en el fenómeno empíricamente dado, el positivismo de Comte fue una consecuencia natural. Nuestra cultura actual, entre otras cosas, es kantiana, obviamente. La ‘perspectiva de género’, por ejemplo, es descendiente directa y legítima del kantismo. No podemos conocer la naturaleza humana, ni el ser, en general, así que tampoco podemos saber si es natural o no que haya varones y mujeres. Es todo construcción nuestra.” (Néstor Martínez Valls, email del 31/07/2015).

La segunda cita es del Concilio Vaticano II. Las tres frases que he destacado en negrita (además del subtítulo) representan un neto rechazo de la filosofía kantiana de parte de la Iglesia Católica:

“Dignidad de la inteligencia, verdad y sabiduría

*15. Tiene razón el hombre, participante de la luz de la inteligencia divina, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material. Con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda. **La inteligencia no se ciñe solamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté parcialmente oscurecida y debilitada.***

*Finalmente, la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. **Imbuído por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible.***

Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no forman hombres más instruidos en esta sabiduría. Debe advertirse a este respecto que muchas naciones económicamente pobres, pero ricas en esta sabiduría, pueden ofrecer a las demás una extraordinaria aportación.

*Con el don del Espíritu Santo, el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan divino.” (Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 15).*

20. EL CONOCIMIENTO DE DIOS

“La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerlo a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo.” (Juan Pablo II, carta encíclica *Fides et ratio*, proemio).

En lo referente al conocimiento de Dios, la doctrina católica se mantiene alejada de dos errores contrapuestos, el racionalismo y el fideísmo. La Iglesia Católica ha rechazado siempre tanto el racionalismo, que sobrevalora a la razón y desprecia a la fe, como el fideísmo, que aprecia a la fe pero subvalorando a la razón.

El racionalista piensa que el hombre conoce, tanto a Dios como a los demás seres, sólo por medio de la razón. Por consiguiente, rechaza la divina revelación, la fe, los misterios revelados (la Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Gracia, etc.), los milagros y todo el orden sobrenatural. Absolutiza la razón humana de tal manera que ella pasa a ocupar el lugar que corresponde a Dios. La Iglesia siempre se ha opuesto con firmeza a esta manera de pensar, que disuelve todo lo esencial del cristianismo.

El racionalismo representó una gran amenaza para la fe cristiana en el siglo XIX, cuando muchos pensaban que la ciencia llegaría a resolver todos los problemas y a conocer todas las cosas. En la actualidad, aunque el racionalismo ejerce todavía una gran influencia, ya no suele revestir la forma arrogante del pasado, pues son demasiado claros los males que ha causado en nuestra civilización. Además, los descubrimientos de la física moderna, en las primeras décadas del siglo XX, pusieron en entredicho la cosmovisión racionalista, al poner de relieve los límites del conocimiento científico. Cuanto más aprende la ciencia, tanto más humilde se vuelve.

Lamentablemente, en vez de regresar a una concepción correcta sobre las fuerzas de la razón, muchos han caído en un error opuesto. Hoy en día predomina en nuestra cultura el pensamiento relativista, que en el fondo es una forma de escepticismo. Según esta corriente de pensamiento, la verdad es siempre relativa; la verdad absoluta no existe o, si existe, la razón humana no puede conocerla con certeza. Simultáneamente se está produciendo en la actualidad un auge del irracionalismo, que se manifiesta de muchas maneras (supersticiones de todo tipo, voluntarismo, sentimentalismo, etc.).

Entre los no creyentes figuran los agnósticos, quienes afirman que el ser humano no es capaz de saber si Dios existe o no. Algunos creyentes no cristianos se aproximan hoy al agnosticismo. Según los estudiosos, el budismo originario no habría sido una religión, sino más bien una filosofía agnóstica. La corriente religiosa llamada “Nueva Era” (*New Age*), que ha tomado fuerte impulso en Occidente, está impregnada de la tendencia agnóstica del budismo.

Hoy en día, entre los cristianos, muchos de nuestros hermanos protestantes y también unos cuantos católicos piensan que la fe es una opción personal que no guarda ninguna relación con la razón o no tiene ninguna justificación racional. Según muchas de estas personas, la fe sería un mero sentimiento, algo puramente privado e incommunicable.

Hoy se vive una situación notable: la Iglesia Católica, falsamente acusada por los racionalistas de ser una institución oscurantista, defiende casi en solitario los derechos de la razón. Contra la corriente, la Iglesia sigue afirmando que la razón humana es capaz de conocer la verdad de lo real y que, a través del conocimiento del universo material y de la persona humana, tiene acceso al conocimiento del Creador.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, fiel a la doctrina de los Concilios Vaticano I y Vaticano II, nos recuerda que "*la Iglesia enseña que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz natural de la razón humana*" (n. 47).

A la pregunta de si la razón humana puede conocer a Dios, la doctrina católica da una respuesta decidida: sí, el ser humano, con la sola luz natural de la razón, es capaz de conocer la existencia de Dios y algunos de sus atributos. Es capaz de probar la existencia de Dios con argumentos racionales.

El cristianismo no es fideísta. La fe cristiana no puede existir al margen de la razón, ni mucho menos en contra de ella. Supone la recta razón, aunque la supera y perfecciona. La fe debe apoyarse en motivos racionales de credibilidad para ser digna del hombre, ser racional. No podemos confiar en Dios, en su Palabra y en su Amor, si no sabemos que Él existe. Dios nos ha dado el gran don de la razón, que nos asemeja a Él, para que podamos comenzar a conocerlo y así seamos capaces de escuchar su invitación a vivir en comunión de amor con Él y de abrir nuestros corazones al influjo de su gracia salvadora.

21. EL HOMBRE ES “CAPAZ” DE DIOS

“¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios? Dios mismo, al crear al hombre a su propia imagen, inscribió en el corazón de éste el deseo de verlo. Aunque el hombre a menudo ignore tal deseo, Dios no cesa de atraerlo hacia sí, para que viva y encuentre en Él aquella plenitud de verdad y felicidad a la que aspira sin descanso. En consecuencia, el hombre, por naturaleza y vocación, es un ser esencialmente religioso, capaz de entrar en comunión con Dios. Esta íntima y vital relación con Dios otorga al hombre su dignidad fundamental.” (Catecismo de la Iglesia Católica –Compendio, n. 2).

De muchas maneras, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y comportamientos religiosos. Pero la finalidad religiosa de la existencia puede ser olvidada, desconocida y hasta rechazada por el hombre, ya sea por ignorancia o indiferencia religiosas, por los malos ejemplos de los creyentes, por la influencia de ideologías antirreligiosas, por rebeldía contra el mal en el mundo, por las tentaciones de este mundo o hasta por el miedo u odio del pecador que huye ante la llamada de Dios.

Aunque el hombre se olvide de Dios o lo rechace, Dios no deja de llamar a cada hombre para que viva y encuentre la felicidad, también a través del testimonio de otros que le enseñan a buscar a Dios. La apertura a esta llamada de Dios exige del hombre el esfuerzo de su inteligencia y la rectitud de su voluntad, para buscar sinceramente la verdad sobre Dios y para adherirse totalmente a esa verdad, una vez que la ha encontrado.

“¿Cómo se puede conocer a Dios con la sola luz de la razón? A partir de la creación, esto es, del mundo y de la persona humana, el hombre, con la sola razón, puede con certeza conocer a Dios como origen y fin del universo y como sumo bien, verdad y belleza infinita.” (Catecismo de la Iglesia Católica –Compendio, n. 3).

La existencia de Dios no es evidente, pero es demostrable. Las pruebas de la existencia de Dios no son iguales a las demostraciones matemáticas o las pruebas de las ciencias experimentales. Son argumentos filosóficos convincentes y convergentes, que permiten llegar a verdaderas certezas. Las vías para conocer a Dios tienen siempre como punto de partida la Creación. Conocemos a Dios por sus obras, la causa divina por su efecto mundano.

San Pablo, en su carta a los Romanos, refiriéndose a los paganos, afirma: *“Lo que de Dios se puede conocer está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja a ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad.”* (Romanos 1,19-20).

Algunas vías de acceso a Dios toman como punto de partida el mundo material y otras parten de la persona humana. Estos dos enfoques son complementarios entre sí.

Las pruebas clásicas de la existencia de Dios siguen el primero de estos dos caminos: a partir del devenir, del ser, de la contingencia, de la belleza y del orden del mundo se puede conocer a Dios como origen, fundamento

permanente y fin del universo. Éste es el enfoque seguido por Santo Tomás de Aquino en sus célebres cinco vías.

Dado que la filosofía moderna y contemporánea ha puesto generalmente a la persona humana en el centro de su reflexión, actualmente hay una tendencia a privilegiar las vías que parten del hombre. Con su apertura a la verdad y la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y su conciencia, con su aspiración al infinito y a la felicidad, el hombre se pregunta acerca de Dios y percibe signos de su alma espiritual, semilla de eternidad que lleva en sí. Esta alma, irreducible a la sola materia, no puede tener origen más que en Dios.

“¿Basta la sola luz de la razón para conocer el misterio de Dios? Para conocer a Dios con la sola luz de la razón, el hombre encuentra muchas dificultades. Además no puede entrar por sí mismo en la intimidad del misterio divino. Por ello, Dios ha querido iluminarlo con su Revelación, no sólo acerca de las verdades que superan la comprensión humana, sino también sobre verdades religiosas y morales que, aun siendo de por sí accesibles a la razón, de esta manera pueden ser conocidas por todos sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error.” (Catecismo de la Iglesia Católica –Compendio, n. 4).

La doctrina católica afirma que la existencia de Dios no es propiamente un artículo de fe, sino un preámbulo de la fe, que puede ser conocido por la razón natural. La fe no anula a la razón, sino que presupone el conocimiento natural de Dios y lo perfecciona. No obstante, puede suceder que un ser humano particular conozca esta verdad sólo por la fe y el conocimiento no reflejo.

El Concilio Vaticano I, en el año 1870, llegó incluso a definir como dogma de fe que la razón humana puede alcanzar el conocimiento de Dios. El último Concilio ecuménico, el Vaticano II, reafirmó esta enseñanza tradicional del Vaticano I. En estos tiempos de relativismo filosófico, moral y cultural, la Iglesia Católica es la más firme defensora de la dignidad de la razón humana. La situación no deja de ser algo irónica. En el siglo XIX los racionalistas acusaban a la Iglesia de ser la gran enemiga de la razón, un simple residuo del oscurantismo medieval, destinado a desaparecer a poco que el progreso de la ciencia siguiera desplegándose. El siglo XX, sin embargo, presenció el hundimiento de esa falsa religión del progreso y manifestó el fracaso del proyecto de la Ilustración racionalista. La gran mayoría de los descendientes espirituales de los racionalistas del siglo XIX han perdido la fe en la razón y caído en el relativismo, que es una forma moderna del antiguo escepticismo. Del error de endiosar la razón humana, haciéndole ocupar el lugar de Dios, han ido a parar al error contrario, el de rebajar a la razón humana, teniéndola por incapaz de conocer la verdad de lo real. La Iglesia, en cambio, sigue en su posición tradicional: la razón humana no es capaz de abarcarlo todo, pero tampoco es completamente

impotente para conocer la verdad absoluta.

¿Qué puede conocer la razón humana? ¿Todo, nada o algo? Entre el soberbio “todo” de los racionalistas de ayer y la pesimista “nada” de los escépticos de hoy, se mantiene firme y verdadero el humilde “algo” de los católicos: la razón humana puede captar algo del infinito misterio del ser. Y este “algo” le basta.

“¿Cómo se puede hablar de Dios? Se puede hablar de Dios a todos y con todos, partiendo de las perfecciones del hombre y las demás criaturas, las cuales son un reflejo, si bien limitado, de la infinita perfección de Dios. Sin embargo, es necesario purificar continuamente nuestro lenguaje de todo lo que tiene de fantástico e imperfecto, sabiendo bien que nunca podrá expresar plenamente el infinito misterio de Dios.” (Catecismo de la Iglesia Católica –Compendio, n. 5).

El gran escritor católico G. K. Chesterton escribió una vez que las herejías son verdades que se han vuelto locas, perdiendo así su relación con las demás verdades. Algunos filósofos e incluso teólogos han caído en el grave error de pensar que Dios es un misterio tan absolutamente incomprensible para el hombre que lo más adecuado para nosotros sería no hablar de Dios o al menos no afirmar nada acerca de Él. Esto es una lamentable exageración de la doctrina católica que dice que no conocemos positivamente la esencia de Dios. La afirmación de que no conocemos positivamente la esencia de Dios debe ser complementada por otras dos afirmaciones de la doctrina católica.

La primera es que, aunque no conocemos positivamente la esencia divina, la conocemos negativamente. O sea, aunque no sabemos perfectamente cómo es Dios, sabemos perfectamente lo que Dios no es: Dios no es material, no es limitado, no es impersonal, no es malo, etc.

La segunda es que podemos conocer la esencia divina analógicamente, a partir de sus efectos. Entre dos seres hay analogía cuando hay a la vez semejanza y desemejanza; semejanza en uno o varios sentidos y desemejanza en otro u otros sentidos. La doctrina católica sostiene que entre Dios y los seres creados por Él hay analogía, es decir semejanza y desemejanza, aunque en este caso la desemejanza es siempre mayor que la semejanza. Esta analogía nos permite alcanzar un verdadero conocimiento de Dios, aunque imperfecto.

Ilustremos esto con un ejemplo. Sabemos que Dios es bueno, pero no conocemos plenamente la forma divina de la bondad. La bondad infinita de Dios no es igual a la bondad finita de las criaturas. Sin embargo, la bondad de los seres finitos nos permite hacernos una idea de la bondad de Dios. Ésta es una bondad eminente y es la causa primera de toda la bondad de las criaturas.

De todos los seres creados del universo material, el que tiene una mayor semejanza con Dios es el ser humano. A fin de conocer a Dios por sus

obras, es preciso que nos esforcemos por conocer al ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios y por ello capaz de conocer y amar a Dios.

Aun cuando no crea en Dios conscientemente, todo ser humano tiene un conocimiento implícito y no conceptual de la existencia de Dios. Todo ser humano conoce la existencia de la verdad y Dios mismo es la Verdad. Todo ser humano desea y conoce naturalmente la felicidad y Dios mismo es la felicidad del hombre. Es deseable que todos lleguen a conocer a Dios también de un modo explícito y conceptual, reconociéndolo como la Verdad Primordial y el Sumo Bien.

Dios nos ha creado para que encontremos en Él la plena felicidad. Dios quiere que lo conozcamos y que entremos en una relación de comunión con Él. Él no cesa de buscarnos, por todos los medios. Nosotros, entonces, tampoco dejemos de buscar a Dios a nuestro alrededor, en los simples acontecimientos de cada día.

22. ¿CÓMO ES DIOS?

El primer artículo del Credo de los Apóstoles, antiquísima profesión de fe, comienza con estas palabras: "*Creo en Dios*". Sería bueno que nos preguntáramos si conocemos a Dios, en quien creemos. A pesar del secularismo, en nuestra sociedad continúa hablándose bastante acerca de Dios; pero a menudo se da de Él una imagen falsa o distorsionada.

Aunque el misterio de Dios supera la razón humana, ésta puede, si procede rectamente, conocer no sólo la existencia de Dios sino también algunos de sus atributos. La fe en la revelación divina confirma estos conocimientos naturales y permite ahondarlos en muchos puntos que superan a la sola razón. Así, por la fe y la razón, podemos conocer muchas propiedades de la naturaleza divina: Dios es infinito, inmenso, inmutable, incomprendible, todopoderoso, eterno, etc.

Es razonable pensar que no todos los atributos divinos tienen igual jerarquía y que entre ellos hay uno o algunos que expresan más perfectamente la esencia divina. Esta cuestión es más importante de lo que aparenta a primera vista. Si pensamos que Dios es ante todo omnipotente, la idea que nos haremos de Él será muy diferente que si pensamos que es sobre todo omnisciente.

Habiéndose planteado esta pregunta, la teología escolástica respondió con claridad que **Dios es el Ser**, el Ser absoluto y necesario, el mismo Ser subsistente. Esta respuesta encuentra apoyo en Éxodo 3,13-15. Desde una zarza que ardía sin consumirse, Dios reveló su nombre a Moisés: "*Yo soy el que es*". Este misterioso nombre divino expresa la trascendencia de Dios, que está infinitamente por encima de todo lo que podemos comprender o nombrar. No obstante, este "Dios escondido", de nombre inefable, es un Dios que está muy cerca de los hombres.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, después de reproducir esta afirmación de la teología clásica, agrega una doble afirmación de fuerte raigambre bíblica: **Dios, "el que es", es Verdad y Amor.**

Dios es la Verdad misma. Sus palabras no pueden engañar. Por eso sus promesas se cumplen siempre. El hombre se puede entregar con toda confianza a la verdad y la fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. Esta Verdad se manifiesta en la revelación natural de la creación y sobre todo en la revelación sobrenatural cuya plenitud es la persona de Cristo (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 215-217).

El Nuevo Testamento subraya un atributo divino tan importante como el Ser y la Verdad. Cuando San Juan tiene que expresar en una sola palabra cómo es Dios, nos dice que "*Dios es Amor*" (1 Juan 4,8.16). El ser mismo de Dios es una eterna comunicación de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 218-221). El misterio de Dios es un misterio de amor infinito y eterno.

De forma totalmente gratuita, Dios nos ha destinado a participar de su vida íntima. Si queremos vivir en comunión con Dios, que es Amor, debemos vivir en el Amor. He aquí el núcleo de la vida cristiana: amar a Dios y a los hombres, con el mismo amor de Cristo.

23. LA RAZÓN HUMANA Y EL MISTERIO DE DIOS

Se dice que Santo Tomás de Aquino, el mayor teólogo y filósofo medieval, tuvo hacia el final de su vida, mientras celebraba Misa, una experiencia mística que lo indujo a dejar inconclusa su obra magna, la *Suma Teológica*. Su amigo fray Reginaldo le rogó que volviese a sus costumbres ordinarias de leer y escribir, pero Tomás le respondió: "*No puedo escribir más. He visto cosas ante las cuales mis escritos son como paja*". Volvió a la sencillez extrema de su vida monástica (era dominico, es decir: pertenecía a la orden mendicante fundada en 1215 por Santo Domingo de Guzmán) y sólo dejó su retiro por obediencia al Papa, quien requirió su presencia en el Concilio de Lyon II (1274). Se puso en camino, pero poco después de comenzar el viaje enfermó y fue conducido a un monasterio. Allí pidió que le fuese leído todo el canto de Salomón, confesó sus pecados y murió. El confesor dijo que su confesión había sido como la de un niño de cinco años (cf. G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid 1985, pp. 130-133).

Santo Tomás tuvo la inteligencia más brillante de su época, pero sin embargo reconoció con humildad que la profundidad del misterio de Dios rebasa los límites del entendimiento humano. Todo ser humano debe usar el don divino de la razón para tratar de conocer la verdad. Más aún, el cristiano debe estar siempre dispuesto a dar razón de su esperanza a todo el que se la pida (cf. 1 Pedro 3,15); pero "*el último paso de la razón es reconocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan*" (Blaise Pascal, *Pensamientos*, n. 466). Dios es siempre el Incomprensible y el Inefable. No obstante, este reconocimiento no anula el resultado de nuestros esfuerzos para penetrar en los misterios de la autorrevelación de Dios en su Hijo Jesucristo. Santo Tomás dio ese último paso que completó su trayectoria sólo al final de su monumental obra teológica.

Siguiendo el ejemplo de Tomás, debemos evitar dos errores contrarios. Uno es el error del racionalismo: pensar que la razón humana es autosuficiente para conocer plenamente a Dios, sin el concurso de la fe. El otro es el error del fideísmo: pensar que la razón humana es absolutamente impotente para conocer a Dios y que no puede fundamentar la fe cristiana.

Jesucristo nos revela el misterio de Dios. Sin embargo, debido a la finitud de la razón humana, no podemos comprender plenamente ese misterio. Ahora conocemos a Dios en forma imperfecta. En la vida eterna lo veremos cara a cara. La fe y la esperanza ya no serán necesarias, pero subsistirá el amor (cf. 1 Corintios 13,8-13). La Iglesia, mientras anhela la pronta venida del Reino de Dios y continúa en la tierra la misión del Redentor, no cesa de contemplar y estudiar los misterios divinos que conoce por la revelación. El estudio teológico, apoyado en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia, permite comprender cada vez

más profundamente, a la luz de la fe, la verdad revelada en Cristo y por Cristo. Conviene pues que los cristianos lean, mediten y estudien asiduamente los Libros Sagrados, para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (cf. Filipenses 3,8), pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo (cf. Concilio Vaticano II, constitución *Dei Verbum*, nn. 24-25).

La fe en Dios del cristiano no está basada en experiencias sensibles extraordinarias ni es un mero sentimiento religioso. La fe cristiana en Dios tiene un fundamento racional (los "preámbulos de la fe", que pueden ser demostrados racionalmente), pero en sí misma es suprarracional, un modo de conocimiento que supera el alcance de la razón y al cual sólo se puede acceder mediante una "conversión", una reorientación total de la propia vida hacia Dios. Esta conversión es entre otras cosas un "cambio en el pensamiento", sentido sugerido por la palabra griega *metanoia*, empleada en el Nuevo Testamento para designar la conversión. La conversión tiene también una dimensión moral: es una decisión de entregar la propia confianza y el propio ser a Dios, revelado en su Palabra hecha carne, Jesucristo.

Blaise Pascal escribió que "*el corazón tiene sus razones que la razón no conoce*". Una persona que decide amar a otra puede relacionarse con ella de tal modo que la capacita para conocerla mucho más profundamente que antes. Es cierto que nadie ama lo que no conoce; pero también es cierto que, en cierto modo, nadie conoce lo que no ama. Esto, que ocurre siempre, aunque en distintos grados, se da eminentemente en el caso de la relación del hombre con Dios. La fe no es un mero conocimiento, al que se puede acceder sin comprometer la propia vida. Involucra la decisión de arrojarse confiadamente en los brazos de Dios, de dejarse transformar por su gracia, de amarlo de todo corazón. En vano procurará conocer el misterio de Dios quien no esté dispuesto a responder de esta forma al llamado de Dios. Por eso, es posible acumular mucha erudición y tener muy poca sabiduría. Y a la inversa, una persona puede ser inculta a los ojos del mundo y ser muy sabia a los ojos de Dios.

Dios todopoderoso y eterno, por medio de su Hijo Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, nos conceda crecer cada día en el conocimiento del único Dios verdadero, de quien procede toda verdad, bondad y belleza; y que este conocimiento nos impulse a amarlo cada vez más y a unirnos a Él para siempre.

24. LA "NEUROTEOLOGÍA"

Una nueva disciplina científica denominada "neuroteología" ha descubierto que ciertas zonas cerebrales "se activan" durante ciertas experiencias místico-religiosas. En bien de la brevedad, supongamos que esto fuese una descripción aproximadamente correcta de un hecho real. Hechos son hechos e interpretaciones son interpretaciones. El problema de la "neuroteología" es su tendencia a la interpretación materialista de esta clase de hechos.

Lo realmente importante aquí es la cuestión de la causalidad: ¿El fenómeno neurológico causa el fenómeno religioso o el fenómeno religioso causa el fenómeno neurológico? El propio nombre de la "nueva ciencia" hace pensar en una tendencia (científicamente injustificable) hacia la primera de ambas alternativas.

El hombre es una unidad de cuerpo y alma. Sus emociones, por ejemplo, afectan a estas dos dimensiones de su ser. Cuando siente vergüenza, su cara enrojece. Cuando siente miedo, el latido de su corazón se acelera. Pero no siente vergüenza porque su cara enrojece, ni siente miedo porque el latido de su corazón se acelera, sino al contrario. ¿Por qué habría de ser diferente en el caso de las "emociones religiosas"?

Ni siquiera es seguro que dos hechos concomitantes estén relacionados causalmente entre sí. Al menos en eso David Hume tenía razón. Lamentablemente, con frecuencia las estadísticas se usan para establecer relaciones disparatadas entre fenómenos concomitantes pero no relacionados causalmente entre sí, al menos no en forma directa. Por ejemplo, se podría demostrar matemáticamente que existe una fuerte correlación positiva entre el porcentaje de cristianos en la población de un país y los puntos ganados por su selección en los campeonatos mundiales de fútbol. Pero de allí no se puede inferir que ser cristiano favorezca el talento futbolístico ni menos aún que la buena performance futbolística de una selección favorezca el crecimiento del cristianismo en su país.

Por otra parte, tenemos el hecho de que la mística (al menos la cristiana) no puede de ninguna manera reducirse a determinadas emociones. La mística cristiana en sustancia no depende de ningún fenómeno extraordinario, ni de emociones particulares. Por desgracia, con mucha frecuencia la mística cristiana es casi totalmente desconocida en ambientes no creyentes. Los cristianos no sentimos a Dios a través de algún oculto sexto sentido. Lo conocemos por la razón y por la fe.

La religiosidad humana, en su esencia más propia, no tiene absolutamente ninguna relación con una "sensación de infinito" o de "pérdida de linealidad del tiempo", como sostienen los partidarios de la "neuroteología". Ésta no es la actual interpretación de los momentos místico-religiosos, sino tan sólo la interpretación de la corriente de

pensamiento materialista. La fe cristiana provee una interpretación alternativa.

La ciencia no es ni puede ser materialista. El materialismo es la doctrina (filosófica, no científica) que postula que todo es materia. La ciencia experimental prescinde metodológicamente del espíritu, pero no lo niega ni puede hacerlo. Es decir, no trata del espíritu simplemente porque no es su tema. Cuando algunos científicos apoyan el materialismo, no hacen ciencia, sino filosofía (y mala filosofía). No tienen derecho a utilizar el prestigio de la ciencia a favor de su falsa filosofía.

25. HAY UN SOLO DIOS

Tal vez usted crea que en la actualidad el politeísmo subsiste sólo en el seno de pueblos primitivos, en regiones muy remotas del globo. En ese caso le sorprenderá saber que miles de uruguayos profesan una religión politeísta y que es muy común ver a sus predicadores extranjeros, vestidos de impecable traje y corbata, recorriendo en parejas las calles de nuestras ciudades. Me refiero a la religión de los mormones, fundada en los Estados Unidos durante el siglo XIX por Joseph Smith, quien murió acribillado mientras disparaba contra una multitud que pretendía lincharlo por sus secretas costumbres polígamas. Posteriores informes oficiales de su iglesia le atribuyeron 27 esposas.

Aunque el *Libro del Mormón*, principal libro sagrado de esta secta, sostiene que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, Joseph Smith (en su libro *Doctrinas y Convenios*, que los mormones consideran también inspirado por Dios) enseñó a sus seguidores que estas tres personas son tres dioses distintos. Pero Smith no se detuvo en el triteísmo: según su doctrina, el universo material es eterno, existen innumerables mundos habitados y cada uno de ellos tiene sus propios dioses. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son solamente los dioses de nuestro mundo. Más aún, el Padre, que engendró, de la Madre Universal (otro ser divino), a todos los espíritus que existen o existieron en la Tierra, es sólo un hombre de carne y hueso que ha alcanzado un alto estado de evolución. Jesucristo o Jehová es el Hijo primogénito de Dios, engendrado por la unión carnal de Dios Padre con la Virgen María. En las bodas de Caná, Jesús habría contraído matrimonio con María Magdalena, Marta y la otra María, con quienes habría tenido hijos. Satanás sería otro de los hijos de Dios, hermano de Jesús. El pecado de Adán habría sido un acto meritorio: Adán cayó para que los hombres pudiesen existir, proveyendo a millones de espíritus preexistentes de tabernáculos mortales, un paso necesario para alcanzar finalmente la exaltación en el estado divino. Según la doctrina sostenida hasta hace pocos años por la iglesia mormona, ese estado divino, asequible para todos los mormones blancos, estaba vedado a las personas de raza negra.

La teología de los mormones, al igual que su visión de la historia del continente americano, es racionalmente indefendible. Tiene mucho más en común con la "teología" de la serie de ciencia ficción *Stargate* –Puerta a las Estrellas–, que con la doctrina de cualquiera de las grandes religiones monoteístas.

Los paganos del Imperio Romano acusaron falsamente de ateísmo a los cristianos, porque éstos no adoraban a ninguno de sus falsos dioses. Con verdad, en cambio, se podría decir que el mormonismo es una religión atea, puesto que ninguno de sus innumerables dioses es el Ser absoluto,

necesario, perfectísimo, eterno, infinito, incomprensible, omnipotente y Creador del universo, el único Dios verdadero.

26. LA DIVINA REVELACIÓN

El diálogo entre Dios y el hombre

Los cristianos creemos que Dios, por su bondad y sabiduría, se comunica con los hombres para revelarles su misterio e invitarlos a compartir su gloria. También creemos que los hombres son capaces de escuchar la Palabra de Dios y de corresponderle por la fe. Llamamos "Revelación" al hecho y al contenido de la comunicación de Dios a los hombres: *"En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos... El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio."* (Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación, n. 2).

Dios se comunica con los hombres de muchas maneras, pero su forma principal de comunicación es la Palabra. En la Biblia, las teofanías, los sueños, las visiones, etc. son sobre todo medios de transmisión de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es luz para la mente y fuerza para el corazón; es decir, inspira conocimientos, pensamientos y proyectos, pero además suscita historia, es fuerza que dinamiza y orienta los acontecimientos. La Palabra de Dios crea, revela y salva; indica metas y da la posibilidad de alcanzarlas.

Se puede decir que hay una Revelación cósmica y una Revelación histórica: *"Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo; queriendo además abrir el camino de la salvación sobrenatural, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres."* (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 3).

Con respecto a la Revelación cósmica, debemos recordar que el hombre, por medio de su inteligencia, puede ascender de la contemplación de las cosas creadas a la contemplación del Creador (cf. Romanos 1,20). La Naturaleza transparente algunas facetas del misterio de Dios: su bondad, su belleza, su sabiduría, etc. El relato de la Adoración de los Magos (cf. Mateo 2,1-12) muestra que el ejercicio perseverante de las más nobles facultades humanas y la búsqueda de la verdad llevada hasta sus últimas consecuencias conducen hasta el umbral de la profesión de fe.

Con respecto a la Revelación histórica, debemos recordar que la historia fue el medio principal por el cual Israel conoció a Yahweh, experimentando sus intervenciones salvíficas.

Hay cuatro sentidos de la palabra "historia" en relación con la Revelación:

- La historia es el contexto temporal y espacial en el cual se realiza la Revelación.

- La historia es también objeto y contenido de la misma Revelación (por ejemplo Deuteronomio 26,5-9).
- Determinados acontecimientos históricos son confirmaciones visibles de la verdad de la Revelación (por ejemplo los milagros).
- Los hechos de la historia de salvación son reveladores y portadores de un mensaje.

La Revelación debe ser recibida con fe: "*Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios... Para dar esta respuesta de fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda*" (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 5).

Dada la relación existente entre Dios y los hombres, toda teología supone una determinada antropología; es decir, toda afirmación acerca de Dios implica una determinada visión del hombre y del cosmos. Esto se aplica también a la Divina Revelación, concepto fundamental de la teología cristiana. La afirmación de la realidad de la comunicación entre Dios y los hombres implica una cierta concepción no sólo de Dios, sino también del hombre. Intentaré esbozar lo esencial de ambas concepciones de acuerdo a la teología cristiana, basada en la aceptación de la Revelación.

Dios es no sólo el Creador del Universo y del hombre, sino además un Padre providente, rico en misericordia. La expresión más sintética de la Buena Noticia del Evangelio es esta frase de la Primera Epístola de San Juan: "*Dios es Amor*" (1 Juan 4,8.16). La primera carta encíclica del Papa Benedicto XVI se llamó precisamente así: *Deus caritas est*, Dios es amor.

El amor de Dios es gratuito, total, irreversible, incondicional, universal. Es caridad. Dios ama al mundo y a los hombres, y por eso se comunica con ellos, no sólo para transmitirles algunas verdades necesarias para su salvación, sino sobre todo para transmitirles la vida eterna, es decir su propia vida. A esta "vida de Dios" la llamamos Gracia, porque es una auto-apertura o auto-comunicación gratuita de Dios a los hombres, a quienes llama a vivir en comunión de amor con Él.

El Dios de los cristianos tiene, entre otras, las siguientes características:

- Es un Dios trascendente. Está más allá de los hombres y del mundo. No se confunde con ellos como en el panteísmo, sino que siempre es Otro. Es un Dios oculto; lo más diferente de mí mismo.
- Es también un Dios inmanente. Está presente, vivo y actuante en los hombres y en el mundo. No se desinteresa de ellos como en el deísmo. Siempre busca unirnos a Él. Es un Dios cercano; lo más íntimo de mí mismo.
- Es un Dios personal. Es Alguien a quien tiene sentido hablar y llamar Padre. No es una fuerza anónima o una ley impersonal que rige el universo como en algunas religiones orientales.

Dentro del universo material, sólo el hombre y la mujer fueron creados por Dios a su imagen y semejanza (cf. Génesis 1,26-27). Por lo tanto, entre

los hombres y Dios hay diferencias, pero también semejanzas que hacen posible un diálogo. Como Dios, el hombre es un ser espiritual, que participa (aunque con las limitaciones propias de la finitud del hombre) de algunas facultades del mismo Dios: inteligencia, libre albedrío, capacidad de amar, etc. Pero, a diferencia de Dios, el hombre tiene también un cuerpo material. El hombre, compuesto de cuerpo y alma, materia y espíritu, es una unidad: cuerpo vivificado, espíritu encarnado. Tanto la materia como el espíritu son frutos de la obra creadora de Dios, "*Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible*", y son por consiguiente buenos.

El hombre es un ser que no tiene su centro en sí mismo y que se trasciende a sí mismo. Aspira, consciente o inconscientemente, a lo Absoluto; hay en él una sed de infinito y de eternidad que postula un "agua que no es de este mundo", capaz de saciar esa sed. Como escribió San Agustín, el corazón del hombre estará inquieto hasta que descanse en Dios. El hombre está llamado a ser uno con Dios; ésta es su vocación sobrenatural. Sólo en Dios podrá alcanzar la felicidad plena que desea. La Revelación supone la existencia en el hombre de una capacidad de apertura al misterio de Dios. La fe es esa apertura. En la realidad humana, inmanente y contingente, puede darse esa apertura, libre y liberadora, a la realidad trascendente de Dios, apertura que hace posible y real el diálogo entre Dios y el hombre.

La Revelación, por lo tanto, es rechazada no sólo por las corrientes de pensamiento (ateísmo, agnosticismo, etc.) que no aceptan la existencia de un Dios con las características enunciadas, sino también por otras ideologías (racionalismo, determinismo, fatalismo, psicologismo, economicismo, etc.), cuya imagen del hombre es radicalmente distinta de la cristiana. A menudo estas ideologías intentan sofocar la aspiración del hombre a lo Absoluto o satisfacerla recurriendo a ídolos que toman el lugar del único Dios vivo y verdadero.

La Palabra de Dios a los hombres se nos revela en Jesús

Es voluntad del Padre Eterno que los hombres participen de la vida divina. Habiendo ellos pecado, no los abandonó, sino que les dispensó siempre los auxilios para la salvación (cf. Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, n. 2).

"Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado, en estos días postreros, por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los mundos. El cual, siendo como es el resplandor de su gloria e imagen de su substancia, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos." (Hebreos 1,1-3).

Jesús es el cumplimiento, el centro y la plenitud de la Revelación. Según

el prólogo del Evangelio de Juan, Jesús es la segunda persona de la Trinidad, el *Logos*, Verbo o Palabra de Dios, que se hizo hombre para revelarnos el misterio de Dios y el misterio del hombre, y para llevar a cabo el plan divino de salvación (cf. Juan 1,1-18).

Dios ama tanto al mundo y a los hombres que les entregó su Hijo único, para darles la vida eterna (cf. Juan 3,16). Jesucristo es la Palabra eterna hecha carne para alumbrar a todo hombre: Él "*habla las palabras de Dios y realiza la obra de salvación que el Padre le encargó. Por eso, quien ve a Jesucristo, ve al Padre; Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino*" (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 4).

El amor de Dios a los hombres se manifiesta principalmente en la Encarnación del Hijo de Dios, que se convirtió en uno de nosotros, y en su muerte redentora en la Cruz, que le hizo merecedor de la gloria de su Resurrección y Ascensión al cielo.

"Vino, por tanto, el Hijo, enviado por el Padre, quien nos eligió en Él desde antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en Él todas las cosas. Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención. La Iglesia o reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo... Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos." (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 3).

El primer Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea en el año 325, proclamó solemnemente la fe de la Iglesia en la divinidad de Jesucristo, que era negada por los seguidores de Arrio. Así reza el Credo niceno: "*Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza [homoousios = consubstancial] que el Padre, por quien todo fue hecho; y que por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó en María la Virgen, y se hizo hombre. Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado; descendió a los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos según las Escrituras. Subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre. Y de nuevo vendrá con gloria, para juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin."*

Que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre significa que es de la misma substancia que el Padre, que es consubstancial al Padre, que es Dios como el Padre; el mismo Dios, no otro Dios.

Contra los arrianos, que pretendían reducir a Jesús al rol de maestro de la verdadera religión y la verdadera sabiduría, escribió San Atanasio: "[Jesús es] *el Salvador, el Hijo bueno del Dios bueno*", "*la Sabiduría en Sí, la Religión en Sí, la misma Potencia en sí propia del Padre, la Luz en Sí, la Verdad en Sí, la Justicia en*

Sí, la Virtud en Sí."

El Concilio Ecuménico de Calcedonia, para cerrar el paso tanto a las herejías que negaban la naturaleza divina de Cristo como a las que negaban su naturaleza humana, proclamó la célebre fórmula dogmática: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Siendo Cristo la única persona que reúne en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, Él ha podido revelarnos la verdad acerca de Dios y la verdad acerca del hombre.

Jesús nos revela la verdad acerca de Dios. Él es el rostro visible del Dios invisible, la Epifanía de Dios, el Sacramento del Padre. En Él se manifiestan la gloria y el amor de Dios. Él nos enseñó a llamar a Dios *Abbá* (o sea Padre o, más exactamente, Papá) y nos reveló la Buena Noticia de que Dios ama a todos los hombres, quiere perdonarles todos sus pecados y recibirlos en su Reino. Conocer a Cristo es conocer al Padre (cf. Juan 14,7), y recibir a Cristo es recibir al Padre (cf. Juan 13,20). Jesús predicó el Evangelio del Reino de Dios, un Reino que está cerca, que ya viene, que por medio del mismo Jesús está ya presente, actuante, vivo y en crecimiento entre los hombres (cf. Marcos 1,14; Lucas 17,20-21).

Jesús también nos revela la verdad acerca del hombre. Él es el Nuevo Adán (cf. Romanos 5,15; 1 Corintios 15,22.45), el hombre perfecto, el Primogénito de toda criatura (cf. Colosenses 1,15). Cristo, verdadero Sumo Sacerdote, es un hombre de verdad, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (cf. Hebreos 4,15). Para llegar a ser perfectos, debemos seguir a Jesús, cargar con su Cruz, amar como Él nos amó. El cristiano es una nueva criatura que vive de la gracia de Dios; ha sido revestido de Cristo en el Bautismo.

Jesucristo anuncia el Reino de Dios, pero no como un simple mensajero. Él deja entender claramente que la opción del hombre por el Reino (vale decir su salvación) guarda una relación directa con la actitud que tome ante su persona: "*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre si no es por Mí.*" (Juan 14,6).

El Evangelio según san Juan nos presenta a Jesucristo como el manantial de agua viva (Cap. 4), como el Pan de Vida (Cap. 6), como la Luz del mundo (Cap. 8), como el Buen Pastor (Cap. 10) y como la Resurrección (Cap. 11).

Jesús es signo de contradicción y ante Él nadie puede permanecer indiferente. Él obliga al hombre a tomar partido: por Cristo o contra Cristo, por Dios o contra Dios, por el Amor o por el egoísmo. Encontrar a Cristo es encontrar la salvación. Por eso Jesús puede decir a Zaqueo: "*Hoy ha llegado la salvación a esta casa.*" (Lucas 19,9).

La misión de los cristianos es dar testimonio de Jesús resucitado y anunciar su Evangelio a todos los hombres, de modo que, creyendo en Cristo, sean vivificados por Él. La restauración de todas las cosas en Cristo

llegará a su plenitud cuando Cristo sea todo en todos, para que Dios sea todo en todos (cf. 1 Corintios 15,24-28). Entonces será el fin, y los bienaventurados convivirán para siempre con Dios, Principio y Fin, en la ciudad santa (cf. Apocalipsis 21,2-3).

Conclusiones

Jesucristo es el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, el Hijo amado del Padre, el único que conoce al Padre en toda su intimidad, desde siempre. Él da a conocer al Padre, a quien ningún hombre había visto jamás cara a cara. Lo da a conocer a todo aquel que quiera escucharlo. La palabra de Dios en Cristo se dirige a todo ser humano, pero sólo los humildes y sencillos de corazón la reciben con confianza de hijos.

Jesucristo, perfecto Dios, es también perfecto hombre. Él, el revelador del Padre, también nos revela la grandeza del hombre, la sublimidad de nuestra propia vocación, el destino maravilloso que Dios nos tiene preparado desde antes de la creación del mundo. Contemplando a Jesucristo podemos ver lo que el ser humano está llamado a ser. Sólo en Cristo se esclarece el misterio del hombre, que es un enigma para sí mismo (cf. Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 22). Escuchemos pues a Jesucristo, el único Salvador del mundo, y creamos en Él. Sólo Él tiene palabras de vida eterna.

27. LA SAGRADA ESCRITURA

La inspiración escriturística es un momento privilegiado de la acción del Espíritu Santo

El Espíritu Santo ha inspirado los Libros Sagrados. Sin embargo, la acción del Espíritu Santo en la historia no se reduce a la inspiración de las Sagradas Escrituras, sino que es mucho más amplia.

La doctrina de la Iglesia sobre el Espíritu Santo fue explicitada en el Segundo Concilio Euménico (el Concilio de Constantinopla I, en el año 381), el cual agregó al Credo de Nicea un párrafo sobre el Espíritu Santo: "*Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, y que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas*".

Posteriormente se extendió en la Iglesia latina la práctica de añadir, luego de la frase "*que procede del Padre*", la expresión "*y del Hijo*". Con motivo del cisma de Oriente, los orientales argumentaron que los occidentales, al agregar dicha expresión al Credo, habían tergiversado la fe verdadera; de ahí que se llamaran a sí mismos ortodoxos. Sin embargo, la doctrina de la procesión del Espíritu Santo por espiración del Padre y del Hijo (o del Padre por el Hijo) tiene firme fundamento bíblico y teológico.

La fe de la Iglesia en el Espíritu Santo se expresa también, en forma condensada, en dos antiguos himnos litúrgicos: *Veni Sancti Spiritus* y *Veni Creator Spiritus*. Ambos nos hablan de la consoladora acción del Espíritu Santo en las almas de sus fieles, y de la vida de gracia que de Él reciben, manifestada en sus siete dones.

El Espíritu Santo es el santificador de la Iglesia: "*Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu. Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna, por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo. El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos. Guía la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y misterio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo.*" (Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, n. 4).

Esta acción santificadora del Espíritu Santo se desarrolla continuamente, y no sólo sobre la Iglesia visible. La Providencia de Dios y sus designios de salvación se extienden a todos los hombres de todas las épocas. El Espíritu de Dios sopla donde quiere y como quiere. Los cristianos no somos sus dueños, sino sus instrumentos; no podemos manipularlo. Debemos dejarnos transformar por Él. El hecho de que la acción salvífica del Espíritu

Santo sea universal no disminuye en modo alguno la obligación de los cristianos de dar testimonio de Cristo ante los hombres. La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza; su misión se origina en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre (cf. Concilio Vaticano II, decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, nn. 2-5).

La acción incesante del Espíritu Santo en la historia de los hombres tiene un momento privilegiado en la inspiración de los libros de la Biblia, que la Iglesia considera Palabra de Dios: "*La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia. En la composición de los Libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería. Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra.*" (Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación, n. 11).

En el Antiguo Testamento el Espíritu de Dios actúa, pero no es percibido aún por Israel como una persona, sino como una fuerza divina o un atributo personificado de Dios. El Espíritu de Dios actúa:

- Sobre la persona del Mesías (cf. Isaías 42,1; 61,1).
- Dentro del pueblo de Dios (cf. Isaías 4,4; 32,15; 44,3; Joel 3).
- En la raíz de toda vocación profética (cf. Ezequiel 2,2; 3,24; 11,5; Zacarías 7,12; Miqueas 3,8).

En Salmos 139,7, el orante percibe que el Espíritu de Dios le rodea y hace presente la cercanía de Dios.

El Nuevo Testamento revela finalmente a Dios como Trinidad, comunión de amor perfecto e inagotable entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nos presenta a Jesús como el Hijo de Dios hecho hombre, al Padre como el Padre de Jesús y al Espíritu Santo como el Espíritu de Jesús.

En el discurso de despedida del Evangelio según San Juan, Jesús hace cinco promesas relativas al Espíritu Santo:

- Juan 14,15-17: el Espíritu Santo es otro abogado defensor (Jesús es el primero); es un Espíritu de verdad que el Padre dará a los Apóstoles, y que morará dentro de ellos.
- Juan 14,26: el Espíritu Santo, que el Padre enviará en nombre de Jesús, enseñará todo a los Apóstoles y les recordará las enseñanzas de Jesús. Es un Maestro interior, que recuerda y enseña.

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

- Juan 15,26: el Espíritu Santo, que procede del Padre como Jesús (cf. Juan 8,42; 16,27; 16,30; 17,8), será enviado por Jesús y dará testimonio de Él.
- Juan 16,7-11: el Espíritu Santo que Jesús enviará, convencerá al mundo del pecado que ha cometido crucificando a Jesús, de la inocencia del Hijo de Dios a quien dio muerte y de la sentencia que reduce a la impotencia el poder del demonio.
- Juan 16,12-15: el Espíritu Santo guiará a la Iglesia hacia la verdad plena. No hablará por Sí solo, sino que anunciará lo que habrá recibido de Cristo, glorificándolo. Todo lo que tiene el Padre es también del Hijo.
En Hechos 16,6-10 vemos cómo el Espíritu Santo guía a los discípulos de Cristo en su misión. El Evangelio llega a Europa a través de San Pablo por una intervención del Espíritu Santo.

Conclusión

La Tradición viva de la Iglesia transmite de generación en generación la revelación de Dios en Cristo para la salvación de los hombres. La Palabra de Dios, escrita en la Biblia, es luz para nuestro camino y debe ser leída dentro de esa Tradición y bajo la guía del Magisterio de la Iglesia.

El fiel cristiano experimenta la alegría y la paz de formar parte de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, y de escuchar la palabra de Dios en la Biblia, comprenderla y ponerla en práctica cada día. De este modo se mantiene dentro de la corriente de vida eterna que brota del costado de Cristo crucificado y resucitado y fluye a través de la historia impulsando la barca conducida por Pedro.

28. EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

“¿Qué es el hombre? (...) El hombre es un animal, primeramente; y, en segundo lugar, el hombre es un animal raro, de especie única. (...) El hombre es, en efecto, un animal mal dotado. (...) Hace tiempo debería haberse extinguido, como otras especies animales mal dotadas. Y, sin embargo, no ha sucedido así. El hombre es dueño de la naturaleza. (...) ¿Cómo es posible esto? Todos conocemos la respuesta: por la razón. El hombre, con toda su debilidad, posee un arma terrible: la inteligencia. (...) El hombre no sólo parece tener más inteligencia que los otros animales, sino también otra especie de inteligencia (...) Así se ve por el hecho de que el hombre, y sólo él, ostenta una serie de cualidades completamente particulares. Las más notables son las cinco siguientes: la técnica, la tradición, el progreso, la capacidad de pensar de modo totalmente distinto que los otros animales y, finalmente, la reflexión. (...)”

La técnica consiste esencialmente en que el hombre se sirve de ciertos instrumentos producidos por él mismo. (...) La producción, con miras a un fin, de instrumentos complicados con largo y paciente trabajo es típicamente humana. (...)

La técnica misma no habría podido desenvolverse si el hombre no fuera, a la par, un animal social (...) en un sentido absolutamente especial de la palabra. (...) Forma, en efecto, la sociedad por la tradición. Ésta no le es ingénita, ni tiene nada que ver con sus instintos: la aprende. Y el hombre puede aprender la tradición porque posee (...) un lenguaje muy complicado. (...)

Gracias a la tradición, el hombre es progresivo. Aprende más y más. Y aprende no sólo un individuo (...) sino la sociedad, la humanidad. El hombre es inventivo. (...) Entre nosotros una generación sabe o, por lo menos, puede saber más que la precedente. Y a menudo se producen grandes innovaciones dentro de una sola generación. (...)

Todo esto (...) depende de una cuarta cualidad, a saber, la peculiar capacidad que posee el hombre de pensar de distinta manera que el resto de los animales. (...) Así el hombre es capaz de abstracción. (...) El hombre puede pensar universalmente. A ello debe precisamente las mayores conquistas de su técnica. Basta pensar en la matemática, principal instrumento de la ciencia. Pero la abstracción no va sólo a lo universal. Abarca también objetos ideales, como los números y los valores. De aquí depende ciertamente que el hombre parezca poseer una independencia absolutamente única de la ley de la teleología biológica que domina todo el reino animal. Sólo voy a mentar dos rasgos muy sorprendentes de esta independencia: la ciencia y la religión. (...)

Cada uno de nosotros tiene la conciencia inmediata de ser libre. (...) Con esto va unida otra cosa. El hombre es —acaso sobre todo— capaz de reflexión. (...) Puede pensar en sí mismo, se preocupa de sí mismo, se pregunta por el sentido de su propia vida. También parece ser el único animal que tiene clara conciencia de que ha de morir.

*Si se atienden todas estas particularidades del hombre, no puede sorprendernos que Platón (...) llegara a la conclusión de que el hombre es algo distinto de toda la naturaleza. Lo que lo hace hombre —(...) el espíritu— está ciertamente en el mundo, pero no pertenece al mundo. El hombre descuella por encima de toda la naturaleza.” (J. M. Bochenski, *Introducción al pensamiento filosófico*, Editorial Herder, Barcelona,*

1986, pp. 76-81).

Hoy está en boga una forma de pensar que desconoce la excelsa dignidad del ser humano, igualándolo más o menos con el resto de los animales. La filosofía cristiana nos enseña que el ser humano ocupa un lugar central en el cosmos y que existe una diferencia esencial entre el hombre y los demás animales. La Divina Revelación lo confirma.

Antes de crear a Adán y Eva, dijo Dios: *“Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra.”* (Génesis 1,26).

Jesús enseña a sus discípulos que el ser humano es superior a los animales: *“¿Cuánto más valéis vosotros que las aves!”* (Lucas 12,24).

Y el mismo Jesús, para salvar a un hombre endemoniado, no tiene ningún escrúpulo en sacrificar toda una piara de cerdos (cf. Mateo 8,28-34).

29. EL HOMBRE ES UN SER RELIGIOSO

Hace años, uno de mis interlocutores en un foro de religión en *Internet* me escribió diciendo que la religión se ha vuelto un comercio y preguntándome qué motivos hay para tener una religión y si es necesario tener una religión cuando uno lleva una "vida sana".

La primera afirmación de aquella persona era muy injusta. Es cierto que existen "patologías de la religión": superstición, magia, esoterismo, sectas con fines comerciales, etc. Pero existe también –y es algo muy frecuente– la religiosidad auténtica.

Mi interlocutor planteaba la cuestión de la religión desde un punto de vista utilitario: si la finalidad de la vida es "llevar una vida sana" y si esa finalidad se puede alcanzar sin necesidad de abrazar una religión, entonces ¿para qué molestarse en tener una?

Para plantear correctamente la cuestión, se debería responder las siguientes dos preguntas:

- ¿Cuál es el sentido último de la existencia humana?
- ¿Qué relación tiene la religión con el sentido último de la existencia humana?

En cuanto a la primera cuestión, la fe cristiana nos responde que el hombre ha sido creado por Dios para que viva en comunión con Él, participando de su vida divina. Si ése es el fin último del hombre, entonces una "vida sana" (o, mejor dicho, una "vida santa") será aquella que nos conduzca a la comunión con Dios y una "vida enferma" será aquella que nos aleje de esa comunión, llevando al hombre a su frustración radical, la muerte espiritual. El Nuevo Testamento nos enseña que Dios es Amor y que el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. Por tanto una vida santa, moralmente recta, será una vida regida por el amor verdadero a Dios y a los hombres.

Hemos adelantado ya mucho de la respuesta a la segunda cuestión. Si el sentido último de nuestra existencia está en Dios y la "religión" es la relación personal adecuada con Dios, entonces es evidente que somos seres esencialmente religiosos y que la religión es la dimensión trascendente de la persona humana. Según la fe cristiana, la relación religiosa del hombre con Dios está basada en un don gratuito de Dios, don que, acogido libremente por el hombre, engendra una vida de fe, esperanza y amor. Dios nos amó primero, hasta el extremo de entregarse completamente por amor a los hombres en la Encarnación y la Pascua. El amor de Dios, recibido con fe, engendra una alianza de amor entre Dios y los hombres, sellada por la muerte y resurrección de Cristo. Para el hombre, vivir conforme a esa Alianza, unido a Dios en Cristo, es el Camino para su plena realización.

En definitiva, el motivo más sólido para tener una religión es que hay

una religión verdadera, que responde verdaderamente a las aspiraciones más profundas del hombre. Si de verdad hay un Dios que nos ha creado y que nos ama como a hijos, entonces no es de extrañar que el alma del hombre que conoce a Dios sea movida por un fuerte impulso de gratitud, alabanza y adoración hacia ese Dios, que es nuestro Padre.

30. JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS

Realmente la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria. Jesús de Nazaret es una figura histórica muy bien conocida, que vivió en una época y en una región bien determinadas. Todo el Nuevo Testamento y toda la literatura cristiana antigua nos da un testimonio de fe acerca de Él, pero esos testimonios tienen también un fuerte valor histórico. Además bastantes autores paganos y judíos antiguos confirman la verdad de la existencia histórica de Jesús y de algunos de los datos básicos que los Evangelios nos proporcionan sobre su vida y su muerte.

Según la confesión de fe del Apóstol San Pedro, sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. Él es el Hijo unigénito de Dios, el Hijo amado por el Padre, el que nos transmite la palabra de salvación pronunciada por el Padre desde toda la eternidad. Él es nuestro único Maestro, el dispensador de la Sabiduría de Dios. Escuchémoslo y sigámoslo con confianza.

Consideremos, por ejemplo, los milagros o signos de Jesús. Debemos evitar las tentaciones del racionalismo, que rechaza los milagros, y del modernismo, que tiende a reducirlos a simples prodigios. Dios, Creador y Señor del universo, puede intervenir libremente en el mundo, superando las potencialidades de la naturaleza. Los criterios de autenticidad histórica, aplicados a los relatos de milagros de Jesús, permiten concluir que esos relatos tienen valor histórico. Estos milagros realmente acontecidos dan un aval divino a la pretensión de Jesús de ser el Hijo de Dios. Acreditan que Él es verdaderamente el enviado por el Padre para la salvación del mundo. Mediante sus milagros, narrados en los Evangelios, hoy Jesucristo nos llama a la fe en Él y a la conversión, condiciones indispensables para acceder al Reino de Dios.

Estimado lector: en nuestro ambiente cultural, tan contaminado de relativismo, se hace a veces difícil percibir el esplendor de la verdad de la religión cristiana, de su doctrina de la fe y de su doctrina moral. Te exhorto por lo tanto a nadar contra la corriente. No caigas en la tentación de negar la existencia de la verdad en general y de la verdad religiosa en particular. Resiste la persistente y falsa insinuación de que en el fondo todas las religiones son iguales y no hay ninguna más verdadera o mejor que otra. Escucha la voz de Jesucristo, el único Redentor del hombre, el único Salvador del mundo. Su voz es la voz del Hijo unigénito de Dios, del Hijo amado del Padre. Contempla Su rostro adorable y ve en él la imagen visible de Dios invisible. Mira sus llagas y recuerda que Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el que en la cruz murió para salvarte.

Que Dios Padre nos conceda conocer cada vez más a Jesús de Nazaret, el Redentor del hombre, la Palabra de Dios hecha carne para dar la vida eterna al mundo, y tener fe en Él; y, en virtud de esa fe, rezar con el salmista: *“Tu palabra, Señor, es la verdad y la luz de mis ojos”*.

31. EL PLURALISMO Y LA VERDAD

El mundo actual es indudablemente pluralista. Comparando las distintas sociedades que lo integran y las distintas personas que integran cada sociedad, se constata que hay una gran pluralidad de culturas, lenguajes, tradiciones, mentalidades, costumbres, ideas y opiniones. Este pluralismo moderno, que en principio puede tomarse como un signo de libertad, es sin embargo vivido con frecuencia cada vez mayor con una actitud relativista. Para muchísimas personas, la verdad y el error, el bien y el mal, se han convertido en conceptos totalmente relativos. El propio pluralismo se considera como una prueba de la inexistencia de la verdad y el bien objetivos. En su forma radical, el relativismo es absurdo, pues afirma como verdad absoluta que no existen verdades absolutas. Así impide la verdadera comunicación interpersonal, el verdadero diálogo. Unido al individualismo, el relativismo tiene las siguientes consecuencias negativas: por una parte, cada uno tiene "su verdad". Se da igual valor a todas las opiniones y puntos de vista. Por otra parte, cada uno busca la felicidad a su manera. Todas las formas de buscarla se consideran igualmente válidas.

En el ámbito religioso, el relativismo da lugar al indiferentismo. Se niega la existencia de una única religión verdadera. Muchos (incluso cristianos) reducen la religión a una exploración de lo divino por parte del hombre. Todas las religiones son consideradas como esfuerzos igualmente válidos del hombre para conocer a Dios. El cristianismo es visto sólo como una parte de esa continua exploración que abarca todas las religiones.

El relativismo es una de las causas principales de la gran crisis religiosa y moral que están sufriendo las naciones de Occidente, la cual se manifiesta por ejemplo en el descenso del porcentaje de niños bautizados y de los practicantes asiduos en las principales Iglesias cristianas.

La filosofía escéptica se manifestó por primera vez en la antigua Grecia. Uno de los sofistas resumió la doctrina escéptica en los siguientes tres principios: la verdad no existe; pero si existe, no puede ser conocida; y, si puede ser conocida, no puede ser comunicada a otros. El relativismo, versión moderna del antiguo escepticismo, está en total contradicción con la fe cristiana.

El cristianismo no es un producto de la inquietud religiosa del hombre. En Jesucristo, Dios mismo viene al encuentro del hombre, le revela su Misterio y le comunica su Vida. Jesús es la "*luz verdadera que ilumina a todo hombre*" (Juan 1,9). Él nos ha revelado la verdad sobre el bien del hombre y se ha presentado a Sí mismo diciendo: "*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*" (Juan 14,6).

El bien de la persona consiste en estar en la Verdad y en realizar la Verdad; es reconocer a Dios como único Señor y obedecerlo, cumpliendo los mandamientos del amor a Dios y del amor al prójimo. No hay oposición

entre la conciencia y la verdad, ni entre la libertad y la ley moral. Las normas morales, universales e inmutables, están al servicio de la persona y de la sociedad.

El Nuevo Testamento une salvación y verdad, cuyo conocimiento libera y, por consiguiente, salva. Como nos dice San Pablo: "*Dios, nuestro Salvador,...* quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos" (1 Timoteo 2,3-6).

La verdad cristiana, antes que una doctrina, es un acontecimiento de salvación: el encuentro con Cristo. El problema del hombre se esclarece a la luz de la experiencia del encuentro con Cristo, que todo lo renueva. El cristiano es el hombre que ha tenido esa experiencia y ha recibido el don del Espíritu, que lo impulsa a seguir a Cristo y a dar testimonio de Él ante el mundo.

La experiencia de Cristo no es sólo personal, sino también eclesial. El depósito de la fe revelada por Cristo es custodiado por la Iglesia católica y apostólica. El Papa y los Obispos en comunión con él enseñan la verdad revelada con la autoridad de Cristo y la asistencia del Espíritu Santo. Al pronunciarse de manera clara sobre las principales cuestiones doctrinales y morales, la Iglesia brinda al mundo un servicio que éste necesita con urgencia: el servicio de la verdad.

32. UNIDAD, LIBERTAD Y CARIDAD

En este Capítulo meditaré sobre la relación que existe entre la unidad y la pluralidad en la Iglesia. En toda comunidad existe una tensión entre la unidad y la pluralidad. Esta tensión se ha manifestado de muchas formas a lo largo de la historia de la Iglesia. La siguiente frase, erróneamente atribuida a San Agustín, expresa de manera sintética y genial los principios aptos para resolver el problema de la unidad y la pluralidad en las comunidades cristianas: "*Unidad en lo necesario, libertad en lo opinable, caridad en todo*".

Unidad en lo necesario

Si falta la unidad en lo necesario, se rompe la comunión eclesial. Es el caso, por ejemplo, de los cismas y herejías que han dañado el cuerpo de la Iglesia. Pero, ¿qué es "lo necesario", aquello en lo que todos los cristianos debemos coincidir para permanecer en la unidad de la Iglesia? Ésta es la respuesta de San Pablo: "*Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos.*" (Efesios 4,4-6).

Destaco aquí la importancia de la unidad en "*una sola fe*". Últimamente se ha difundido una especie de catolicismo "a la carta": del menú de los dogmas y las doctrinas cristianas cada uno elige lo que le gusta y descarta lo restante. Incluso llega a ocurrir a veces que los sacerdotes y catequistas no enseñan la doctrina de la Iglesia, sino sus propias opiniones, erróneas o cuestionables.

En 1992 el Papa aprobó y ordenó la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, al cual presentó "*como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe*" (Constitución apostólica *Fidei depositum*, n. 4). Sin duda dicho Catecismo nos es muy útil para conservar el depósito de la fe que el Señor confió a su Iglesia. Todos los católicos deberíamos leerlo, estudiarlo y usarlo.

Libertad en lo opinable

La unidad no es uniformidad. Una vez asegurada la unidad en lo esencial, la libertad de los hijos de Dios se despliega abarcando el ancho campo de lo cambiante y contingente. Uno puede perfectamente ser cristiano y dedicarse a la teología, al cuidado de los enfermos, a la contemplación o a la ingeniería; se puede ser un buen cristiano en el matrimonio o en el celibato; militando en uno u otro partido político (mientras su programa sea sustancialmente compatible con el cristianismo); formando parte de una "comunidad eclesial de base" o siendo un simple "fiel de Misa"; celebrando la Divina Liturgia en el rito latino o en el rito bizantino; estando integrado a una parroquia o a un movimiento; etc.

Comprendemos mejor lo que significa la libertad cristiana contemplando el numeroso conjunto de los santos y santas canonizados por la Iglesia.

Animados por un mismo Espíritu, Benito de Nursia, Bernardo de Claraval, Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, etc. llevaron vidas exteriormente muy diferentes. No sólo inculturaron el Evangelio, expresándolo con un lenguaje apropiado para su época, pueblo y situación, sino que también dieron una respuesta personal al llamado de Dios. Hay tantas formas de seguir a Jesucristo como fieles cristianos.

Caridad en todo

"*Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.*" (1 Juan 4,8). Nos lo ha recordado el Papa Benedicto XVI en su hermosa encíclica *Deus caritas est*: Dios es amor. Tanto en lo necesario y sustancial, como en lo contingente y accidental, debe prevalecer siempre la caridad, el amor cristiano. La caridad, según nos enseña San Pablo, es la mayor de las virtudes cristianas, la única que no pasará jamás.

Permanecer unidos en el amor del Padre es la forma más eficaz de realizar y testimoniar la unidad cristiana. Cuando ven a los cristianos tratarse como hermanos, los no cristianos se preguntan por la raíz de ese amor. Ésa fue una de las causas principales de la eficacia misionera de las primeras generaciones cristianas. Unidos en la fe y el amor, también los cristianos contemporáneos debemos responder con libre y creativa generosidad a la vocación universal a la santidad.

33. PROPONER LA FE

En este Capítulo presentaré una breve reflexión acerca de la transmisión de la fe. La fe no debe ser presupuesta, ni impuesta, sino propuesta.

La fe no debe ser presupuesta

En la actual situación del mundo occidental, que se ha alejado de sus raíces cristianas, es menos acertado que nunca presuponer que todas las personas que se acercan a la Iglesia –por ejemplo para pedir los sacramentos– gozan de una fe madura y firme. Se ha vuelto evidente la necesidad de llevar a cabo una evangelización nueva: nueva en sus métodos y en su expresión; y sobre todo nueva en su ardor.

Muchas familias compuestas por bautizados no cumplen su misión de transmitir la fe de generación en generación. La Iglesia, tomando en cuenta esa realidad, mientras trata de transformar las familias en verdaderas iglesias domésticas, debe suplir la falta de una verdadera educación cristiana en tantas familias por medio de un redoblado esfuerzo de evangelización y catequesis en las parroquias, los colegios, los movimientos y todas las comunidades cristianas. La catequesis familiar, en la cual las familias son a la vez objeto y sujeto de evangelización, parece un instrumento muy adecuado en la situación presente.

La fe no debe ser impuesta

Los hombres están obligados a buscar la verdad y a adherirse a ella tan pronto como la conocen, pero la verdad obliga sólo en conciencia y se impone en virtud de su fuerza intrínseca. La Divina Revelación da a conocer la dignidad de la persona humana y muestra el respeto de Dios por la libertad humana. Dios llama a los hombres a conocerlo, amarlo y vivir en comunión con Él. Ese llamado requiere una respuesta libre.

En el pasado los cristianos sucumbieron a veces a la tentación de querer imponer la fe por la fuerza. Sin llegar a ese extremo, a menudo se era cristiano por mera tradición o costumbre, debido a la presión ejercida por la sociedad cristiana. Hoy se busca más intensamente que antes que cada cristiano asuma su fe como un compromiso personal con Cristo.

La fe debe ser propuesta

No hemos recibido el precioso don de la fe para guardarlo en forma avara, sino para compartirlo con nuestros hermanos. En una Iglesia que es por naturaleza misionera, cada cristiano debe ser un testigo creíble de Cristo resucitado. Desde el último Concilio Ecuménico se han renovado los esfuerzos para incrementar la participación de los fieles laicos en la vida y en la misión de la Iglesia. Pero aún queda mucho camino por recorrer antes de que cada cristiano asuma el rol que le corresponde en la Iglesia y en el

mundo.

La fe no puede transmitirse mediante meros razonamientos ni tampoco mediante meras obras, sin un anuncio explícito de la Buena Noticia cristiana. Sólo puede transmitirse "por contagio", mediante el encuentro con personas que viven una relación de confianza y de amor con Cristo vivo. Que Él nos conceda ser buenos "pescadores de hombres" para su Reino; y que fortalezca nuestra fe, al tiempo que nos impulsa a proponerla a los demás con alegría.

34. LA HIPÓTESIS DEL LIMBO ES ABANDONADA

Consideremos ahora el limbo, un tema semi-olvidado que necesita una puntualización.

En la escuela me enseñaron que los niños sin uso de razón que morían sin recibir el bautismo iban al limbo, un lugar en el que, sin sufrir tormentos, estarían eternamente privados de la visión de Dios. Si bien no se insistía demasiado en este aspecto de la doctrina, se lo presentaba como una verdad incuestionable. Sin embargo, si uno reflexionaba sobre ella, la doctrina sobre el limbo podía suscitar serias dificultades.

Dado que la esencia del infierno consiste en la separación eterna de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1035) y puesto que el limbo implica esa separación, en realidad el limbo sería parte del infierno.

Es cierto que el Magisterio de la Iglesia ha definido que quien muere con sólo el pecado original no puede alcanzar la salvación (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 403). No obstante, en el orden salvífico concreto establecido por Dios, ¿se da realmente esta posibilidad? La Iglesia católica ha enseñado siempre que fuera de ella no hay salvación y que para entrar en ella es necesario recibir el bautismo; pero tradicionalmente la teología católica ha reconocido que, además del bautismo sacramental, existen otras formas de bautismo (bautismo de sangre y bautismo de deseo) que también producen la incorporación a la Iglesia. Las personas no cristianas de buena voluntad pueden alcanzar la salvación por medio de una fe implícita, que implica un voto bautismal implícito (una forma del bautismo de deseo). Por eso, sin desmerecer la importancia fundamental del sacramento del bautismo, cabe preguntarse también acerca de la posibilidad de salvación de los niños sin uso de razón que mueren sin haber recibido dicho sacramento.

El pecado original es propio de cada uno, pero no es una falta personal (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 405). Considerando la infinita justicia y la voluntad salvífica universal de Dios, no es fácil comprender por qué no habrían de tener ninguna posibilidad de salvarse los niños muertos sin ningún pecado personal mortal (e incluso sin ningún pecado personal venial).

Después de mi infancia, prácticamente no volví a oír hablar del limbo por muchos años, excepto al leer *La Divina Comedia*. Es interesante observar que Dante Alighieri comprendió bien la relación entre limbo e infierno, dado que ubicó al limbo como primer círculo del infierno.

¿Qué dice hoy la Iglesia acerca del limbo? Intentaré mostrar que en este punto ha habido un importante desarrollo doctrinal.

Es un hecho muy significativo que el *Catecismo de la Iglesia Católica*, un compendio muy completo y extenso de la doctrina católica, aun cuando reafirma la doctrina católica tradicional acerca del Infierno, el Purgatorio y el Cielo, no diga ni una sola palabra sobre el limbo. En cambio, el

Catecismo afirma lo siguiente: "En cuanto a los niños muertos sin bautismo, la Iglesia sólo puede confiarlos a la misericordia divina, como hace en el rito de las exequias por ellos. En efecto, la gran misericordia de Dios, que quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tm 2,4) y la ternura de Jesús con los niños, que le hizo decir: "Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis" (Mc 10,14), nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para los niños que mueren sin bautismo. Por esto es más apremiante aún la llamada de la Iglesia a no impedir que los niños pequeños vengan a Cristo por el don del santo bautismo" (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1261). "En cuanto a los niños muertos sin bautismo, la Liturgia de la Iglesia nos invita a tener confianza en la misericordia divina y a orar por su salvación" (Ídem, n. 1283).

¿Qué implica esta enseñanza del Catecismo en relación con la doctrina tradicional acerca del limbo? Para resolver esta cuestión, me parece adecuado recordar una declaración muy esclarecedora del Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, quien fue también el principal responsable de la redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Pues bien, en 1984, durante una entrevista con el periodista Vittorio Messori, el Cardenal Ratzinger (actual Papa Benedicto XVI) dijo lo siguiente: "El limbo nunca fue una verdad de fe definida. Personalmente, hablando más que nunca como teólogo, y no como Prefecto de la Congregación, yo abandonaré esta que siempre fue apenas una hipótesis teológica. Se trata de una tesis secundaria, al servicio de una verdad que es absolutamente primaria para la fe: la importancia del bautismo. Para decirlo con las palabras mismas de Jesús a Nicodemo: "En verdad, en verdad te digo, si alguien no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3,5). Abandónese, pues, el concepto de "limbo", si fuera necesario (además, los propios teólogos que lo defendían afirmaban, al mismo tiempo, que los padres podrían evitarlo para el hijo por el deseo del bautismo de él y por la oración); mas no se abandone la preocupación que lo sustentaba. El bautismo jamás fue y no será jamás algo accesorio para la fe". (J. Ratzinger - V. Messori, *A fe em crise? O Cardeal Ratzinger se interroga*, Editora Pedagógica Universitaria Ltda., Sao Paulo, 1985; p. 113; la traducción del portugués es mía).

¿Ha cambiado entonces la fe de la Iglesia? El limbo nunca fue un dogma, sino una mera hipótesis teológica; por eso la Iglesia puede ahora dejarlo de lado, como lo está haciendo. La existencia del limbo, que una vez formó parte de la doctrina común de la Iglesia, sin ser parte del dogma, es aún hoy una doctrina lícita, pero que cada vez tiene menos defensores. Ya no es parte de la doctrina común (cf. Comisión Teológica Internacional, *La esperanza de salvación para los niños que mueren sin bautismo*, 19 de abril de 2007). La doctrina de la fe siempre se desarrolla a lo largo de la historia. Sin apartarse nunca del depósito de la fe recibido de Cristo, la Iglesia, con el auxilio del Espíritu Santo, va profundizando su comprensión de la Palabra revelada por Dios y explicitando aspectos nuevos que ella contiene implícitamente. Así el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad completa.

35. LA REENCARNACIÓN DE LAS ALMAS

La creencia en la reencarnación, propia de religiones orientales como el hinduismo y el budismo, era casi inexistente en Occidente hasta hace algunas décadas. Sin embargo, en los últimos tiempos esa creencia ha ganado muchos adeptos. Según dos recientes estudios sociológicos sobre la religiosidad de los montevideanos, en 2001 el 24 % de los montevideanos creían en la reencarnación. Entre los católicos, en 1994 sólo el 42 % opinaba que después de la muerte se resucita o se produce un encuentro con Dios. Sin embargo creía en la reencarnación el 9 %, cifra que ascendió al 28 % en 2001.

La creencia en la reencarnación ha llegado al Occidente en el marco de la corriente religiosa llamada *New Age* o Nueva Era. Esta corriente, con base en la superstición astrológica, afirma que estamos viviendo el fin de la era de Piscis (la era cristiana) y el comienzo de la era de Acuario, una nueva era de paz y armonía. La influencia de la *New Age* llega mucho más allá de su pequeño número de seguidores estrictos. Casi todas las librerías del Uruguay dedican mucho espacio a libros de autoayuda, de ficción y otros que de algún modo se inscriben dentro de esa corriente, caracterizada entre otras cosas por su esoterismo, su aprecio por las religiones orientales y su rechazo al catolicismo. Muchos de esos libros apoyan la creencia en la reencarnación.

En este contexto, muchas personas se preguntan: ¿Qué dice la Iglesia Católica sobre la reencarnación? ¿Es compatible la fe católica con la creencia en la reencarnación? Para que nadie se confunda, presentaré sin más demora la respuesta que da a esta cuestión el Catecismo: *“La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrena”, ya no volveremos a otras vidas terrenas. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez”. No hay “reencarnación” después de la muerte.”* (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1013).

La respuesta es clara. El Catecismo descarta explícitamente la reencarnación.

A continuación expondré la forma más habitual de la doctrina de la reencarnación, siguiendo un análisis breve y certero del documento de la Comisión Teológica Internacional del año 1990 denominado *Algunas cuestiones con respecto a la Escatología*, en su Capítulo 9, titulado “El carácter único y la unicidad de la vida humana. Los problemas de la reencarnación”.

En forma sintética, se puede afirmar que los sistemas “reencarnacionistas” se apoyan sobre los siguientes cuatro puntos:

- Las existencias terrestres son numerosas. Nuestra vida actual no es nuestra primera existencia corporal ni será la última. Hemos vivido

anteriormente ya y viviremos aún en varias oportunidades en cuerpos materiales siempre nuevos.

- Existe en la naturaleza una ley que empuja hacia un continuo progreso encaminado a la perfección. Esta misma ley conduce a las almas a vidas siempre nuevas y no permite ningún retorno ni tampoco ninguna detención definitiva. Por lo mismo queda excluida la posibilidad de una condena sin fin. Después de pocos o muchos siglos todos llegarán a la perfección final de un espíritu puro. Se niega la realidad del infierno.
- Es por méritos propios que se llega a la meta final. En toda nueva existencia el alma progresa en relación con sus esfuerzos. Todo el daño cometido será reparado por expiaciones que el espíritu padecerá a lo largo de nuevas y difíciles encarnaciones. Se niega la realidad de la redención.
- En la medida en que el alma progresa hacia la perfección final, tomará en sus nuevas encarnaciones un cuerpo cada vez menos material. En ese sentido el alma tiene una tendencia hacia una independencia definitiva del cuerpo. A través de la sucesión de las reencarnaciones, el alma logrará un estado definitivo en el cual vivirá finalmente liberada por siempre jamás de su cuerpo e independiente de la materia. Se niega la realidad de la resurrección.

¿Qué es lo que lleva a tanta gente a creer en la teoría de la reencarnación? Pienso que el impulso inicial proviene de algunas intuiciones verdaderas, que luego resultan desvirtuadas por falsos razonamientos. Dicho de otro modo, la creencia en la reencarnación da respuestas equivocadas a problemas reales.

En primer lugar, los reencarnacionistas tienen razón al pensar que una sola vida terrena es insuficiente para alcanzar la plenitud a la que el ser humano está destinado. Sin embargo, la solución a este problema no está en la reencarnación, sino en la fe cristiana en el Cielo. Por la gracia de Dios, no por sus propias fuerzas, las almas de los santos llegan inmediatamente después de la muerte al Paraíso, donde son partícipes de la naturaleza divina, mientras esperan la resurrección de la carne en el último día.

En segundo lugar, los reencarnacionistas también tienen razón al pensar que una sola vida terrena es insuficiente para que el ser humano se purifique de todas sus faltas. Sin embargo, la solución a este problema está en la fe cristiana en el Purgatorio, no en la reencarnación. El Purgatorio es un misterio de amor, una antesala del Cielo, no un infierno temporal. Las almas de los justos que mueren sin haber expiado totalmente sus pecados no quedan excluidas para siempre de la gloria celestial sino que, después de haberse preparado debidamente en el Purgatorio, acceden a la visión de Dios.

Por último, los reencarnacionistas también tienen razón al pensar que una sola vida terrena es insuficiente para que el ser humano experimente la

justicia perfecta. En este mundo a menudo les va mal a los buenos y bien a los malos. Es necesario que exista algún tipo de justicia de ultratumba. Sin embargo, la solución a este problema está en la fe cristiana en la vida eterna, no en la reencarnación. Después de la muerte, Dios juzga a cada ser humano y le retribuye según sus obras.

Estimado lector: te exhorto a no buscar fuera de la gran tradición religiosa de nuestra civilización las respuestas a las inquietudes que se agitan en tu corazón. Las respuestas que, tal vez, buscas fuera de la fe cristiana, están dentro de ella. Están en la misma persona de Jesucristo.

El ser humano es un misterio, un gran enigma para sí mismo. Sólo en Jesucristo se encuentra la respuesta completa y perfecta al misterio del hombre, la respuesta a la pregunta que el mismo hombre es. En Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, único Salvador del mundo, Dios nos revela la verdad acerca de Sí mismo y la verdad acerca del hombre y su sublime destino. Jesús es el Hijo muy amado del Padre. Escuchémoslo. Sólo Él tiene palabras de vida eterna.

Si crees en Jesucristo, recuerda que es tu deber dar testimonio de Él con tus palabras y tus obras. Cuando ves que a tu alrededor crecen el error y la superstición, no te quedes callado. Como bautizado estás llamado a participar de la función profética de Cristo. Tienes el deber de mejorar tu formación cristiana en la medida de lo posible y de anunciar la verdad del Evangelio. Según las mismas palabras de Jesús, eres sal de la tierra y luz del mundo. No dejes de dar testimonio de tu fe cuando surja la oportunidad.

36. LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

En este Capítulo consideraré una objeción que los cristianos no católicos hacen a la doctrina católica sobre la indisolubilidad del matrimonio. Nuestros hermanos separados apelan a dos conocidos versículos del Evangelio de Mateo (5,32 y 19,9), iguales entre sí, en los cuales a primera vista Jesús parece establecer una excepción a la regla de la indisolubilidad. Para situarnos mejor, leamos el pasaje completo que contiene el segundo de estos versículos (Mateo 19,1-9): *“Y sucedió que, cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea y fue a la región de Judea, al otro lado del Jordán. Lo siguió mucha gente, y los curó allí. Y se le acercaron unos fariseos que, para ponerlo a prueba, le dijeron: «¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?» El respondió: «¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre.» Dícenle: «Pues ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?» Dícele: «Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —no por fornicación— y se case con otra, comete adulterio.»”*

Lo primero que conviene notar es la forma absoluta en que Jesús, en este mismo texto, afirma la indisolubilidad del matrimonio: *“Lo que Dios unió no lo separe el hombre... Moisés (...) os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así”*.

Releamos ahora el versículo en cuestión: *“Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —no por fornicación— y se case con otra, comete adulterio”*. Es muy importante notar que este texto de Mateo tiene los siguientes tres paralelos en otros libros del Nuevo Testamento:

- Marcos 10,11-12: *“Él les dijo: «Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra aquélla; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.»”*
- Lucas 16,18: *“Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una repudiada por su marido, comete adulterio.”*
- 1 Corintios 7,10-11: *“En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido, mas en el caso de separarse, que no vuelva a casarse, o que se reconcilie con su marido, y que el marido no despida a su mujer.”*

Dado el carácter absoluto que todos estos textos asignan a la indisolubilidad del matrimonio, es totalmente inverosímil que en ellos se haya suprimido una cláusula restrictiva de Jesús. Por el contrario, es muy probable que en el Evangelio de Mateo, destinado a comunidades judeocristianas, se haya añadido una precisión para responder a un problema discutido entre los rabinos: la cuestión sobre los motivos que

legitiman el divorcio. Se podría pensar quizás que se trata entonces de una decisión eclesiástica de alcance local y temporal, similar al decreto del Concilio de Jerusalén, que manda (por ejemplo) abstenerse de comer animales estrangulados (véase Hechos 15,23-29).

Pero conviene profundizar más la investigación, para comprender bien el alcance del agregado de Mateo. En el texto original griego se utilizan dos palabras diferentes (*porneia* y *moijeia*) para referirse a lo que en español traducimos como “fornicación” y “adulterio” respectivamente: “*Abora bien, os digo que quien repudie a su mujer—no por porneia— y se case con otra, comete moijeia*”.

Es un gran error suponer que ambos términos griegos son sinónimos y traducir ambos como “adulterio”. El error de traducción conduce a un error de interpretación: la expresión “no por porneia” se interpreta falsamente como una excepción a la regla de la indisolubilidad matrimonial. Las Iglesias ortodoxas y protestantes quieren ver en esta expresión la fornicación en el matrimonio, es decir, el adulterio, y encuentran aquí la dispensa para divorciarse en tal caso. Pero en este sentido se habría esperado el uso del término *moijeia*.

La Biblia de Jerusalén, en su comentario al texto en cuestión, explica que la palabra griega *porneia*, emparentada con la palabra castellana “porno”, es la traducción de la palabra hebrea *zenút* (es decir, “prostitución”), un término técnico de los escritos rabínicos, referido a las uniones conyugales incestuosas por un grado de parentesco prohibido por la Ley. Uniones de éstas, contraídas legalmente entre paganos o toleradas por los mismos judíos entre los prosélitos, debieron causar dificultades en medios judeocristianos como el de Mateo, cuando estas personas se convertían. De ahí la consigna de disolver semejantes uniones irregulares, que en definitiva no eran sino matrimonios nulos. Por consiguiente, según las palabras de Jesús, todo matrimonio es indisoluble, salvo el matrimonio impuro, que es un matrimonio nulo (o sea, nunca fue un verdadero matrimonio).

La Iglesia Católica reconoce que el matrimonio no es un contrato cualquiera, sino una realidad sagrada; más aún, uno de los siete sacramentos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo. El hecho de que la única Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia Católica se manifiesta, entre otras muchas cosas, en que la Católica es la única Iglesia que toma radicalmente en serio la enseñanza de Jesucristo sobre el carácter indisoluble del matrimonio. El matrimonio es la base de la familia y la familia es la base de la sociedad. Por eso el divorcio, que destruye el matrimonio, va minando poco a poco las bases mismas de la sociedad. Al luchar contra el divorcio, la Iglesia lucha también contra la degradación social.

La declaración de nulidad no es una especie de “divorcio católico”. Ninguna autoridad eclesiástica puede anular un matrimonio cristiano válido y consumado. La Iglesia, después de un proceso judicial, sólo puede declarar nulo a un supuesto matrimonio que, pese a las apariencias, nunca

PROCLAMAD LA BUENA NOTICIA

fue verdadero matrimonio, porque faltó en él alguna propiedad esencial del matrimonio. Por ejemplo, si alguien se casa, no buscando unirse con su cónyuge para toda la vida, sino pensando hacer una prueba y divorciarse si el asunto “no funciona”, su matrimonio es nulo según la doctrina católica, porque no hay un verdadero consentimiento matrimonial de su parte.

El Señor conceda a todos plena conciencia de la altísima dignidad de la vocación matrimonial y, a los casados, el vivir el matrimonio como un camino de santidad recorrido de a dos.

37. LAS COSAS PEQUEÑAS

"El que es fiel en lo poco, lo es también en lo mucho; y el que es infiel en lo poco, también lo es en lo mucho" (Lucas 16,10).

Pocas veces en la vida se nos presenta la oportunidad de realizar actos extraordinarios de heroísmo; pero todos los días podemos probar nuestra fidelidad al Evangelio en las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

La ley de Cristo es una ley de amor. Y el amor cristiano es un amor práctico. No se trata meramente de un amor idealista por la humanidad, sino de un servicio abnegado por los seres humanos concretos. La ley cristiana del amor tiene consecuencias muy precisas: *"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos"* (Juan 14,15). Si en verdad queremos ser fieles cristianos, debemos procurar poner en práctica todos los mandamientos del Señor, aun los más pequeños. Deberíamos, por ejemplo:

- Rechazar toda forma de superstición.
- Devolver lo que nos han prestado o lo que nos han dado por error.
- Pagar todos los impuestos y los aportes a la seguridad social que nos correspondan.
- No copiar en las pruebas o exámenes.
- Cumplir el horario de trabajo.
- Ser puntuales y perseverantes.
- Rechazar los espectáculos de contenido inmoral.
- Respetar a los otros en nuestros pensamientos, palabras y obras.
- No criticar a los demás sin necesidad.
- Ser amables con todos, comenzando por casa.

La práctica de las virtudes "menores" por amor a Dios y al prójimo fortalecerá en nosotros los criterios y las actitudes auténticamente cristianos. Por la gracia de Dios, esa práctica nos ayudará a hacer crecer nuestros "talentos" y a progresar en el seguimiento de Cristo. Ojalá que un día podamos escuchar a Nuestro Señor diciéndonos estas palabras: *"¡Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor."* (Mateo 25,21).

38. LA NUEVA EVANGELIZACIÓN REQUIERE EL NUEVO ARDOR DE LOS CATÓLICOS

En este Capítulo citaré dos pasajes de un libro de Scott Hahn, pastor y teólogo presbiteriano de los Estados Unidos convertido al catolicismo. Estos pasajes describen de un modo impactante la situación de debilitamiento del impulso misionero en buena parte de la Iglesia Católica en el período post-conciliar.

El primer pasaje se refiere a la época en que Scott Hahn era un joven protestante fervorosamente anticatólico: *“Me dedicaba con especial entusiasmo a los católicos, por compasión hacia sus errores y supersticiones. Cuando dirigía estudios sobre la Biblia para alumnos de Secundaria, preparaba estratégicamente mi charla para llegar a los chicos católicos, que me parecían tan perdidos y confusos. Lo que más me alarmaba era su ignorancia, no sólo de la Biblia, sino de las enseñanzas de su propia Iglesia. Me daba la impresión de que los estaban tratando como conejillos de indias en sus propios programas de catequesis. Por tanto, hacerles ver los errores de su Iglesia resultaba tan fácil como acertar a patitos de plástico metidos en un barril.”* (Scott y Kimberly Hahn, *Roma, dulce hogar. Nuestro camino al catolicismo*, Ediciones Rialp, Madrid 2001, p. 30).

El segundo pasaje narra dos hechos ocurridos en una época en que las creencias protestantes de Scott Hahn habían sufrido grandes conmociones y él se sentía atraído por la verdad cristiana que comenzaba a percibir en el catolicismo: *“Fue duro, porque ella [su esposa, Kimberly] no quería saber nada de la Iglesia católica, y resultó más duro aún porque varios sacerdotes a los que visité tampoco querían hablar sobre su Iglesia. Cada dos por tres yo me escapaba en busca de un sacerdote que pudiera contestar a algunas de las dudas que aún me quedaban; pero uno tras otro me desilusionaban. A uno de ellos le pregunté:*

—Padre Jim, ¿qué debo hacer, convertirme al catolicismo?

—Antes que nada —me dijo—, no me llame “padre”, por favor. En segundo lugar, creo que en realidad usted no necesita convertirse. Después del Vaticano II eso no es muy ecuménico. Lo mejor que puede hacer es, simplemente, ser mejor como presbiteriano. Le hará más bien a la Iglesia católica si usted se mantiene en lo que es.

Asombrado, le contesté:

—Mire, padre, yo no estoy pidiendo que me tome del brazo y me haga católico a la fuerza. Creo que Dios puede estar llamándome a la Iglesia católica, donde he encontrado mi hogar, mi familia de alianza.

El contestó friamente:

—Bueno, si lo que quiere es alguien que le ayude en su conversión, yo no soy la persona adecuada.

Me quedé helado.

De vuelta a casa le pedí al Señor que me guiara hacia alguien que pudiera resolver mis dudas y mis inquietudes, y de repente tuve una idea: tal vez debía inscribirme en

cursos de teología de una universidad católica.

Envié mi solicitud para el programa de doctorado de Duquesne University, en Pittsburgh, donde me aceptaron y me ofrecieron una beca. Cada semana viajaba hasta allí en coche para asistir a las clases. En algunos de los seminarios era el único protestante, y el único estudiante que defendía al Papa Juan Pablo II. ¡Eso era lo paradójico! Al final me vi explicándoles a los sacerdotes (e incluso a ex sacerdotes) cómo ciertas creencias católicas tenían su fundamento en la Biblia, especialmente en su teología de la alianza. No parecía que yo fuera a encontrar respuesta a mis preguntas allí.” (Ídem, pp. 82-83).

Finalmente Scott primero y Kimberly después fueron incorporados a la plena comunión con la Iglesia Católica. Su camino al catolicismo habría sido mucho más sencillo si en la primera parte de sus vidas hubieran encontrado más católicos bien formados en la doctrina católica y habituados a dar un testimonio visible eficaz de Cristo y de su Iglesia con palabras y obras. Como nos enseñó el amado Papa San Juan Pablo II, la nueva evangelización que el mundo (y especialmente Occidente) requiere es nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión; pero lo primero y decisivo es el nuevo ardor.

ACERCA DEL AUTOR

Daniel Iglesias Grèzes nació en Montevideo (Uruguay) en 1959. Se graduó como Ingeniero Industrial (Opción Electrónica) en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República en 1985, como *Magíster* en Ciencias Religiosas en el Centro Superior Teológico Pastoral en 1996 y como Bachiller en Teología en el Instituto Teológico del Uruguay “Monseñor Mariano Soler” en 1997.

Es socio fundador de la Obra Social Pablo VI, de la Sección Uruguay de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino y del Centro Cultural Católico “Fe y Razón”. Fue miembro del Instituto Arquidiocesano de Bioética “Juan Pablo II” y de la Comisión Nacional de Pastoral Familiar, Encargado de Redacción de la Revista *Pastoral Familiar*, miembro del IV Sínodo Arquidiocesano de Montevideo y conductor del programa *Verdades de Fe* en Radio María Uruguay.

En 1999, junto con el Lic. Néstor Martínez y el Diác. Jorge Novoa, creó *Fe y Razón*, un sitio *web* católico de teología y filosofía. Desde 2006 edita la revista virtual *Fe y Razón* (www.revistafeyrazon.com). Desde 2009 ha editado once títulos de la Colección de Libros *Fe y Razón*. Desde 2010 colabora con el portal español InfoCatólica, mediante su blog *Razones para nuestra esperanza* (www.infocatolica.com/blog/razones.php).

Ha publicado diez libros sobre temas religiosos por el método de auto-publicación: siete en Lulu y tres en Amazon.

Libros publicados por el autor en Amazon

1. *Todo lo hiciste con sabiduría. Reflexiones sobre la fe cristiana y la ciencia contemporánea*, Montevideo 2016.
2. *Columna y fundamento de la verdad. Reflexiones sobre la Iglesia y su situación actual*, Montevideo 2016.
3. *Proclamad la Buena Noticia. Meditaciones sobre algunos puntos de la doctrina cristiana*, Montevideo 2016.